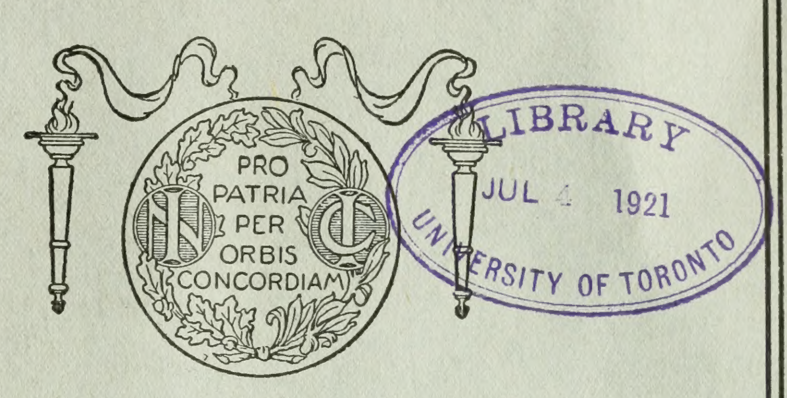
Published and distributed under permit (No. 170) authorized by the Act of Oct. 6, 1917, on file at the Post Office of Garden City, New York. By order of the President. A. S. Burleson, Postmaster General.

Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual
entre los Pueblos del Nuevo Mundo



Sumario:

JAMES McNEILL WHÍSTLER - - - - - - GAMALIEL BRÁDFORD 69
The Atlantic Monthly, Boston, Massachusetts, abril de 1921

LAS MUJERES EN LA POLÍTICA - - CORINNE RÓOSEVELT RÓBINSON 80
The North American Review, Nueva York, Nueva York, octubre de 1920

HECHOS DE UN MISMO METAL - - - - - - - - CALEB WRATH 84
Scribner's Magazine, Nueva York, Nueva York, mayo de 1921

LA TIERRA DE MARAVILLAS - - - - - - - ÁNDREW J. STONE 91
The Century Magazine, Nueva York, Nueva York, septiembre de 1920

LOS MÓVILES DEL SOLDADO - - - - - - - - - - T. H. PRÓCTER 97
The International Journal of Ethics, Cóncord, New Hámpshire, octubre de 1920

HISTORIA PATÉTICA DE CINCO BUENAS RESOLUCIONES
ÉDWARD BÉLLAMY PÁRTRIDGE 110
Sunset Magazine, San Francisco, California, enero de 1921

CÓMO APRECIAR LA LITERATURA BÍBLICA VERNON P. SQUIRES 117
The Quarterly Journal, University of North Dakota, University, Dakota del Norte, enero de 1921

LOS JÓVENES POETAS FRANCOCANADIENSES - SAINT E. DE CHAMP 125
Canadian Bookman, Montreal, Canadá, diciembre de 1920

DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY
NUEVA YORK

ESPAÑOL: VOLUMEN V JULIO DE 1921 NÚMERO 2

INTER-AMÉRICA

INTER-AMÉRICA
407 West 117th Street
Nueva York

A NUESTROS SUBSCRIPTORES:

Por un error de imprenta en el número de julio de INTER-AMERICA, el final del artículo titulado "Cómo apreciar la literatura bíblica," que comienza en la página 117, debiendo terminar en la 125, viene a encontrarse en la página 130.

Presentamos excusas por esta inconveniencia.

LA DIRECCIÓN.

407 WEST 117TH STREET NEW YORK, E. U. DE A.

Cuando la Galli-Curci Cantó Ante un Auditorio Compuesto de una Sola Persona

Un acontecimiento que tuvo lugar durante la reciente boda de la Galli-Curci, demuestra la grandeza de corazón y la sensibilidad emotiva de esta grande artista. Uno de los concurrentes a la ceremonia del enlace de esta artista con el Sr. Homer Samuels, de Minneapolis, tenía una hija que había sido inválida desde su nacimiento. La famosa soprano se enteró de la situación afligida en que se hallaba la joven de referencia y espontáneamente se ofreció a visitarla. Tocando su propio acompañamiento, la Galli-Curci cautivó por más de una hora a su complacido auditorio, que en este caso se componía de una sola persona, la joven inválida de que hemos hablado. Ante tal grandeza de corazón, y emocionada por la influencia misteriosa de la voz de oro de esta excelsa cantante, la joven no pudo encontrar palabras adecuadas con que expresar la gratitud profunda y la felicidad indescriptible que sentía en aquellos momentos, que fueron como un delicioso oasis en la vida de aquel ser humano digno de mejor suerte.

Este acto magnánimo y altruista de la Galli-Curci será recordado durante largo tiempo, y el arte prodigioso que esta soprano prodiga tan generosamente en todas partes, vivirá para siempre en los primorosos discos que ha grabado para la Compañía Victor. La Victrola reproduce fielmente no sólo la belleza incomparable de la voz de la Galli-Curci, sino de todas las demás artistas de la presente generación que a mayor altura han escalado el Olimpo de la gloria. Este instrumento asegura la inmortalidad del divino arte, y su influencia poderosísima en la cultura de los pueblos es uno de los timbres de gloria de la civilización moderna. Ud. mismo puede disfrutar, cómodamente instalado en su hogar, las más exquisitas creaciones musicales, interpretadas por estas celebridades mundiales, si adquiere una Victrola y una colección de Discos Victor.

Tenemos una gran variedad de modelos de la Victrola, cuyos precios oscilan de $25 a $1500. Hay comerciantes Victor en todas partes del mundo. Escríbanos *hoy mismo* solicitando los interesantes catálogos Victor ilustrados. Se remiten gratis y franco de porte.

La Galli-Curci y su esposo, Sr. Homer Samuels, en el patio de la casa de uno de sus amigos, en Nueva Orleans, Estado de Luisiana.

Victor

"LA VOZ DEL AMO"
REG. U.S. PAT. OFF.
MdeF. MARCA INDUSTRIAL REGISTRADA

Esta marca de fábrica y la palabra registrada "Victrola" identifican en seguida todos nuestros productos. Fíjese siempre en el interior de la tapa y en la etiqueta.

Victrola

REG. U.S. PAT. OFF. MdeF. MARCA INDUSTRIAL REGISTRADA

Victor Talking Machine Company
Camden, N. J., E. U. de A.

La Paz, Bolivia

Donde el Estaño es Rey

BOLIVIA es la más grande nación interior en el Hemisferio de Occidente. Para compensar su falta de costa de mar, tiene sus montañas—montañas que abundan en el estano, bismuto, cobre, tungsteno, y en casi todos los demás metales—y sus llanos fértiles para el cultivo del caucho, el café y el cacao.

A imagen de la mayoría de los países sudamericanos, Bolivia depende de los cables All América para ponerse en contacto con los mercados del caucho y de metales de todo el mundo. El correo es muy lento por las faldas escarpadas de los Andes.

Los Cables All America eslabonan a las principales ciudades del Hemisferio de Occidente permitiendo mayor libertad y facilidades en el intercambio rápido de mensajes comerciales y sociales. Son el único medio de comunicación cablegráfica, directo y de propiedad americana.

"Al igual que los hilos de un tejido gigantesco los CABLES ALL AMERICA emergen de Nueva York enredando comercialmente a Centro y Sud América."



A fin de asegurar rapidez, precisión, envío directo y cuidado en sus cables a Bolivia y demás puntos de Centro y Sud América, envíelos "VIA ALL AMERICA."

JOHN L. MERRILL, Pres.
Oficina Principal
89 Broad Street, Nueva York

ALL AMERICA CABLES

CUANDO BOSTON ERA UNA CIUDAD DE 80,000 HABITANTES

ESTO FUÉ EN 1836—el año en que Benjamín T. Reed convocó a once de los principales comerciantes y manufactureros de Boston en el famoso *Exchange Coffee House*, a fin de organizar un banco.

Con Mr. Reed de Presidente y un capital de $500,000 el banco *The Warren Bank* inició sus negocios. Su personal se componía de un cajero, un recibidor y pagador, un tenedor de libros y un mensajero. Su nombre fué poco después cambiado por el de *The Shawmut Bank*. El nuevo banco prosperó impulsado por un servicio fiel y clarividente. En 1864 consiguió incorporarse y se llamó *The Shawmut National Bank*.

Luego de reorganizarse en 1898, su nombre actual—THE NATIONAL SHAWMUT BANK *of* BOSTON — se adoptó. Desde ese año el desarrollo del banco ha sido consistente. Sus depósitos han aumentado de $30,000,000 en 1899 a más de $140,000,000 al presente. El servicio de la organización incluye hoy día como unas 1600 sucursales y conexiones que le representan por todo el mundo.

El plan de acción de esta institución de 85 años se halla muy hábilmente expresado en las palabras de un antiguo presidente de los directores, " . . . un banco grande, fuerte, poderoso, que conduce un negocio sabio, conservador, pero progresivo. No se dedicará a ninguna línea particular o exclusiva del negocio bancario. Su mira será la de facilitar los negocios de toda especie y servir a toda clase de gente; prestar servicios y hacer negocios con los comerciantes pequeños así como con los ricos."

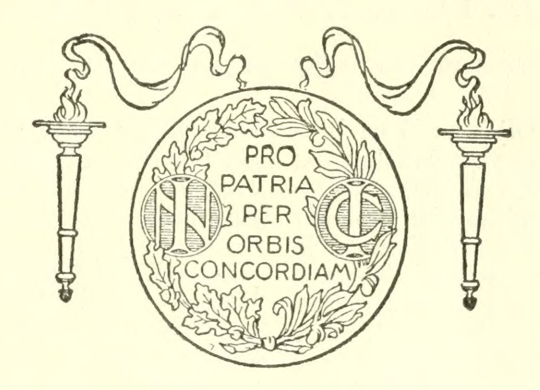


THE NATIONAL SHAWMUT BANK *of* BOSTON

Recursos en exceso de $200,000,000

Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual
entre los Pueblos del Nuevo Mundo



Sumario:

JAMES McNEILL WHĪSTLER - - - - - - GAMALIEL BRĂDFORD 69
The Atlantic Monthly, Boston, Massachusetts, abril de 1921

LAS MUJERES EN LA POLĪTICA - - CORINNE RŐOSEVELT RŐBINSON 80
The North American Review, Nueva York, Nueva York, octubre de 1920

HECHOS DE UN MISMO METAL - - - - - - - - - CALEB WRATH 84
Scribner's Magazine, Nueva York, Nueva York, mayo de 1921

LA TIERRA DE MARAVILLAS - - - - - - - - ÁNDREW J. STONE 91
The Century Magazine, Nueva York, Nueva York, septiembre de 1920

LOS MŐVILES DEL SOLDADO - - - - - - - - - - - T. H. PRŐCTER 97
The International Journal of Ethics, Cóncord, New Hámpshire, octubre de 1920

HISTORIA PATÉTICA DE CINCO BUENAS RESOLUCIONES
ÉDWARD BÉLLAMY PÁRTRIDGE 110
Sunset Magazine, San Francisco, California, enero de 1921

CÓMO APRECIAR LA LITERATURA BĪBLICA VERNON P. SQUIRES 117
The Quarterly Journal, University of North Dakota, University, Dakota del Norte, enero de 1921

LOS JÓVENES POETAS FRANCOCANADIENSES - SAINT E. DE CHAMP 125
Canadian Bookman, Montreal, Canadá, diciembre de 1920

DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY
NUEVA YORK

ESPAÑOL: VOLUMEN V JULIO DE 1921 NÚMERO 2

DATOS BIOGRÁFICOS

SOBRE LOS AUTORES DE LOS ARTÍCULOS QUE APARECEN EN ESTE NÚMERO

GAMALIEL BRÁDFORD nació en Boston, Massachusetts, 9 de octubre de 1863; se educó en el Hárvard College sin graduarse, viéndose obligado a dejar el colegio por falta de salud; se ha dedicado a la literatura; es autor de *Types of American Character; A Pageant of Life; The Private Tutor; Between Two Masters; Matthew Porter; Lee, the American; Confederate Portraits; Union Portraits; Portraits of Women; A Naturalist of Souls;* etcétera. Para otros artículos de este autor, véanse los números de INTER-AMÉRICA correspondientes a los meses de noviembre de 1917, página 221; noviembre de 1918, página 203; y julio de 1920, página 75.

CORINNE RÓOSEVELT RÓBINSON, hermana de Théodore Róosevelt, nació en la ciudad de Nueva York, en 1861; se educó en casa; se ha interesado en asuntos literarios, cívicos y filantrópicos; es autora de varios volúmenes de poesía y de muchos artículos periodísticos; vive en la ciudad de Nueva York.

W. CANBY CHAMBERS, cuyo seudónimo es *Caleb Wrath*, nació en Filadelfia, en 1894, se educó en la University of Pennsylvania; en 1917 fué a Francia con el ejército de los Estados Unidos; mientras estuvo en París, estudió en la Alliance Française; después de la conclusión de la guerra, volvió a los Estados Unidos, y desde entonces se ha dedicado a la literatura; es autor del cuento que ofrecemos en este número y de otro que se publicó recientemente.

ÁNDREW J. STONE nació en 1859; es autor de *Alaska; Seward Peninsula;* y *Saw-Tooth Power.* Nos ha sido imposible obtener más datos acerca de este autor.

T. HAYES PRÓCTER nació en Líverpool, Inglaterra, en 1885; educóse en Mánchester University, Inglaterra, y en las universidades de Berlín, Héidelberg y Hárvard; acompañó el ejécito británico a la Palestina, durante la reciente guerra, en calidad de capellán; es actualmente profesor de filosofía en el Williams College, Wílliamstown, Massachusetts.

ÉDWARD BÉLLAMY PÁRTRIDGE nació en Phelps, Nueva York, en 1877; educóse en el Hóbart College y la Albany Law School, estado de Nueva York; ejercía su profesión de abogado antes de entrar en la carrera de literatura; es autor de *Sube Cane;* y de muchos artículos periodísticos y cuentos; fué miembro de la delegación de la prensa adjunta a la conferencia de la paz; acompañó al presidente Wilson durante su visita a Inglaterra e Italia. Para otro artículo de este autor, véase el número de INTER-AMÉRICA correspondiente al mes de noviembre de 1919, página 196.

VERNON P. SQUIRES nació en Córtland, Nueva York, 4 de noviembre de 1866; educóse en la State Normal School, en Córtland, en la Brown University, Rhode Island, y en la University of Chicago; ha sido profesor de griego, de latín y de inglés en varias universidades; actualmente es profesor de inglés y decano del colegio de artes liberales de la University of North Dakota.

JAMES McNEILL WHÍSTLER

POR

GAMALIEL BRÁDFORD

El autor traza un bosquejo del carácter individual y artístico del pintor Whístler, explicando sus rarezas y su índole pendenciera por su psicología de niño, e insisitiendo en el misterio como rasgo predominante de su obra artística, junto con su intensa y firme afición a la verdad: conjunto extraño y chocante en apariencia, el cual produjo, sin embargo, un temperamento genial, que se entregó con avidez y sin fatigas ni desfallecimientos a la realización de una gran obra de belleza.—LA REDACCIÓN

I

EL PROBLEMA de Whístler consiste en conciliar a un grande artista con un hombre mezquino, o a lo menos, si no mezquino, con un hombre extravagante y extraño, criatura curiosa y frenética que pasó por la vida aborrecido y amado, risueño y risible, urdiendo epigramas, captándose enemigos y pintando grandes cuadros. Fué ensalzado por su mano y condenado por su lengua.

La tarea de desentrañar esta alma enmarañada resulta mucho más ardua todavía a causa de la confusión de los datos que poseemos. Lo poco que escribió nos ayuda hasta cierto punto; pero este punto no está lejos; y casi siempre tenemos que habérnoslas con una nube de leyendas, a veces rosada, a veces lóbrega, según el que suministra los datos, pero siempre engañosa y falaz. Sus anécdotas se cuentan de una docena de modos distintos; jamás con el cuidado de la autenticidad que es indispensable tratándose de un espíritu tan preciso y tan evasivo a un tiempo. Aunque su propósito es ser útiles, los cronistas contribuyen a embrollar el asunto. El de ingenio agudo inventa; el necio entiende mal. Tómese un ejemplo. Una de las anécdotas más conocidas de Whístler es aquélla de la respuesta que dió a una señora, quien declaraba que no había más pintores que Whístler y Velázquez. "Señora, ¿por qué mete en esto a Velázquez?" Y un adepto obsequioso llegó a preguntarle al maestro si realmente quiso decir tal cosa. Cuando tienen que tratar con tales Boswells, ¿cómo culpar a los doctores Johnsons y a los Whístlers por su desenfado? Así, pues, con incertidumbres y todo, haremos cuanto sea posible por nuestra parte.

Whístler nació en Lówell, como otros grandes hombres, lo cual no le agradaba, pues hubiera preferido el lugar de residencia de su madre en el sur, y algunas veces insinuó que su cuna era Báltimore. Ante un tribunal declaró que había nacido en San Petersburgo. Una vez le dijo a una modelo preguntona: "Hija mía, yo no nací. Yo bajé de lo alto." Y la modelo le contestó, con impertinencia frívola que a él le pareció encantadora: "Yo imaginaba que usted venía de abajo." Era reticente cuando se trataba de su edad, como cuando se trataba de su cuna. Pero la pura verdad es que nació en Lówell, en 1834. Haber nacido en Lówell y crecido en Rusia, haber sido educado en West Point y pintar en Francia y en Inglaterra, con inciertas excursiones a Venecia y a Valparaíso, y morir en Londres a los setenta años resulta una vida bastante pintoresca. Y aun así, fué menos pintoresca por fuera que por dentro.

Su vida estuvo siempre en los lápices y en los pinceles, y el mundo fué para él un conjunto de líneas y colores. Siendo niño aún, hizo dibujos en Rusia y se burló de los cuadros de Pedro el Grande. En West Point retrató a sus maestros, dejándolos asombrados. En el servicio de agrimensura de la costa, hizo exquisitos dibujos oficiales, y rostros extravagantes al margen de ellos. Y hasta que murió, las burlas y las disputas pueden haber sido sus diversiones; pero el dibujo y la pintura fueron su ocupación seria.

La única seria. Pocos seres se han interesado menos en los asuntos corrientes

de los demás hombres. Aun a las otras artes les consagraba escasa atención, excepto en cuanto se relacionaban con la propia. La poesía no lo conmovió jamás, si no fué como resonancia fortuita. La tragedia le parecía ridícula. Gustábale deducir analogías de la música, pero no conocía nada de música, ni le importaba nada tampoco.

Según parece leía poco, excepto cuando se le ocurría hacerlo por capricho especial. Adoraba en Poe. Leyó a Balzac y a los escritores de su grupo. Los Pennells insisten en que debía haber leído mucho porque poseía amplios conocimientos generales. Otros dicen que nunca cogió un libro en sus manos. La verdad, probablemente, es que sus lecturas fueron limitadas, pero que gracias a su buena memoria retuvo para siempre cuanto en ellas le interesaba. Sea como fuere, en todos los estudios y biografías he encontrado pocos rastros de sus conversaciones, o de su afición a conversar, sobre asuntos generales.

Era del todo indiferente en política y en el dilatado campo de las cuestiones sociales. Odiaba a los periodistas, porque hablaban de él, y a los políticos, porque no hablaban. Alababa a los Estados Unidos y a los norteamericanos desde lejos, pero la democracia americana no le habría agradado. Era demócrata él mismo en cierto sentido, pues un barrendero de las calles capaz de dibujar le habría inspirado mayor interés que un par inglés que sólo fuera protector del arte. "El maestro era *tory*," dice Mr. Menpes. "No sabía bien por qué, pero decía que eso daba una idea de lujo; y los pintores, según aseguraba, debían vivir rodeados de lujo. Le gustaban los reyes y reinas y emperadores, y tenía la idea de que sus obras sólo debían comprarlas los miembros de la realeza."

En religión, su actitud era casi rudimentaria. Whístler temía a la muerte y huía de ella y de pensar en ella. Creía en la vida futura y no acertaba a comprender a las personas que la niegan. En esta creencia llegó hasta el espiritismo y sintió vivo interés por los medios y las mesas parlantes y los mensajes de los difuntos. Pero no me parece que la emoción o el pensamiento religioso ocupara mucho lugar en su vida. Encontrábase demasiado atareado en este mundo y dejaba que el venidero arreglara sus propios negocios. En general, su espíritu religioso se encuentra admirablemente expresado en la anécdota de la comida en que escuchaba con desusado silencio una acalorada y larga discusión entre adeptos de varias sectas. Por último Lady Burton se volvió a él, diciendo:

—¿Y qué es usted, Mr. Whístler?

—¿Yo, señora?—contesto él, empleando la palabra con que hubiera querido taparles la boca a todos los que murmuraban de su ocupación en la vida—¿Yo, señora? Yo soy un aficionado.—

La misma ignorancia de las ideas generales y de la vida y sucesos del mundo encuéntrase, naturalmente, aun en las más esmeradas disquisiciones de Whístler acerca de su propio arte. Las teorías de la celebrada conferencia de las diez de la mañana: que el arte se presenta y desaparece donde se le antoja, que el artista lo es fortuitamente, que no existen pueblos ni épocas artísticos, y que el arte no tiene nada que ver con la historia; son teorías ingeniosas, sutiles, y, considerándolas como protesta contra la pedantería, son también en gran parte justas. Pero resultan incoherentes y caóticas, más agudas que filosóficas, y más bien expresiones del espíritu de Whístler que de la verdad. Sobre todo, tienen íntima conexión con la profunda ignorancia e indiferencia que venimos comentando.

Whístler concedía mucha importancia a sus analogías musicales. Si hubiera reflexionado algo más profundamente, hubiera empleado otras. . . o quién sabe si no. Pues la música es sin disputa y naturalmente lo que él siempre pretendió hacer de la pintura: el arte de la ignorancia, esto es, el arte que recurre directamente a las emociones y no requiere para su apreciación cabal conocimientos profundos de historia ni de los intereses generales de la vida humana. Por esto la música, mucho más que la pintura, parece destinada a convertirse en el arte abarcador y absorbente del porvenir.

Y así como en el terreno teórico fué indiferente a los asuntos extraños a su arte, Whístler conservó también la misma indiferencia en la acción práctica. Vivió

para pintar o hablar de la pintura; todo lo demás era para él pasatiempo, y la mayor parte de las cosas apenas pasatiempos. ¿Dinero? A veces se mostraba exigente en los precios, pero eso era debido al orgullo de su propia obra, no a afán de lucro. Por otra parte, el dinero se le escurría de las manos, aunque en sus primeros años poco era el que se le podía escurrir. Un artista debía vivir con comodidad, y las facturas eran cosas mundanas. De este modo, aunque nadie puso en duda la honradez de sus intenciones, era muy fácil que se viera en apuros. Apuros de tiempo y de dinero. La exactitud en las horas y el arte no tienen nada que ver una con otro. ¿Qué era la puntualidad? Una virtud, o un vicio, de la burguesía. Si una persona lo invitaba a comer, asistía a la hora que se le antojaba, y la comida tenía que esperar. Si invitaba a alguien a almorzar a las doce, el invitado podía llegar a la una y lo veía que estaba aun chapoteando en el agua, detrás de las puertas del baño.

En todas estas diversas fases de sencillez y naturalidad lo que más me llama la atención es cierta puerilidad. El niño es un hombre desnudo, y eso era Whístler en cierto sentido. Su carácter infantil explica muchas de sus rarezas y concilia muchas de sus contradicciones. Pensó cosas extrañas; pero, sobre todo, dijo e hizo lo que pensó, cosa que no hacemos la mayor parte de los hombres. Considérese su infinito deleite ante sus propias obras. ¿Qué artista, cualquiera que sea su arte, no lo siente? Pero algunos lo disimulan mejor que Whístler. Contemplando con admiración uno de sus propios cuadros decíale a Képpel.

—¿No es hermoso?

—Cierto que lo es,—contestó Képpel.

—No; ¿pero no es hermoso?

—Ya lo creo,—respondió Képpel.

Y Whístler de nuevo, alzando la voz hasta gritar una blasfemia no muy gruesa y golpeándose con la mano la rodilla, como para dar énfasis a sus palabras:

—. . . ¿No es hermoso?

El niño es el centro de su propio universo, y lo refiere todo, lo bueno y lo malo, a sí mismo, como lo hace también el hombre, en lo secreto de su espíritu. Whístler lo hizo abierta y triunfalmente. Sus biógrafos oficiales declaran que jamás lo oyeron referirse a sí mismo en tercera persona, pero esos biógrafos no vinieron a conocerlo sino al término de su vida, y siempre hallaron el modo de contemplarlo en una actitud académica y decorosa. Es imposible poner en duda lo que dice Mr. Bácher de que el artista, al referirse a sí mismo, decía, "Whístler," aunque en ello pueda haber alguna exageración. No decía: "Yo hice esto o aquello," sino "Whístler hizo esto o aquello." No era lícito encontrar defecto alguno en las obras o en las palabras de Whístler. En otro período fué "el maestro," como nos cuenta Mr. Menpes: "Usted no comprende el privilegio de poder entregarle un cheque al maestro. Debía ofrecérselo en una antigua y rica bandeja inglesa, y de un modo regio." No carecía esto de sus puntas de broma, pero también tenía aterradores rasgos de seriedad. Y obsérvese la curiosa coincidencia de este egotismo en tercera persona con la tentativa hecha por Henry James para evitar el egotismo, precisamente con el mismo arbitrio.

Por dondequiera acompaña a Whístler la intensa determinación del niño de ocupar el centro del proscenio, no importa quién quede relegado al fondo. Aparece esa determinación en la risa cortante y viva, el vibrante "¡ja! ¡ja!" que era el terror de sus enemigos y también algo muy parecido al terror para sus amigos. No ponía en esto pizca de alegría verdadera, sino la estrepitosa aserción de la presencia y de la omnipresencia de Whístler. Allí se nota la extraordinaria preocupación por su propia personalidad física. En cierto sentido era sin duda hermoso. Una buena autoridad declara que cuando joven debió haber sido un Apolo. Como quiera que sea, y para usar su palabra favorita, era siempre "asombroso." Viniérale por herencia o por accidente, ¡qué bandera era su rizo blanco para pregonar la llegada del maestro! Fué así como Tom Sáwyer triunfó con el vacío que le dejó en la dentadura el diente perdido. Léase el entretenido relato de Mr. Menpes sobre Whístler en casa del barbero. ¡Qué función sacra, qué rito solemne el culto del rizo, el culto de la personalidad del maestro! Y lo mismo en casa del sastre. Llamábase a cada uno

de los parroquianos para que diera su opinión sobre un traje, y el sastre sentíase debidamente impresionado por su privilegio casi sacerdotal:

—Usted no debe permitir que el maestro aparezca mal vestido: es su deber cuidar de que yo vista bien.—

Milton nos dice que quien deseare ser un gran poeta debe hacer de su propia vida un gran poema. Whístler pensó, según parece, que quien deseare ser un gran artista, debe convertirse él mismo en un gran cuadro; pero el cuadro en que él se convirtió fué precisamente lo que él detestaba más (la palabra y la cosa): "hábil".

II

Un rasgo importante del carácter de los niños es la inclinación a reñir. Y éste fué, por cierto, uno de los rasgos principales de la vida de Whístler. Comprenderemos mejor sus riñas, si lo consideramos como un muchacho turbulento, nervioso, insolente y mordaz. Han existido muchos otros artistas parecidos a él, por desgracia. Hasta se le ha comparado en justicia con Cellini; y las descripciones de los pintores del Renacimiento por Vasari abundan en frases chocantes y actos necios o crueles de que era capaz Whístler.

Gustâbanle, como a los niños, los agasajos y la adulación, y los buscaba con la sutileza candorosa que un niño emplea con el mismo fin: testigo de ello la historia singular de las artes y engaños con que el maestro trató de granjearse el afecto del ignorante pescador de Saint Ives, sin conseguirlo.

Tanto como gustaba de los cumplidos resentíase de las censuras, especialmente si éstas no provenían de persona autorizada, y "persona autorizada" quería decir probablemente para Whístler la que diera por sentada la preeminencia suya. La censura, a veces razonable, a veces ignara, a veces realmente rencorosa y malévola, fué la causa de la mayor parte de sus ruidosas discordias, las cuales le dieron al artista una celebridad mayor que la que le granjearon sus cuadros. Las evocarán fácilmente los nombres de Ruskin, Wilde, Moore, el cuñado de Whístler, Haden, y sus protectores Eden y Léyland. En ciertos casos estas aventuras comenzaron con hostilidad. En otras ocasiones comenzaron amigablemente y terminaron en riña. Algunas veces Whístler parece loco de cólera, echando positivamente espuma por la boca, según asevera un testigo, de tal modo que los copos de espuma podían verse en su corbata. En otras ocasiones reía y exultaba diabólicamente, prorrumpiendo en irritantes y soberbios "¡ja! ¡ja!" A veces llegó a la violencia física.

Es claro que tales procederes eran repugnantes y vergonzosos y que debían echarse al olvido cuanto antes. Pero no era ése el sistema de Whístler. Por el contrario, regodeábase en cada disputa verbal o muscular. Insultaba a sus enemigos y abultaba sus derrotas por medio de la imprenta, como un héroe de Homero o un muchacho presumido. Escribió carta tras carta a los periódicos, siempre dispuestos a ayudar a un grande hombre a que se exhiba. Luego las recopiló, incluyendo las réplicas de los que fueron bastante tontos para replicar, con el título de *The Gentle Art of Making Enemies* (El arte gentil de hacerse de enemigos), y se lisonjeô de ser tan gran literato como gran artista.

Y así lo creen algunos. No cabe duda de que fué un maestro de la mordacidad. Sus frases tienen una manera casual de estallar y herir, que a menudo resulta punzante y a veces sorprendente. De su educación puritana y de su extenso conocimiento de la biblia, "esa espléndida mina de vituperios," como él mismo la llama en frase característica, así como de su temerario temperamento, extrajo una profusión de contumelias que avergüenzan, sean o no justas. Y en ocasiones ostentaba grandes rasgos de imaginación, que nos recuerdan sus cuadros.

Pero, en general, lo que escribió es enfadoso, y, por decir lo menos, indigno: es la colérica charla de un niño talentoso, que debía conducirse mejor. La correspondencia con Wilde es acaso la peor, pero en todas sus cartas nótase un tono de vulgar denuesto. Hay allí el vigor desenfadado de un ingenio mordaz, mas no el esplendor de las contumelias de Voltaire o de Swift. Y tenía una manera mezquina, superficial y vidriosa de acoger la crítica, sin urbanidad ni serenidad ni la amplia, suave y placentera tolerancia que soporta la inevitable y gárrula necedad del mundo. No

comprendo cómo ningún admirador del genio de Whístler puede leer *The Gentle Art* sin suspirar de lástima.

Y esta lástima se acrecienta a causa de la evidente fruición del autor. En el fondo, sus ataques estaban exentos de odio. Mr. Chésterton insiste en que se torturaba a sí mismo al torturar a sus enemigos. Eso es más bien atribuirle demasiado énfasis trágico. Es cierto que desfogó su irritabilidad nerviosa tirando tajos a diestra y siniestra. Pero no veo que eso le proporcionara mayor tormento, y sí bastante entretenimiento de cierta clase:

> He estado tan abominablemente ocupado, trabajando y peleando, y ya sabe cuánto me gustan ambas cosas.

Le gustaba pelear y ganar . . . o aparentar que había ganado. En una frase graciosa se describe a sí mismo como "delicadamente contencioso." Y otra vez le dijo a los Pennells que él "nunca lograría ser malévolo, sino sólo travieso." La distinción es digna de él y es sin duda justa, aunque acaso no tan halagüeña como él mismo supuso.

Además, en todas sus contiendas y disputas siempre le agradaron y le infundieron respeto las personas que se le enfrentaban y le devolvían sus golpes. A los que lo evadían o se le rendían perseguíalos sin piedad. Si uno respondía a sus ataques con tanta fuerza como él ponía en los suyos, reía con su estridente "¡ja! ¡ja!" y lo dejaba a uno tranquilo. Cuando pintaba el retrato de Lady Meux, el artista la incomodó, molestó y hostigó hasta hacerle perder la paciencia. Al cabo, la señora estalló:

—"Oiga, Jimmie Whístler, modere la lengua, o buscaré alguien que *termine* esos retratos míos.—

Y todo cuanto Whístler acertó a decir fué: —¿Cómo se *atreve* usted? ¿Cómo se atreve usted?— Pero desde entonces tuvo mejor opinión de Lady Meux.

Su espíritu travieso, su extraña y fantástica afición a las diabluras le sugirieron escenas y rasgos de comedia aristofanesca y mefistofélica, a veces risibles, a veces repugnantes. Hay algo de crueldad del Renacimiento en su observación, cuando le dijeron que el arquitecto que hizo el diseño original del salón del Pavo Real se había vuelto loco al ver las alteraciones de Whístler: "Sin duda, ése es el efecto que le causo a la gente."

Hay mucho de ridículo, pero también bastante de amargo, en su maravilloso relato de cómo se vengó de Sir Wílliam Eden malogrando la subasta de sus cuadros.

> Entré en la gran sala. El subastador estaba gritando:
>
> —¿Quién da más?¡ Treinta chelines! ¡Treinta chelines!
>
> —¡Ja! ¡Ja!—prorrumpí yo, sin estrépito, con delicadeza y habilidad. Pero la concurrencia se sintió electrizada. Algunos de los agentes que estaban allí se quedaron rígidos, temerosos de moverse, temerosos aun de mirar con el rabillo del ojo hacia donde yo me encontraba.
>
> —Veinte chelines. ¡Concedido!—decía el subastador.
>
> —¡Ja! ¡Ja!—reía yo; y los objetos se vendían por el suelo y los agentes temblaban.

Los comentarios de carácter moral acerca de estos procedimientos y actos de Whístler resultan quizás importunos y superfluos. Le habrían producido, de seguro, inmenso júbilo al mismo Whístler. Y sin embargo, puede permitírsenos señalar cuán fácil es, después de todo, hacerse desagradable, y cuán poca habilidad se requiere para conseguirlo. La mayor parte de los hombres consagramos nuestros mejores esfuerzos a evitarlo y no a conseguirlo. Y sin embargo, ¡con cuánta frecuencia fracasamos en el empeño! Ni siquiera el ser ingeniosamente desagradable constituye un triunfo del talento. Cualquiera lengua puede ser mordaz, y los tontos están siempre dispuestos a confundir la mordacidad con el talento. Gran parte de los dichos de Whístler que se censuran, evocan irremediablemente la observación del doctor Johnson acerca de Cíbber: "Quitando de su conversación todo lo que no debía haber dicho, era una pobre criatura."

Lo mismo pasa con el arte gentil de hacerse de enemigos. La mayor parte de nosotros no necesitamos arte alguno para ello, pues estamos muy bien dotados por la naturaleza en este sentido. El arte de granjearse amigos es el difícil, y especialmente el de conservarlos después de granjeados. Es fácil ridiculizar la amistad.

Una señora preguntábale en cierta ocasión a Whístler:

—¿Por qué se pasa usted toda la vida zahiriendo a los demás?—

A lo que respondió él:

—Señora mía, le confiaré un secreto. Cuando comenzaba la vida, descubrí que yo era encantador; y ya sabe usted que cuando uno es persona agradable tiene que apartar a la gente para impedir que lo maten a fuerza de fastidio.—

Y dedicó *The Gentle Art* a "los pocos que, desde temprano en la vida, se han apartado de la amistad de los muchos."

La ironía es bastante obvia; e igualmente obvio es que Whístler referíase a las amistades fortuitas, que no merecen el nombre de tales. Al mismo tiempo el arte o el don o el instinto de atraer a los demás hombres vale más para el artista y para el "filisteo" que el de repelerlos. Al estudiar a Whístler, no puede uno menos que pensar en un tipo tan opuesto como Lóngfellow, quien, sin esfuerzo alguno, sin pensarlo casi, y conservando una individualidad tan vigorosa como la de Whístler, y más varonil, se hizo amable y querido para todo el mundo. O, si se cree que Lóngfellow no es, como artista, digno de comparación, compáresele con Rafael, de quien nos dice Vasari que "el cielo habíale otorgado el don de poner en armonía a todos cuantos se le acercaban: efecto sorprendente e inconcebible en nuestra profesión y contrario a la naturaleza de los artistas." Y también que "todo carácter áspero y malévolo ablandábase en su presencia, y todo bajo pensamiento huía de la imaginación ante su influjo. . . . Y esto acaecía porque los sobrepujaba a todos en afabilidad amistosa, como en el arte."

Me inclino a creer que un elogio parecido valdría más para la memoria de Whístler, dentro de cien años, que *The Gentle Art of Making Enemies*.

III

Así pues, habiendo ya desechado los abundantísimos rasgos negativos, volvamos a la atracción y el encanto de Whístler. Era un hombre de contradicciones, dice Mr. Van Dyke; y el frívolo amante de las travesuras convivía en él, con el artista ardiente y pensador, de alma excelsa.

El carácter pueril aparece de nuevo ante nosotros. Los que conocieron mejor a Whístler recurren a ese carácter para describirlo: "Cuando estaba descuidado, parecía con frecuencia un muchacho patético. Su ingenuidad infantil raras veces dejó no sólo de defender sus méritos sino también de reconocer sus defectos." "Era el hombre más absolutamente franco que he conocido. Nunca supe que ocultara una opinión o un pensamiento, ni que tratara de excusar ningún acto." Y con la ingenuidad, al expresar sus opiniones, poseía valor grande y enérgico para defenderlas: valor a veces estrepitoso e indiscreto pero que parece genuino, hasta el punto de reconocer sus propias faltas. Cuando Mr. Menpes le dijo:—Por supuesto que usted no sabe lo que es miedo,—Whístler le respondió:—¡Oh, sí! Me desagradaría, por ejemplo, encontrarme frente a un hombre que fuera mejor tirador que yo, lejos de aquí, en el bosque, en una fría y triste mañana. Imagínese, yo, el Maestro, ¡puesto allí como un blanco contra el cual van a disparar!—

Sería un error suponer que en el trato ordinario Whístler era siempre espinoso, punzante, mordaz y corrosivo. Sus biógrafos aseguran que fué "el hombre más alegre que vivió jamás." Mr. Chésterton niega que fuera alegre, y creo que Mr. Chésterton debe de tener razón. La verdadera alegría no solamente no zahiere a los demás, sino que no puede soportar el pensamiento de haberlos zaherido; y Whístler no era así. Aunque para firmar sus cuadros eligió como distintivo a la mariposa, su naturaleza no tenía la ligera y alegre saturación de luz solar que la distingue.

Pero es cierto que gustó de la sociedad humana, que no podía soportar la soledad y que le gustaba estar acompañado hasta cuando trabajaba. Podía emplear su ingenio para cautivar y seducir tanto como para mortificar. Cuando tomaba parte en la conversación era quien la presidía, y merecía presidirla. He aquí el relato de su aparición en la concurrida sala de un club: "Hablando sencilla y tranquilamente conmigo, sin mirar ni una sola vez en torno. Whístler atraía a su lado a todos los hombres del club: jóvenes elegantes de la ciudad, vejestorios, soldados retirados, que habían estado dormitando en los sillones."

Y los hombres no sólo lo escuchaban sino que lo querían . . . cuando no lo odiaban. "Whístler podía ser, cuando se proponía, suave, dulce, simpático, casi femenino a fuerza de ser amable." Inspiró amistades profundas que sólo consiguió romper a fuerza de rudos golpes, que tan bien sabía dar. Los criados lo amaban y ésa es la mejor prueba de su bondad.

Para las mujeres tuvo siempre, según parece, especiales miramientos, si bien no abundan, como es natural, los datos referentes a sus relaciones femeninas. Su educación y sus costumbres meridionales le inspiraron cierta inusitada formalidad en su cortesía hacia las damas, y muchos testigos insisten en algo que no deja de ser curioso, tomando en cuenta su ingenio, su instinto cómico y su vida francamente irregular: que nunca dijo ni toleró frases groseras. Dos afectos femeninos desempeñaron importante papel en su carrera. Adoró en su madre y la obedeció durante su juventud. La adoró y cuidó de ella en sus años maduros. Aunque se resentía amargamente de cualquier insinuación crítica acerca del retrato de su madre que pintó, hablando en confianza con un amigo, díjole suave y lentamente: "Sí, sí; a uno le gusta pintar a su mamá lo más bonita posible." Cuando él frisaba ya en más de los cincuenta años incurrió en el matrimonio de una manera fortuita, como la mayor parte de los acontecimientos de su vida; pero su matrimonio fué singularmente dichoso: adoró a su esposa como había adorado a su madre, y su muerte lo abrumó, dejando confundidos a los que le negaban ternura humana.

IV

Desde el punto de vista del arte, nadie le disputa a Whístler sus admirables cualidades. Su devoción por el arte, desde la juventud hasta la vejez, fué perfecta y firme. No fué quizás una pasión tan devoradora y mórbida como en otros; pero fué una llama perenne, que ardió constantemente, al través de todas las dificultades y los desalientos. Fué también inteligente y clara, orientada desde los comienzos, con segura y estricta disciplina, hacia un objeto definido. No dejaron de presentársele dificultades y desalientos. A pesar de su confianza y de su fe en sí mismo, tuvo, como todos los artistas, momentos en que las cosas marchaban amarga y desesperadamente mal. "Nadie," dice Mr. Gay, "nadie que no haya visto a Whístler pintando puede comprender la angustia que su obra le infundía. Lo vi, después de un día entero de lucha con un cuadro que no adelantaba, completamente postrado, como por efecto de una enfermedad." Y puede leerse el extraño relato de Mr. Menpes, acerca de su excitación anormal producida, en vísperas de una exposición, por una boca que no le parecía bien y que no lograba pintar como quería.

> Estaba nervioso y excitado. Toda la exposición parecía concentrarse en aquella boca. Se convirtió en una pesadilla. Por último, desesperado, la borró con trementina y huyó de la galería en momentos en que entraba el primer crítico.

Como lo prueban estos esfuerzos y luchas, y a pesar de cuantas actitudes estudiadas haya podido adoptar Whístler en la vida, en el arte su actitud fué genuina y sincera. Si se le juzga serenamente por sí mismo, es imposible dejar de comprenderlo así. "El hecho es," escribe Mr. Van Dyke, "que sus modales eran casi siempre serios y que, gracias a su conocimiento y su don del lenguaje, hablaba de la manera más juiciosa y persuasiva." Sus procederes mostraban más sinceridad aún que sus palabras. Despreocupado en cuanto al dinero, gastaba mucho y le hubiera gustado gastar más, y si bien creía que su obra habría sido mejor si hubiera tenido más dinero que gastar, no sacrificó nunca a los estipendios un ápice de sus ideales. "Es mejor mantenerse con pan y queso y pintar bellos cuadros que no vivir como Dives y pintar mamarrachos," decía, y así lo sentía y así vivió siempre.

Era también bastante sincero para aceptar la crítica y aprovecharla, cuando procedía de persona autorizada y en la forma debida. Una vez preguntó a un gran escultor su opinión acerca de un retrato. Después de vacilar un poco, el escultor le indicó que tenía una pierna más larga que la otra. Los amigos de Whístler esperaban un estallido. Pero en vez de eso, el pintor dijo tranquilamente:

—Tiene usted razón. No había observado el defecto y lo corregiré en la mañana. —Y después agregó:—¡Qué ojo tienen los escultores para las líneas!—

Y así como estaba dispuesto a someter a la crítica su propia obra, igualmente mostrábase dispuesto a reconocer el mérito ajeno, con tal que fuera auténtico. Encomiaba las obras de los estudiantes y de sus compañeros con prontitud y discernimiento, cuando le parecían dignas de encomio. Pero condenaba la presunción y la habilidad trivial dondequiera que las hallaba.

Su capacidad para el trabajo, para la faena prolongada y continua, no tenía limites. Porque lo disimulaba y aparentaba trabajar con ligereza y despreocupación, la gente lo suponía perezoso, pero no lo era. El trabajo, decía, era una necesidad absoluta, no una virtud; y una obra de arte, después de terminada, no debía dejar ver los rastros del trabajo que la había producido. "Sólo el trabajo borrará las huellas del trabajo." Lo cierto es que fué al cabo de los años cuando vino a descubrir que nunca había hecho más que trabajar. "Comprendí que nunca había descansado, que nunca había estado sin hacer nada, que era lo único que necesitaba." No toleraba la pereza, ni en sí mismo ni en los demás. En su casa no había sillones, y a un amigo que se quejaba de ello le replicó: "Si lo que quieres es descansar, mejor es que te acuestes en tu cama." Pero sus amigos y discípulos no querían descansar cuando se encontraban al lado suyo. "Whístler invariablemente inspiraba a la gente el deseo de trabajar," dice uno que lo conoció bien. Las sesiones para pintar sus retratos eran prolongadas y repetidas, hasta que agotaba la paciencia del modelo; y algunos de éstos quejábanse de que la intensidad del esfuerzo del pintor parecía sorberles la vida misma.

En una palabra, quienes lo juzgan por sus disputas y sus pendencias, su petulancia y sus trajes estrafalarios no tienen idea de su profunda y consciente gravedad de artista. Trabajó hasta la muerte para producir cosas bellas. Un año antes de morir insistió con sinceridad y sencillez apasionada: "Podría haber hecho algo por mi arte." Siempre miraba hacia el futuro, y existen pocas expresiones más hermosas del ansia de creación que aquella noble frase suya: "La carrera de un artista principia siempre mañana."

V

No es de mi incumbencia discutir el arte de Whístler como tal. Pero así como el espíritu del general se revela en sus batallas y el del predicador en sus sermones, asimismo debemos buscar el del pintor en sus cuadros, y el psicógrafo toma en cuenta las obras tanto como las palabras.

Resulta, pues, que en el arte de Whístler existen dos elementos distintos, que, considerados en conjunto, contribuyen en mucho a dilucidar su espíritu. El primer elemento lo forman la verdad, la sinceridad, la precisión, la exactitud, que aparece más categóricamente en sus aguas fuertes, pero que en ningún momento descuidó en ninguna de sus obras. Como él mismo dijo de la serie de aguas fuertes del Támesis: "Allí todo está sacrificado a la exactitud del contorno."

Este instinto de la verdad, de la realidad, podría fácilmente relacionarse con los hechos más aparentes de la vida de Whístler. Combinado con su franqueza y sencillez infantiles, contribuyó no poco a sus perpetuas disputas. No tuvo contiendas en París, o a lo menos no las tuvo de una manera anormal, pero cuanto había en él de artista, de enamorado de la verdad, revelábase contra los convencionalismos del "filisteísmo" inglés y los combatió, fueran de orden social o de orden crítico, con toda la pasión de su espíritu. "El ingenio de Whístler . . . era el resultado de intensas convicciones personales acerca de la dirección que deben seguir la vida y el arte," dice uno de sus biógrafos más inteligentes. Aplicado a la vida su instinto de la verdad fué principalmente demoledor, y le hizo escaso bien a él mismo y a los demás; pero era confusamente grande en su designio y fué parte integrante de lo mejor de su ser.

Por otra parte, el espíritu demoledor en el arte conduce directamente a la construcción. Era la guerra perenne y mortal contra la impostura. Whístler encontró en torno suyo, en pintura como en poesía,

los excesos sentimentales de la era victoriana. "Interesar al corazón" era lo que importaba; y la ejecución se consideraba cosa secundaria. El *Angelus* y *Evangeline* se habrían labrado fama universal, aun en el caso en que el arte con que estaban compuestos hubiera sido inferior. Contra esta herejía del asunto se rebeló siempre Whístler. No comprendió bien que un gran artista puede tratar un gran asunto, aunque con frecuencia ocurre que un tema sublime a los ojos del vulgo puede transfigurar una concepción mediocre y una ejecución vulgar. Deseaba librar al arte de todos los accesorios de tema y asociación y desarrollo históricos, y concentrar íntegro el esfuerzo del artista en el puro éxtasis de la línea y el color. Llevó esto tan lejos que llegó a traducirlo en mera riqueza decorativa, inundando y alimentando los ojos y la imaginación con los esplendores de azul y oro del salón del Pavo Real.

No obstante, si lo hubieran estrechado mucho, habría admitido que a fin de cuentas toda belleza debe consistir en emoción humana, vagos asomos y sugestiones de un sentimiento sutil, tanto más poderoso por su vaguedad misma. Y el verdadero propósito de prescindir del tema preciso y trivial era permitir que aparecieran de realce esas emociones esenciales. La música, en la cual buscó a menudo analogías, se las hubiera proporcionado también en esta materia. Pues, en cuanto a su significación, la más compleja sinfonía que puede ejecutar una orquesta depende tan fundamentalmente de la emoción humana como el aire más sencillo. Bach y Wágner tocan resortes de sentimientos igualmente profundos, aunque muy diferentes. La parte más original y sugestiva de la pintura de Whístler, si no la mejor, es la que pertenece principalmente a las vastas e inexploradas regiones de la emoción intangible. Lo que más le gustaba pintar era la noche, y ¿acaso hay algo en el mundo más palpitante de profundidad imaginativa? Encontraba asunto, sentimiento e intención en la noche misma: la noche con toda su hermosura y su misterio.

Con esto llegamos al segundo elemento cardinal de la obra de Whístler: el misterio. Lo que caracteriza la índole de sus vagas emociones no es la pasión ni la melancolía, sino precisamente este sentido del misterio, de lo indefinible e impalpable. Es singular que todos los críticos, cualquiera que sea su punto de vista, están acordes en observar eso: algo vago, sugestivo y oculto, sutil sugestión que no puede analizarse ni expresarse en palabras. Se nota más, naturalmente, en los nocturnos y cuadros parecidos; pero se le percibe también perfectamente en los retratos y aguas fuertes: en el manejo del fondo y de los accesorios, la delicada y evasiva gradación de las tintas y las sombras. Como lo expuso Huysmans, "ésos retratos fantasmas parecen huir, hundirse en las paredes, con sus ojos enigmáticos."

Y obsérvese que ambos elementos deben obrar juntos para producir su efecto por completo. Es el intenso sentido de lo limitado y de lo claro, el extraordinario énfasis realista sobre un punto saliente dado, el que duplica la sugestión del misterio. En cuanto al secreto de conseguir que la precisión, la definición vívida, agraven y redoblen la obscuridad, Whístler es deudor de Poe, que escapó de caer en el mero melodrama porque en él esta obsesión del misterio existió en forma dominante, más que en ningún otro ser humano.

Pero hay otra influencia que puede haber obrado sobre Whístler en este sentido, y es la de Rusia. No sé que ninguno de sus críticos o biógrafos lo haya observado. Y no obstante, el artistió pasó en Rusia los años en que los jóvenes son más propensos a recibir impresiones duraderas. Ya para esa época tenía abiertos del todo los ojos, los oídos y el corazón. No sólo la pintura, sino también la música y las ideas rusas deben haber penetrado en ellos. Debió de sentir allí el contacto del Oriente, como más tarde debía de sentirlo al través del Japón. Y la esencia del arte ruso consiste precisamente en esa conjunción de intenso y desnudo realismo y sutil y honda sugestión de lo ilimitado, lo inexplorado, lo eternamente desconocido. Rusia es una niñez intensamente viciada; y eso mismo era Whístler.

Es curioso considerar que la combinación realizada en Whístler de la inteligencia más lúcida, despejada y enérgica con la completa ignorancia general que antes mencioné nos conduce precisamente al

resultado de la viva coexistencia de la precisión y el misterio. Observador perspicaz como era, no poseía el sentido de interpretación de la vida moderna; ni encontramos en sus obras el rastro del rápido y activo movimiento del mundo contemporáneo ni de otro mundo alguno. La inteligencia parece esclarecerse únicamente con el deseo de obscurecer las cosas. El resultado final de la evolución secular de un instrumento tan magnífico como la razón humana es embrutecerla, mostrándole a la luz de relámpagos cegadores la región sin límites de las sombras impenetrables. Y en este aspecto del arte de Whístler nada es más sugestivo y simbólico que el nocturno de los fuegos artificiales. El brillo del cohete hace que la tiniebla envolvente oprima al espectador con una visibilidad negativa que resulta enloquecedora.

Tomando en cuenta esta unión de intensa claridad intelectual con el misterio es cómo podemos leer todas las desconcertantes observaciones de Whístler acerca de la naturaleza. La naturaleza es multiplicidad informe. No entrega su secreto ni cuenta su historia al ojo que no ve ni a la imaginación obtusa. El trabajo y el triunfo del artista consisten en elegir, aislar, exaltar y coordinar, para el logro de las emociones que desea transmitir, no otras ni mayores. También en esto el paralelo con la música ilustra el asunto mejor que cualquier análisis de la pintura. Todos los sonidos que emplea la música se encuentran en la naturaleza, pero en vasto y embrollado desorden, que tan pronto produce dolor como placer. El genio del músico introduce en este caos una disposición armónica de éxtasis ordenado. En la idea de Whístler el triunfo final y perfecto de la inteligencia era la transformación del caos en misterio.

Muchos se han quedado perplejos ante su despego por el campo y las burlas de que lo hizo blanco. La explicación es sencilla. En primer lugar nunca había vivido en el campo. El conocimiento que tenía de éste era el de un viajero; y la naturaleza es para el viajero un despliegue panorámico, una sucesión de impresiones vulgares desde una montaña siempre más alta o un mar más profundo. Para el viajero, la naturaleza está hecha de paisajes, no de sentimientos. Esto fué lo que Whístler quiso expresar cuando, de regreso de una. excursión por los lagos ingleses, dijo que las montañas "eran todas colinas redondas, con arbolitos redondos;" cuando se quejaba de que, en general, había demasiados árboles en el campo, y llegó a lamentarse con un amigo que insistía en alabar las estrellas: "Son demasiadas." Si hubiera crecido en medio de un exquisito marco de belleza, tal como el que aparece en los libros de versos de Cówper,

> Escenas que de joven me parecían placenteras
> y encantadoras,
> Ahora, que no soy ya oven, todavía conservan para mí
> Su virtud encantadora y placentera.

su pincel hubiera perpetuado tal encanto como pocos antes lo hicieron. Pero siempre moró en ciudades grandes, y eventuales dosis de naturaleza primero lo hartaban y luego lo ponían a perecer de hambre. Además, sostenía, tal vez con razón, que las más profundas fuentes de misterio no son las campiñas anchurosas ni los cielos pacíficos, sino los ojos y el corazón de los hombres.

No es menester decir que la teoría del misterio, tal como la he expuesto, quizás con sobrada sutileza, no se encuentra expresada en ningún escrito ni en ninguna de las conversaciones que se conservan de Whístler. Cuando uno la tiene presente, sin embargo, es interesante y curioso recoger las notas y los ecos de esa teoría en sus propias palabras. Así, en cuestiones prácticas, nótese esta observación endilgada a alguien que comentaba el hecho de que la morada del pintor se hallaba inconclusa:

> No me cuido de establecerme en ninguna parte. Donde no queda espacio para mejoras, o para soñar en las mejoras, donde el misterio asume su forma perfecta, es *finis*, el fin, la muerte. No quedan perspectivas ni esperanzas.

O véase el mismo instinto en conexión más artística:

> Se habla del cielo azul de Italia. El cielo de Italia no es azul sino negro. El cielo azul no se encuentra en ninguna parte, excepto en Holanda y aquí, o en otros países donde se ven grandes nubes blancas, entre las cuales se abren

espacios azules. Y en Holanda hay atmósfera, lo cual significa misterio.

Aquí también hay misterio, pero a la gente no le agrada. Sólo le agrada cuando sopla el viento del este, cuando puede contemplar la orilla opuesta del río y contar los alambres de la jaula del canario colgada de aquel lado.

Finalmente, léanse estas elocuentes palabras acerca de la pintura, tan llenas de misterio y de vagas sugestiones como una poesía de Shélley:

A medida que la luz se desvanece y las sombras van condensándose, se borran todos los detalles secundarios y nimios, desaparece todo lo trivial, y veo las cosas tal como son, en masas grandes y fuertes: desaparecen los botones, pero subsisten los trajes; se borran los trajes, pero subsiste el modelo; desaparece el modelo, pero queda allí su sombra. Y ésa no puede borrarla la noche de la imaginación del artista.

Aun descontando la natural ironía de Whístler, semejante concepto del arte parece enmendar la célebre frase de Gautier así, "Soy un hombre para quien existe el mundo invisible," y dar redoblado énfasis a los versos de Keats:

La música que oímos es muy dulce
Pero es mas dulce aun la que no oímos

Así encontramos en Whístler, como la encontramos implícita en Mark Twain y explícita en Henry Adams, la herencia enorme y abrumadora de ignorancia legada por el siglo diecinueve al veinte. Pero mientras Mark Twain erigió la ignorancia en religión dogmática de negación, y Adams se divertía con ella como con un juguete, Whístler extrajo de ella perdurable estímulo para el efuerzo artístico y aplicó a sus persistentes tormentos la receta inmortal y divina para curar el dolor de cabeza y el dolor de corazón, males del cuerpo y del alma, zozobras, pobreza, oprobios, olvido y pesadumbres: la creación, o, mejor dicho, el esfuerzo por la creación de cosas bellas.



LAS MUJERES EN LA POLÍTICA

POR

CORINNE RÓOSEVELT RÓBINSON

¿En qué forma será más útil la influencia de las mujeres en la vida pública, ahora que disponen del voto y tienen, al mismo tiempo que derechos, deberes políticos? A fin de que la influencia femenina sea positivamente benéfica y eficaz, la autora aconseja a las mujeres de los Estados Unidos que procedan con prudencia y cautela en las deliberaciones y actos que se refieren a los negocios públicos, entre tanto adquieren la preparación y la práctica necesarias para tratarlos y manejarlos con idoneidad. Señala algunos de los peligros y de los errores que acarrea la inexperiencia femenina en política, pero está segura de que el idealismo y la sinceridad de las mujeres pueden hacer grandes cosas por el bien de la patria y de la humanidad.—LA REDACCIÓN.

SI ES cierto el adagio antiguo de que la escoba nueva barre con limpieza, parece que la proposición inversa también lo es, a saber: que la escoba limpia barre como si fuese nueva. Al pensar en las mujeres dentro de la política, preferiría considerarlas desde el punto de vista de la "escoba limpia" y no desde el punto de vista de la "escoba nueva," aunque en estos momentos bien se las podría considerar también como "nuevas."

Todo lo completamente nuevo es, por fuerza, potencial en parte; y la importancia de su potencialidad varía según pueda ser útil o no. La única forma en que las mujeres pueden ser de positiva utilidad política es, antes que todo, siendo sinceras y claras en su actitud hacia los sucesos y los individuos que asuman importancia política, o mejor dicho, pública.

Soy de los que creen que no debe existir por sí mismo un "partido de las mujeres," sino que las mujeres deben trabajar al lado de los hombres, aprovechando en sus deliberaciones los conocimientos masculinos y ofreciendo al mismo tiempo a los hombres la ventaja de un punto de vista exento de transacciones de principios.

Las transacciones son, como todos sabemos, ley necesaria de la vida. Mi hermano, el coronel Théodore Róosevelt, cuando era presidente de los Estados Unidos, acostumbraba explicarme esta máxima extendiendo el índice de una mano y colocando en su extremo un dedo de la otra, al mismo tiempo que me decía:

Tú sabes que por mi modo de ser me gustaría llegar aquí [indicando la punta del dedo]. Deseo realizar del todo lo que he emprendido, pero si, por razón de las circunstancias, no puedo dar cima a mi deseo, ¿no sería necio sentarme a refunfuñar en el suelo, en vez de caminar siquiera las dos terceras partes de la jornada?

Por lo mismo que sólo en ocasiones participan en la vida pública las mujeres se sienten inclinadas a creer que "caminar las dos terceras partes de la jornada" equivale a aceptar la derrota, y bien podrían perjudicar la causa por que trabajan negándose a transacciones legítimas. Por lo tanto, parece preferible con mucho que tomen parte en las organizaciones de los hombres, y no que permanezcan en grupo aparte. El mayor contingente que las mujeres pueden aportar a los partidos políticos es la absoluta sinceridad y la intachable pureza de sus intenciones.

Espero que ninguna mujer, en ninguna convención nacional, contribuya jamás a la designación de un candidato en quien no tenga confianza absoluta. Espero que ninguna mujer, en ninguna convención nacional, favorezca la designación de ningún "hijo predilecto" por mera "cortesía." Lo que necesitamos aquí y lo que tal vez pueden contribuir a realizar las mujeres en política es la firme creencia y determinación de que realmente *podemos* lograr lo que el pueblo desea, siempre que lo *desee* con suficiente energía.

En 1916 comprendí que la voluntad del pueblo había sido burlada cuando mi hermano Théodore Róosevelt no fué designado para la presidencia de los Estados Unidos.

Así se lo dije a él mismo después de la convención, y él me contestó, riendo: "Si los míos hubieran anhelado mi designa-

ción con energía suficiente, la hubieran conseguido."

Las mujeres desean las cosas con más fuerza que los hombres; son más vehementes y concentradas; y si alimentan esa vehemencia con bastante fervor en sus corazones, aunque con la moderación suficiente para no renunciar a ideales realizables, podrán ser de inmensa utilidad en la vida futura de nuestra nación.

Lo que necesito, por mi parte, es más instrucción en los métodos políticos. No entiendo por tales los métodos corrompidos, sino los justos e inteligentes. En el momento actual, las mujeres somos como la clase de principiantes en una gran universidad: somos inteligentes y estamos consumidas por el ansia honrada de adelantar, pero somos ignorantes. La clase antigua no tiene, quizás, ambiciones tan genuinas, y las mismas verdades adquiridas en el aprendizaje han torcido tal vez sus ideales y acarreado desencantos, pero no puede negársele la experiencia. La clase antigua sabe cómo emprender su trabajo, conoce los métodos de los exámenes y ha adquirido cierta suma de conocimientos prácticos; y lo que a la clase bisoña toca hacer es mantenerse en sus propios límites, sin intentar meterse con temeridad en la refriega, firmemente decidida a familiarizarse con los métodos y los sistemas, y a prenderse, al mismo tiempo, en el corazón con "garfios de acero" los más altos ideales, para llegar así, más animada que nunca por el bien del colegio, a convertirse en la clase de los antiguos, y apta, además, para emplear en el logro de aquel bien métodos práticos, sin los cuales no puede conseguirse el triunfo.

Estoy convencida de que es mejor para las mujeres andarse con tiento al aceptar posiciones políticas. En cuanto a mí, cuando se me acercaron en la conferencia informal republicana de Saratoga a solicitar mi apoyo para designar a una mujer como candidata para el cargo de teniente gobernador del estado de Nueva York, contesté con franqueza que no era partidaria de elegir a una mujer para ese puesto. No me parece que la mayor parte de las mujeres hayan alcanzado aún en materia de política tal adelanto que sean preferibles a los hombres para cargos de esa índole.

La convención democrática de Saratoga designó a una señora para secretaria de estado de Nueva York; y ello tal vez fuera un acierto político, pues el partido democrático ha tenido varios aciertos políticos en sus designaciones y escogimientos; pero lo que deberíamos tratar de hacer los miembros del partido republicano—y es claro que lo mismo debería tratar de hacer todo partido político—es escoger y designar a los mejores individuos para cada posición; y las mujeres tienen que hacer un largo aprendizaje en los negocios públicos antes de que se pueda pensar en ellas para ciertos cargos.

En todos los estados en que se les concede el derecho del voto, uno de los terrenos en que las mujeres pueden prestar inestimables servicios es en las escuelas y bibliotecas públicas. El porvenir de nuestra tierra descansa sobre la educación de nuestros nacionales y sobre la educación y "americanización" de los hijos de padres extranjeros. La escuela pública, y la biblioteca, considerada como centro común de cultura, son el mejor incentivo del patriotismo, siempre que al frente de esos institutos se encuentren maestros y directores competentes. Las mujeres *votantes*, especialmente *porque votan* al mismo tiempo que son mujeres, pueden ejercer gran influencia velando por que no se permita que los maestros faltos de patriotismo desempeñen cargos en nuestras escuelas públicas y por que los sueldos de los maestros y bibliotecarios sean bastante halagüeños para atraer a los institutores más competentes y cultos. El voto de cada mujer debería utilizarse contra acciones tan incorrectas como la que llevó a cabo la junta de educación de Nueva York al destituir al doctor Tíldslay de un cargo en el cual hizo cuanto pudo por mejorar el esfuerzo educativo y patriótico de nuestras escuelas. Interésense más las mujeres en tales asuntos; protesten las mujeres de Nueva York contra el cierre de ciertas bibliotecas sucursales en la parte baja de la ciudad, donde dichas bibliotecas eran centros de "americanización," y, en tanto estudian algunos de los deberes que les son menos familiares, cumplan nuestras votantes otros deberes, tales como los ya mencionados, que tan bien comprenden. A una votante

que ocurra con una protesta formal ante el alcalde o ante cualquier otro funcionario, hay que tomarla en cuenta, mientras a una simple señora se la recibirá con escasa cortesía.

El espíritu femenino es propenso a confundir la independencia con la rectitud. La rectitud, que significa solamente *proceder bien*, puede practicarla tanto el que trabaja afiliado a una sociedad como el espectador "independiente," pero del primer modo puede realizarse una labor mucho más fecunda. Después de todo, lo que importa es conseguir buenos resultados; y el espectador raras veces hace algo más que no sea permanecer apartado, censurándolo todo.

La mujer que supone que al afiliarse a uno de los dos grandes partidos políticos de nuestra nación se contamina, y por eso permanece alejada de ambos, no abriga preocupación más que por la comodidad propia.

Toda mujer debe estudiar los principios fundamentales de los dos grandes partidos, y sólo puede estudiarlos participando en la actividad política de su propio distrito, si vive en la ciudad, o de su jurisdicción, si vive en el campo; y debe tratar de convertirse, de ese modo, en un factor de las organizaciones locales. Procediendo así, conviértese en factor de las grandes organizaciones nacionales.

Las mujeres podemos ser útiles por nuestro ejemplo mudo en cuanto atañe a nuestro concepto del deber. Poquísimos hombres toman parte activa en la política de su patria, y si las mujeres asumen esta parte activa, su ejemplo, silencioso y todo, puede tener consecuencias positivas.

No es el voto en sí mismo el elemento preponderante en los nuevos privilegios y responsabilidades de la mujer, sino más bien la obligación de la mujer en cuanto al voto y su designio solemne de que ese voto obre en apoyo de la justicia.

Hace poco oí a una señora muy inteligente deplorar el hecho de que el grito de combate del partido republicano en esta campaña fuera "los Estados Unidos antes que todo." Al punto me di cuenta de lo que a mi entender constituye el peligro de "las mujeres en la política."

Insensiblemente las mujeres han adoptado una actitud cada vez más desinteresada ante mayor número de cosas que el hombre, y en el caso mencionado parecíale a la señora que se trataba de un grito de combate egoísta, y sintió repugnancia por lo que se le antojó falta de altruísmo. Cambió de parecer cuando le leí el siguiente pasaje del discurso de Théodore Róosevelt en el estado de Maine, en 1916:

> La política de los Estados Unidos debe determinarse tomando en cuenta sólo dos condiciones: mirando, primero, por el honor y el interés de los Estados Unidos, y después, por el interés del mundo entero.
>
> Nuestra primera obligación es para con los Estados Unidos, pero si somos leales a nuestros principios, debemos servir también a los intereses de la humanidad en general. Además de servir a nuestra propia patria, debemos encaminar la política de nuestra propia patria a proteger la causa de la justicia, la honradez internacional y la humanidad.

Las palabras anteriores no carecen, por cierto, de altruísmo, pero sí de aquel sentimentalismo que, me duele decirlo, es capaz de modificar la opinión de las mujeres acerca de los deberes políticos prácticos.

Otra mujer—y cito el caso como nuevo ejemplo del daño que produce la actitud sentimental—otra mujer me escribió después de la reunión de las dos convenciones nacionales de los partidos, diciéndome que, habiendo sido ardiente partidaria de Théodore Róosevelt, no podía aguantar los resultados de la convención republicana y había resuelto votar por los candidatos demócratas, pues así a lo menos votaría por un Róosevelt.

La carencia completa de lógica, combinada con el sentimentalismo, la había llevado a la conclusión peregrina de que debía votar por los candidatos entre los cuales figuraba el nombre de un pariente lejano de Théodore Róosevelt, sin percatarse de que, al proceder así, votaba en favor de la política de un partido contra el cual combatió Théodore Róosevelt toda su vida; en favor de la política que él consideró, en sus últimos seis años, como calamitosa y siniestra por sus resultados para nuestra patria. Semejante sentimentalismo podría destruir en gran parte los bienes que la mujer está en condiciones

de realizar con su indeclinable rectitud y con su fino sentido de las responsabilidades.

En conclusión, ruego a las mujeres de los Estados Unidos que procedan como espero hacerlo yo misma: es decir, que concurran a la escuela, no a la escuela que frecuentamos en otro tiempo, sino a la dura escuela de la vida pública; y ello sin la menor idea de desentendernos de nuestros deberes privados. Si nos desentendiéramos de éstos, menoscabaríamos antes que acrecentar nuestro influjo; y así como hemos estudiado ya otras artes, estudiemos ahora el arte arduo de prepararnos para ser ciudadanas útiles. Tratemos de eliminar el sentimentalismo, pero en modo alguno renunciemos a nuestra sinceridad y a nuestro idealismo práctico; trabajemos por ascender a la clase de los más adelantados en política; y acojamos los conocimientos que nuestro ascenso a la clase supone, sin sacrificar nuestro amor por la justicia ni nuestra determinación de convertir la vida política y pública en una carrera que no tenga por qué amortiguar ni destruir el entusiasmo de los hombres ni el de las mujeres.



HECHOS DE UN MISMO METAL

POR

CALEB WRATH

Asistimos en este cuento al alejamiento entre un padre y un hijo que no se comprenden el uno al otro; pero el hijo al cabo llega a darse cuenta de que ambos eran expresiones de una misma fuerza, manifestada en formas distintas: un mismo metal vaciado en diferentes moldes.—LA REDACCIÓN

LA OPACA luz de una mañana fría y húmeda bañaba ya los tejados de la vieja ciudad y comenzaba a filtrarse por los cristales polvorientos de las *tabatières*, ventanillas que se abren hacia afuera, como las cubiertas de las tabaqueras, sobre los techos inclinados, cuando tocaron a la puerta del *grenier* de Rúpert Crócker.

A la media luz que reinaba en la bohardilla todo era confusión quieta y silenciosa. Un caballete de pintor se inclinaba y torcía en un rincón; y sobre la mesa, las dos sillas y el piso sin alfombra estaban tirados indiferentemente lienzos, libros, prendas de vestir, y, aquí y allá, una paleta o un vaso erizado de pinceles.

Tum . . . tum . . . tum. . . . los golpes dados en la puerta eran cada vez más recios. Al fin los cobertores de la cama se levantaron lentamente, y por debajo de su extremo apareció despabilándose un rostro joven y delicado.

El joven se levantó tiritando, y en su traje de dormir se encaminó a la puerta, andando de puntillas sobre el pavimento frío.

Era la *concierge.*

Une dépêche, monsieur,—dijo entregándole un billete azul.—*Elle vient d'arriver.*

—*Merci, madame.*—

Cerró la puerta y corrió de nuevo a refugiarse en la cama.

—¿Quién diablos puede enviarme un telegrama?—pensó, pues todos sus conocidos vivían en el *quartier* limitado por el río y el Boulevard Montparnasse, la Rue des Saints Pères y el Halle-aux-Vins, es decir, a quince minutos de distancia.

RÚPERT CRÓCKER, 19 RUE VALETTE, PARÍS. TU PADRE GRAVEMENTE ENFERMO. VEN. TU MADRE.

—¡Un telegrama! . . . ¡De casa! . . .—

Por primera vez en varios meses su pensamiento voló a la pequeña y tosca ciudad nativa de Pensilvania, llena de fábricas. Vió a su padre y a su planta de fundición. Era imposible pensar en ellos separadamente: la vida de su padre habíase confundido con la de sus talleres. Y el viejo estaba enfermo. . . . Era extraño. Cuadrado de hombros y de quijadas, y ancho de pecho, era todo huesos y músculos, y siempre le había parecido tan robusto como un toro. De súbito dilatáronse las narices del mozo, su delicada faz se endureció y el antiguo resentimiento hacia su padre se reanimó en su pecho.

Era algo que nunca acertó a comprender por completo. Jamás había sentido lo mismo hacia su madre: los dos se habían comprendido. Y sin embargo, cuando niño había ansiado especialmente el afecto de su padre. Era como si el duro y rudo fabricante, insensible a la delicada naturaleza del muchacho, hubiera desdeñado su "blandura" y le hubiera negado ásperamente el cariño que su hijo solicitaba. Rúpert recordó con amargura que un día, cuando apenas tenía cinco años, su padre lo llevó a la fundición en momentos en que estaban fundiendo. El metal líquido saltaba de la gran paila a los moldes de arena; y, como el niño retrocediera llorando, su padre le gritó enojado: "¡Quieto! ¡Si tuvieras más hierro de ése en las venas, podríamos hacer de ti un hombre!"

Rúpert volvía a ver a su padre tal como se le apareció durante la última escena entre ambos. Recordaba los penetrantes ojos grises, el fuerte cuello desnudo, las ásperas mejillas tan rubicundas que las venas resaltaban en ella y en los lados de su gran nariz, y las fuertes y groseras manos de John Crócker que accionaban con énfasis al tiempo que decía:

—Cualquiera que sea el oficio que escojas, no llegarás a ser nada sin un período de aprendizaje. Si crees que debes ser un artista e ir a estudiar a París, no me opongo; por el contrario, te pagaré el pasaje y te daré algún dinero para que comiences. Pero si, como siempre lo he deseado, vienes a la fábrica a trabajar conmigo, no debes imaginarte que vas a hurtarle el cuerpo al trabajo fuerte. Te concederé seis meses de aprendizaje en el departamento de máquinas y otros seis en la fundición. Eso es más de lo que yo estuve en cada uno, pero creo que será suficiente para probar si sirves o no para algo. Ahora tú decidirás.—

Rúpert estaba decidido. La fundición y las máquinas no se habían hecho para él. Durante su adolescencia, el resentimiento hacia su padre había llegado a abarcar cuanto parecía más característico del hombre: su taller de fundición, su parda y rústica ciudad industrial y su basto materialismo. Arrebatado por un espíritu de rebelión contra todo esto, el muchacho se había refugiado en el arte, y dos años atrás vino a París lleno de esperanzas. Había trabajado con ardor, espoleado no solamente por el amor a la pintura, sino también por el deseo de vindicarse a sus propios ojos. Y era principalmente el desdén de su padre el que lo estimulaba. Había conseguido un triunfo secundario con el interior de una fundición, cuadro nacido de sus recuerdos de la infancia. La tela atrajo algo la atención en el Salón y después se la vendió a un traficante en cuadros.

El telegrama se le cayó de la mano, y Rúpert principió a trazar nerviosos dibujos sobre el polvo de la pared inclinada que le quedaba enfrente. No deseaba regresar a los Estados Unidos. Apenas empezaba a adelantar, y en su patria no encontraría más que desaliento. Imaginaba el frío desdén del padre cuando supiera que su hijo había estado al borde del hambre, y que los años de trabajo sólo le habían valido un éxito insignificante. Preguntaría en cuánto había vendido Rúpert el cuadro: ¿Seiscientos francos? . . . ¡Magnífico! Ése era casi el precio de una tonelada de hierro colado. . . . ¡Y por dos años de trabajo! ¡Ah, muchacho! ¡A ti no te va muy bien!

Estremeciéndose, Rúpert saltó de la cama y se quedó de pies contemplado la chimenea que bostezaba ante él, negra y vacía. Miró en torno suyo buscando leña. No había. Sus ojos tropezaron con una de sus antigus telas. . . . Bueno, ¿por qué no? No podía negarse a volver a casa, y si iba, no llevaría los cuadros consigo. No valían la pena: obras de principiante cuando más. Arrancó brutalmente el lienzo del marco de madera y lo echó al hogar de la chimenea; en seguida, el marco. Y luego otro y otro. Dos años de trabajo principiaron pronto a chisporrotear detrás del enrejado de la chimenea, y Rúpert, agazapándose cerca del fuego en su traje de dormir, comenzó a trazar con desconsuelo los planes de su regreso: primero que todo, la agencia de vapores; luego enviaría un mensaje anunciando la fecha en que debía partir.

II

Aun no había zarpado del Havre el vapor francés en que viajaba, cuando ya Rúpert empezó a arrepentirse de su resolución. Así como durante dos años había encontrado en el arte y en la bohemia del barrio latino un refugio seguro contra las cosas que le mortificaban en su padre, del mismo modo se las recordaban ahora los americanos que viajaban a bordo.

Había entre ellos una multitud de comerciantes que regresaban de París con las modas de primavera, y mientras los veía pasearse por el puente reflexionaba desdeñosamente: "los Estados Unidos de nuevo: menguada noción del arte para crear modas por sí misma, de modo que viene a copiar lo que París inventa." A lo largo de los puentes paseábanse los comerciantes norteamericanos, los más de ellos poniendo a Francia de oro y azul y discutiendo interminablemente sobre importaciones, exportaciones, dólares y dividendos. "Lo mismo haría mi padre de hallarse aquí," pensó Rúpert con amargura. Después del primer día, se apartó de los demás pasajeros y buscó la soledad en una lancha salvavidas, en la cubierta superior.

En una ocasión, después de comida, fuése al fumadero, a saborear un *liqueur* con su café. El sitio estaba lleno de bullangueros compatriotas, entregados a una vergon-

zosa orgía final, antes de llegar a la tierra de la probibición. Zampábanse un *cocktail* tras otro con jactancia grosera, como muchachos precoces que se la echaran de hombres. Rúpert recordó análogos excesos en que su padre había incurrido. Nunca volvió por el fumadero.

Al fin, una mañana, llegaron a Nueva York. En la cubierta todo era bullicio y alboroto. Los sirvientes sacaban los baúles de los camarotes, y los pasajeros se agrupaban extáticos a las barandillas. Al lado de Rúpert encontrábase un caballero de grandes mandíbulas y papada bien afeitada que ostentaba un tinte azulado. Cuando apareció la estatua de la Libertad, el caballero tosió, aclarándose el pecho:

—¡La misma tierra de Dios!—exclamó. —¡Nuestra querida patria!—

Y miró con placidez hacia Rúpert, como solicitando su aprobación.

—Eso es lo mismo que diría mi padre, caballero,—contestó Rúpert,—apartándose de allí.

Una hora más tarde había pasado por las formalidades de la aduana e iba en un automóvil con su equipaje. Mientras contemplaba la orilla del río, pensaba en los tranquilos *quais* del Sena, donde los botes se deslizan perezosamente y puede uno curiosear por horas enteras el contenido de los puestos de los libreros de viejo. Pero a uno y otro lado irguiéronse pronto los grandes edificios del comercio de Nueva York: espléndidos y fríos monumentos de la vida mercantil de la nación. Y fué exhalando un suspiro de alivio como se echó al cabo en un asiento, al lado de una ventanilla, en el tren que debía conducirlo a su casa. Pero aun allí lo hostigó una interminable sucesión de carteles de anuncios. Entre un aviso de medias de seda y otro de píldoras hepáticas, divisó un cartelón que promulgaba esta divisa: "Dios es amor."

¡Así crean ellos una moda aun para la propaganda de su religión por medio de anuncios,—pensó Rúpert. El "ellos" era inconsciente, pues en su espíritu él se desligaba de los Estados Unidos y los consideraba como si fuera un extranjero. Pero aunque no se percatara de ello, esta implacable notación de todo lo trivial y lo material, de todo lo desprovisto de alma en los Estados Unidos, era un esfuerzo involuntario por justificar su alejamiento de su padre. Pues en la vida y carácter de su padre encontraba un resumen de todo cuanto censuraba en los Estados Unidos. Fué el áspero rechazo de su temprano afecto de niño el que condujo a Rúpert, años atrás, a reprimir el cariño por su padre y a ver con malos ojos todo lo que le evocaba su frío y crudo materialismo.

Rúpert cambió de tren y cuando se aproximaba a su casa, sus pensamientos se volvieron a ella. Preguntóse qué haría al llegar. Era probable que encontrara a su padre restablecido y entregado a sus faenas. Había tenido vagas esperanzas de encontrar un telegrama a su llegada a Nueva York, pero no encontró ninguno. Probablemente a su madre no se le había ocurrido que podía enviar uno al vapor. Y comenzó a pensar en ella.

Era una mujercita delgada, cuyo rasgo predominante de carácter era una dulzura suavemente sumisa. De ella había heredado Rúpert la pequeña estatura, la delicadeza de la piel, la suavidad del cabello y el amor por la belleza. En sus relaciones con el hijo la dominaba enteramente su marido; y Rúpert sabía de antemano que el modo como le daría la bienvenida sería preparando y colocando tímidamente delante de él los mismos platos de que más gustaba cuando niño. ¡Pobre y sencilla madre! ¡No acertaba a comprender que ya el hartarse de dulce de gengibre no era para él la más alta delicia que puede alcanzarse en este mundo!

Al cabo llegó a su destino y salió del tren. Dió órdenes en la estación para que le enviaran su equipaje y se marchó a pie. Encontró a la ciudad tal como recordaba haberla dejado: tosca e indeciblemente fea, con sus sucias hileras de casas de obreros y sus fábricas vomitando humo.

Desde lo alto de una colina contempló la planta de John Crócker y Compañía fundidores y fabricantes de máquinas, que se extendía en una media docena de acres de terreno. Las chimeneas vomitaban humo, y al través de una de las enormes puertas percibió el brillo rojizo de una corriente de metal en fusión y comprendió que estaba cayendo en los moldes de arena. En esa planta la turbulenta vida de su

padre habíase vertido también año tras año, para tornarse a la postre dura como el hierro y modelada según las necesidades de la industria. Se preguntó cuál iba a ser su propia vida. ¿Perseveraría, a pesar de la prohibición de su padre, luchando por alcanzar el triunfo en el arte? Volvióse bruscamente y echó a andar.

En las afueras de la población, un poco apartada del camino, estaba la casa de los Crócker, de tres pisos, y fabricada de ladrillos duros. Una mujer que estaba atisbando por una de las ventanas de arriba lo observó y se marchó adentro. Casi al momento se abrió la puerta de entrada y su madre salió al vestíbulo a recibirlo. Tenía el rostro delicado y redondo, la boca resignada y paciente; y notó, al verla avanzar hacia él, que estaba pálida y que tenía ojeras violáceas bajo los ojos obscuros. Al momento se encontró en sus brazos.

—¡Oh, Rúpert! ¡Rúpert!—sollozó. Ayer . . . ayer por la mañana . .. murió tu padre. . . .

III

El primer efecto de las malas noticias, como el primer efecto de un golpe fuerte, es casi siempre el aturdimiento. Sólo después viene a saberse el estrago que han causado. Tras una primera y rápida ojeada al rostro de su madre, Rúpert apretó su mejilla contra la de ella. No quería mirarla a los ojos. Por varios momentos permanecieron así, Rúpert con los brazos ceñidos alrededor de su madre, mientras miraba sin ver, como deslumbrado, por encima de su hombro. Después de un rato se dió cuenta de que estaba mirando algo y vió que era una gorda gallina del vecindario que vagaba por el campo, balanceando la cabeza inquisitivamente, como buscando que comer.

—Ven, mamá,—dijo al fin, sencillamente, y la siguió al interior de la casa, en silencio. La mujer a quien había visto en la ventana se les reunió en la sala. Tenía puesto ahora el sombrero.

—Mrs. Crócker,—dijo con tono bondadoso, no me quedo más tiempo en vista de que ya tiene usted a su hijo en casa; pero vendré por la mañana temprano, por lo que pueda ofrecerse.

—Muy bien, Mrs. Doyle, muchas gracias,—contestó su madre.—Ha sido usted muy bondadosa al venir a acompañarme.

La mujer se volvió hacia Rúpert y le habló gravemente:

—Es un triste regreso el que usted ha tenido, joven; y siento que haya perdido usted tan buen padre.—Se detuvo un segundo. Luego, tomándole la mano y apretándosela con firmeza, agregó en voz baja:—Tal vez le haga falta algún día.—

Cuando cerró la puerta tras ella se detuvo con la mano en la manecilla.

—¿Te acuerdas de Mrs. Doyle, Rúpert? —preguntó su madre. Vive allí al lado desde. . . desde mucho antes de que te fueras.

—Sí, mamá;—contestó distraído. Preguntábase qué habría querido decirle con aquello de "tal vez le haga falta algún día." ¿Opinaba acaso como ella toda la ciudad que él era un alfeñique?

Vino luego el relato de la enfermedad de su padre y algunas preguntas acerca de su propia salud. Después madre e hijo guardaron silencio. Tenían muy poco que decirse. Por último su madre le anunció que su cuarto estaba listo y que ella iba a preparar la comida. Él se marchó silenciosamente escaleras arriba.

El aposento de su padre estaba en el segundo piso; y tenía la puerta significativamente cerrada. No entró.

Su propio cuarto estaba en el tercer piso. Había sido suyo desde que estuvo bastante crecido para dormir solo, y mientras subía las escaleras recordó cómo su padre acostumbraba llamarlo por las mañanas desde el pie de la escalera. "¡Ooh! ¡hijo!"—era cómo lo llamaba siempre.

La comida fué tétrica. Su madre había preparado molletes de maíz, que sabía le gustaban mucho, y él se atracó de ellos, mientras su madre, sin probar casi la comida, permanecía sentada frente a él. Cuando terminaron, la ayudó a llevar los platos a la cocina. Nunca habían tenido criada, y aunque hacía años que había pasado para ellos la época en que la falta de dinero les impedía tenerla, Ráchel Crócker prefería hacer, ella misma, los oficios domésticos y dirigir su casa, como su esposo había dirigido la fábrica, sin que nadie la con-

tradijera. Mientras preparaba el agua para los platos Rúpert permaneció a su lado cohibido; y fué ella quien lo sacó de su embarazo diciéndole:

—Rúpert, desearía que buscaras un papel que debe estar en el escritorio de tu padre. Es el título del terreno de la familia en el cementerio. El empresario de entierros lo pidió esta mañana.

Fué él a la pequeña sala de lectura de su padre, y, al abrir la puerta y encender la luz, los objetos familiares parecieron salir a su encuentro, despertando memorias de tiempo atrás olvidadas. Todo evocaba a su padre. Era aquél el único aposento de la casa que su madre no trató de arreglar nunca. Allí estaba, ante el escritorio, el viejo y gastado sillón de cuero; casi podía ver a su padre sentado allí ahora; allí estaba, sobre la repisa de la chimenea, la pipa de su padre. El reloj sobre la chimenea, se había parado y recordó que era su padre quien le daba cuerda siempre.

Al abrir la gaveta del escritorio, contuvo el aliento. Adentro todo estaba colocado en orden, de una manera rudimentaria, y todo hablaba de su padre. Había unos enseres de pesca, y la memoria de Rúpert retrocedió a aquellas tardes del sábado en que, de niño, acompañaba a su padre cuando iba a pescar. Eso fué antes de que se alejaran uno de otro.

Había, además, una multitud de cartas, atadas, con seguridad pero con torpeza masculina, en un haz abultado. Las miró con curiosidad. Estaban dirigidas a su padre con letra de su madre; y echando una ojeada a la fecha de los sobres, hizo un cálculo rápido: eran anteriores a su matrimonio. Por primera vez pensó Rúpert en la vida de su padre antes de que él viniera al mundo y en la larga unión con su madre. Agresivo, dominador, impaciente, su padre había sido impetuoso y violento entre los hombres, y había tratado a su hijo como a un hombre. Solamente a su esposa, tan serena y visiblemente sumisa, habíale demostrado tosca y embelesada ternura. Nunca comprendió su delicada reserva, y quizás por la misma razón nunca comprendió a su hijo. Más entendía de hombres hechos y derechos, y de hierro y acero.

Detrás de las cartas Rúpert encontró un envoltorio de papel de seda. Cierto vago recuerdo lo indujo a abrirlo. Contenía un pequeño bosquejo que Rúpert mismo había hecho cuando apenas tenía ocho años. Ahora recordaba que lo trajo orgullosamente de la escuela y se lo ofreció a su padre como regalo de cumpleaños.

—Papa,—díjole,—yo voy a ser un artista. Mi dibujo fué el mejor de la clase. . . Si tú pudieras ser el mejor del mundo en algo, ¿qué te gustaría más ser: el mejor tirador, el mejor jinete o el mejor artista?—

Los ojos de color azul grisáceo brillaban mientras sostenía apartado en una mano el dibujo infantil, examinándolo con mirada crìtica. . . .—Me parece, hijo, —contestó,—que más me gustaría ser el mejor padre." Y luego frunció el ceño enojado, como desaprobando esta repentina manifestación sentimental sin precedente. —Pero tú deseas ser un artista, ¿no es eso?—agregó con sequedad.—Bueno, no podemos hacerte un artista, pero sí podemos ayudarte.—

Rúpert comprendió con tristeza que su padre había cumplido su promesa.

Al fin encontró el papel que andaba buscando y se lo llevó a su madre. Ella no había dormido la noche antes y encontrábase extenuada por los largos desvelos. El funeral sería al día siguiente.

Cuando lo besó, al despedirse por la noche, creyó que iba a decirle algo, pero no fué así. La barrera de reserva subsistía entre los dos y Rúpert se sorprendió al ver cuán poca confianza tenía en él su madre. Parecía reconcentrada en sí misma y en los recuerdos del hombre que durante más de treinta años había sido su compañero. Rúpert pensó que él no había sido, después de todo, más que un episodio de su amor, como el pajarillo que nace, crece y se marcha volando: el amor de sus padres había sido anterior y había sobrevivido a su advenimiento. Pero cuando subió a su cuarto, se preguntó si su padre habría hablado de él antes de morir.

Estuvo largo rato despierto pensando en su padre.

A la mañana siguiente su madre no lo llamó, y cuando se despertó era tarde. Se vistió de prisa y bajó a buscarla en el corredor. Recibía ella en ese momento una gran corona de flores envuelta en papel, y, al

cerrar la puerta, se volvió a Rúpert. Él notó que su madre tenía los ojos llorosos.

—La enviaron los obreros de la fábrica, —dijo. Dos de ellos la trajeron. Preguntaron si podían venir antes de los oficios para ver a tu padre. Les dije que vinieran a cualquiera hora antes del mediodía. Ya sabes que los oficios no son hasta las tres.—

Se quedó como esperando que él dijera algo; y luego, indicando la ofrenda de flores preguntó: —¿No podrías tú arreglarla? Tu sabes mucho más de eso que yo. Los hombres de la agencia funeraria vinieron ya y lo bajaron. Todo está listo en la sala.

Rúpert tomó el paquete y se fué allá. Sorprendiólo la gran cantidad de flores que había. Los parientes y amigos debían de haberlas enviado por la mañana; pero eran tantas que no parecía sino que cada habitante de la ciudad hubiera enviado las suyas. Se acercó al féretro y contempló el cadáver. Largo tiempo permaneció allí, como si hubiera querido imprimirse indeleblemente en el alma la imagen de su padre. La fornida quijada el cuello de toro, el áspero cabello gris eran los mismos que recordaba; solamente que los ojos risueños estaban cerrados y las mejillas, que siempre habían sido tan rubicundas, estaban ahora pálidas. Lo sorprendió la desconocida emoción que surgía de su ser y trató de desecharla. Por último comenzó a sacar la corona de su envoltorio.

Era enorme y abominable, de pésimo gusto, hecha de cuentas de vidrio; formada con cuentas doradas estaba la palabra: "Bienvenida." Sintió un impulso frenético de rabia y estuvo a pique de lanzar la corona lejos de sí. Después se le ocurrió que podía disimularla debajo de las demás flores. Sus ojos tropezaron entonces con una tarjeta atada a la corona por una cinta blanca, con una inscripción: "A John Cróckcr: sus empleados." Rúpert vaciló, detenido por un impulso más poderoso que su sentimiento del arte. Luego, lentamente, sin saber bien por qué lo hacía, colocó la horrenda corona en lugar preeminente, al lado del ataúd.

IV

Por primera vez, durante muchos años, la fábrica permaneció silenciosa un día de trabajo.

Ese mismo día casi un millar de empleados desfiló solemnemente ante el féretro. Acudieron por su propia voluntad, embarazados dentro de sus trajes dominigueros. Un poco después de las once, comenzaron a llegar, en grupos de dos y tres, y luego en partidas más numerosas, hasta que al cabo hubo una corriente continua de hombres que entraban por la pequeña puerta, sacudían los zapatos en el felpudo, y con el sombrero en la mano pasaban gravemente ante el féretro del hombre a quien muchos de ellos conocieron desde su niñez.

Arriba, en el aposento de su padre, Rúpert estaba solo, escuchando el sordo rumor de pasos. Recordó que en todos los veinte años en que su padre fué superintendente de la firma, no habían ocurrido allí huelgas. Cuando había inconvenientes los trabajadores se presentaban francamente a John Cróckcr y le exponían sus quejas. Como había sido él mismo un obrero y tenía noción cabal de la justicia ejecutiva, había accedido a veces a sus demandas. Otras veces las había rechazado, y entonces hasta los escribientes de las oficinas exteriores habían temblado cuando su voz profunda retumbaba en la discusión y sus tremendos puñetazos ponían a saltar los tinteros de su escritorio. Pero había sido el orgullo de su padre que mientras las huelgas y los cierres habían sido frecuentes en otras plantas, y más de una vez fué menester acudir a la policía militar del estado, él y sus empleados habían arreglado sus propias disputas discutiendo abiertamente y para mutua satisfacción. Rúpert meditaba en esto mientras escuchaba el sordo rumor de pisadas en el corredor de abajo. ¿No acabaría nunca el desfile? Americanos y lituanos, rusos y polacos, todos habían venido con un solo objeto: a honrar la memoria del hombre para quien habían trabajado y a quien habían respetado.

Los oficios religiosos fueron breves; y cuando el ministro anunció su texto: "No alleguéis para vosotros tesoros sobre la tierra," a Rúpert no le pareció inadecuado. Todos los incidentes que habían producido en él despego hacia su padre

tornábanse insignificantes. Veíalo de una manera nueva, y según que las firmes modulaciones de la voz del ministro subían y se apagaban, Rúpert comenzó a trazarse, lo mejor que pudo, un esbozo sucinto de la vida de su padre. Vió retrospectivamente la dilatada lucha que había sostenido.

Mecánico de alguna habilidad, John Crócker se había abierto paso por medio de su esfuerzo sin tregua, su fino sentido común y su honradez a toda prueba. Rúpert recordó su concepto de la lealtad a sus asociados en los negocios y su justicia imparcial con sus empleados. Pensó en el perdurable amor de su padre por una sola mujer y comprendió los largos años de recio trabajo que precedieron al logro de una posición de importancia en la vida industrial de la comunidad, y de la responsabilidad que sobrevino con ella. Vista de ese modo, la vida de su padre no carecía de ruda dignidad, de cierto elemento de inculto patriotismo que no había comprendido antes.

Todavía con los ojos secos, Rúpert acompañó a su madre en el coche hasta el cementerio. Allí, en un sitio desde el cual se divisaba la planta que había sido la obra de su vida, fueron depositados los despojos mortales de John Crócker. Después, madre e hijo tornaron a casa, y al marcharse los parientes y amigos, se quedaron sentados juntos y silenciosos. Al cabo de un rato Rúpert pasó el brazo por la cintura de su madre. Se preguntaba tristemente si su padre había hablado de él antes de morir; y la idea de su desacuerdo se le había convertido en un peso insoportable.

Por último su madre se volvió hacia él.

—Rúpert,—dijo.

—¿Qué, mamá?

—Quiero decirte algo . . . acerca de tu padre. La noche antes de su muerte estuve a su lado hasta muy tarde. Entonces, cuando vi que dormía tranquilamente fuí a descansar en el aposento desocupado. Dormí más de lo que pensaba, pues cuando me desperté estaba rompiendo el alba. . . . ¿Recuerdas tú, Rúpert, cómo acostumbraba llamarte tu padre? ¿Cómo te llamaba desde el pie de la escalera todas las mañanas, durante todos los años que viviste aquí? Bueno: eso fué lo que me despertó. Te estaba llamando: "¡Ooh, hijo!," como acostumbraba hacerlo antes, y lo encontré de pies, en traje de dormir, como si acabara de levantarse, o mirando hacia arriba, hacia la escalera, como si esperara que tú le respondieras. "Rúpert no está allí, John," le dije. Creo que no me comprendió bien, pues cuando me lo llevaba a la cama de nuevo, me declaró: "Sólo quería hablarle de ese cuadro."—

Rúpert sintió de súbito que se le apretaba la garganta, y alzó la mirada. Tenía los ojos arrasados en lágrimas que descendían quemantes por sus mejillas. Su madre se había levantado y, haciéndole señal de que la siguiera, se dirigió a su propia estancia. Allí, en la pared, frente al lecho de sus padres, estaba colgado el cuadro que él había pintado en París, el único cuadro suyo que había tenido éxito.

Su madre hablaba lentamente y con dificultad:—Vió una reproducción en una revista industrial y no descansó hasta adquirir el original. Primero lo colgó sobre su escritorio en la fábrica; pero cuando enfermó, ordenó que se lo trajeran aquí. Nunca habló de él; pero a veces permanecía en el lecho contemplándolo, durante horas enteras. Cuando lo llevé de nuevo a la cama, pareció recobrarse: "Ráchel," dijo, "ése es un gran cuadro. Sí, se necesitaba al hijo de John Crócker para que lo pintara. ¡Mira, si no; mira el hierro fundido que sale del horno y a los obreros desnudos de la cintura arriba! ¿No *sientes* claramente el calor? ¿No *hueles* el sudor que les corre por la espalda? ¿No *oyes* el estridor de las grúas arriba y el estrépito del gran martillo dominándolo todo? . . . Ráchel, dile . . . dile que estoy orgulloso de él. Era de mejor metal de lo que creía, de tan buen metal como su padre. Sí; estamos hechos de un mismo metal, pero el Fundidor nos vació en distintas turquesas."

TIERRA DE MARAVILLAS

POR

ÁNDREW J. STONE

Cuando se habló en los Estados Unidos de comprar a Rusia el territorio de Alaska, el público en general y aun ciertas personas notables creyeron que se trataba de un yermo árido y glacial, que no valía la pena de comprarlo ni el dinero de la compra. Este concepto es el que corre como verdadero en muchos países, y ha perdurado en cierta parte del público norteamericano hasta nuestros días. El autor demuestra que esa creencia popular es infundada y errónea, y que Alaska, por el contrario, es una comarca llena de bellezas, pintoresca y maravillosa con sus ventisqueros y sus *fiords*, sus volcanes y sus bosques, sus montañas nevadas, sus islas deleitosas, sus bosques densos y sus espléndidos paisajes.—LA REDACCIÓN

HACE ya más de cincuenta años que los Estados Unidos, sin mayor agrado y hasta sin cordialidad siquiera, aceptaron el territorio de Alaska. Antes nos lo habían ofrecido varias veces, y lo habíamos rechazado; pero cuando el presidente Johnson nombró secretario de estado a Wílliam H. Séward, éste se propuso convencer a nuestro gobierno de que debía adoptar una conducta más sensata. Se le presentó la coyuntura de hacerlo cuando el gobierno ruso insinuó que vendería la América rusa a cualquiera nación que no fuera Inglaterra. En esa época se decía que Rusia estaba muy necesitada de dinero; y, como se había mostrado amiga nuestra durante la guerra civil, se nos presentaba ahora la ocasión de corresponder a sus pasados favores. El 30 de marzo de 1867 se envió al senado el tratado de compra, que suscitó una tempestad de protestas en todo el país, pero que se ratificó el 28 de mayo por una mayoría de treinta votos contra sólo dos en contra, y fué promulgado por el presidente el 30 de junio. El precio estipulado de la compra fué de 7,200,000 dólares, o sea menos de dos centavos por cada 155 hectáreas de tierra, inclusive la riqueza de todas las aguas adyacentes.

Estando aún en discusión el tratado de compra, Benjamín F. Bútler, de Massachusetts, dijo: "Si es que vamos a pagarle a Rusia esa suma por su amistad, propongo que se la paguemos dejándola en posesión de Alaska." Benjamín F. Loan, de Missouri, declaró: "La adquisición de ese yermo estéril e inhospitalario no agregará nunca un solo dólar a la riqueza de nuestro país, ni brindará refugio a nuestra gente." Cuán completamente se engañaban al menospreciar los recursos naturales de Alaska lo demuestra el hecho de que en 1870 el privilegio de la caza de focas en las islas de Príbilof del mar de Béring se le otorgó a la Alaska Commercial Company, durante un período de veinte años, por la suma de 6,020,152 dólares; en 1890, las islas fueron arrendadas de nuevo, esta vez a la North American Commercial Company, y el gobierno recibió 3,453,844 de dólares. Las dos isletas de Saint Paul y Saint George, que forman el grupo de Príbilof, produjeron una cantidad mayor que el precio de la adquisición de todo el territorio. Y ésta, como es obvio, era sólo una de las fuentes de riqueza.

Ni fué Mr. Loan más afortunado tampoco en la elección de los adjetivos: los de estéril e inhospitalaria no le vienen bien a Alaska, aunque durante años se supuso que era una región de nieves y de hielos, sólo adecuada para los esquimales y los osos polares. El comercio de pieles tuvo en gran parte la culpa de esta suposición. Producía rendimientos enormes, y la única manera cómo la compañía podía conservar su predominio en el negocio era manteniendo a los hombres blancos lejos de la comarca; por eso, durante los primeros veintidós años de los cincuenta y pico que hace que poseemos a Alaska, el pueblo norteamericano sólo oyó hablar de frío y desolación terrible y de un negocio de pieles manejado por una empresa: situación en modo alguno halagadora para el hombre blanco. Mas poco a poco la probabilidad de la riqueza de Alaska fué difundiéndose por los Estados Unidos. Poco a poco

desmoronáronse los muros imaginarios. Un puñado de exploradores y aventureros traspasó la cadena de montañas del sudeste y se internó más allá, en las imponentes soledades. Otros los siguieron, aventurándose cada vez más en el valle del Yukon. Pero ellos mismos no consideraban a Alaska como un país en el cual podían residir y establecer sus penates. No tenían el menor propósito de cultivar las maravillosas riquezas que los rodeaban. No ya las pieles, sino el oro era el señuelo de esta nueva correría, que tal venía a ser en resumidas cuentas. Estos merodeadores sólo se curaban de pillar el país y abandonarlo de nuevo a los nativos y a las bestias montaraces. Millares y millares de hombres inteligentes atravesaron los bosques magníficos, circundados de hermosos paisajes, sin acertar a verlos. No pensaron en Alaska como tierra propicia para trabajar con fruto, sino como fuente de riquezas ganadas sin trabajar. Pocos americanos que no hayan viajado o vivido allí saben de la hermosura y opulencia de aquella tierra.

Nada tienen por cierto de melancólicas ni monótonas las mil y cien islas que forman el archipiélago de Alexánder. Algunas de esas islas son tan grandes como el mayor de los estados de Nueva Inglaterra: unas están desprovistas de árboles, muchas poseen grandes bosques y otras son altos picachos montañosos. El grupo de las Aleutianas, célebre por sus pieles y por sus cesterías, es principalmente de origen volcánico. Muchas se alzan del mar en conos simétricos cuyos flancos van de ordinario a morir en pendiente a las tierras bajas; otras oponen al embate de las olas orillas escarpadas que descienden suavemente hasta las playas angostas, donde primorosas y extrañas aldeas anidan en las ensenadas. Bógoslof, en el mar de Béring, asomó la cabeza sobre las aguas que la circundan en 1796, entre violentas explosiones y estampidos de truenos. En 1805 subió más aún sobre el mar, y en los veinticinco años siguientes continuó su ascensión irregular y lenta, iluminando con sus relámpagos las tinieblas de la noche y obscureciendo con sus humaredas la luz del día. En 1883 sobrevinieron aun nuevos cambios en aquel sitio, y la segunda Bógoslof apareció en la escena, haciendo notorias tentativas por representar el mismo papel que su hermana mayor. En 1906 apareció la tercera Bógoslof. El grupo entero se encuentra todavía en actividad y se agita en ocasiones con violencia. Estas islas exhalan siempre vapores calientes cuando aparecen sobre la superficie del mar.

Al pasar a la tierra firme, encontramos las montañas más altas del continente norteamericano. Alaska tiene cuarenta picos de 2,700 a 6,000 metros de altura. Cuenta por lo menos con una docena de sistemas orográficos, clasificados y denominados según otras tantas cordilleras, aunque en realidad sólo existen dos claramente definidas: la cordillera de la costa de Alaska, y la prolongación septentrional de las montañas Rocallosas.

De las dos, la más importante es la de la costa, que viene a ser continuación de la cordillera llamada en California las Sierras; en Wáshington, Cascades; y Selkirks, en la Columbia británica. Se extiende hacia el sudeste, rompiéndose en picachos aislados cerca de la costa y al través del sistema de islas que forman el archipiélago de Alexánder; y en el continente forma por el norte lo que se conoce como la cumbre, al norte de Skágway. Más allá de Cross Sound álzase la cordillera de Fáirweather, que se levanta en línea recta del mar, y es uno de los espectáculos más hermosos del mundo. El monte Fáirweather, que mide 4,657 metros de altura, apenas es un poco más elevado que sus vecinos; y desde el mar se divisan claramente todas las cimas, las cuales quedan tan cercanas que con un par de buenos anteojos se perciben en todos sus detalles los desfiladeros profundos, los ventisqueros y los precipicios. Más al oeste júntase a la cadena de Saint Elías, que presenta también un descenso abrupto hacia la costa. El monte de Logan es el pico mas alto; pero, como se encuentra rodeado por otras grandes moles, carece de la grandiosidad del monte de Saint Elías. Vestida de blanco, excepto en la falda circundada por una franja verde obscura, la montaña levántase del mar en forma de enorme cono que penetra en los cielos a una altura de casi seis kilómetros, y está tan próxima a la ruta que siguen los navíos, que el viajero puede contemplar el azul

profundo de las grandes grietas que hienden los flancos del enorme ventisquero de Malaspina. Esta montaña posee asimismo cierta importancia internacional, pues su punto más elevado es el vértice de un ángulo que desempeña un papel de primer orden para la fijación de los límites entre Alaska y el territorio canadiense.

En parte alguna del mundo puede uno disfrutar de un espectáculo tan soberbio con tan pequeño esfuerzo y tanta comodidad. Crestas fantásticamente irregulares, de blancura purísima, yérguense sobre el cielo de verano de Alaska, de profundo azul. Mientras el buque avanza entre los resplandecientes témpanos de Glacier Bay, cuyos cristales blancos arrojan reflejos de índigo obscuro, y el inmenso Muir Glacier, con su témpano flotante de hielo, que se alza abruptamente de las aguas a varios centenares de pies y se extiende a través de toda la bahía, se pierden de vista, por el momento, las montañas. Las costas verdes y cubiertas de árboles atraen la atención, y la marsopla que brinca y se revuelve sobre las olas lo distrae a uno por un instante, así como la ballena que se acerca de vez en cuando a enseñarnos cómo arroja sus chorros de agua y con cuánta gracia se desliza su pesado corpanchón entre las aguas.

Los ventisqueros de Alaska están estrechamente asociados a sus mayores montañas. Quienes no conocen el país presumen, naturalmente, que a medida que avancen hacia el norte encontrarán más campos de nieve y hielo, pero lo cierto es que toda el área glacial está situada dentro de la gran cordillera de la costa del sud, y sus nueve décimas partes se encuentran en los declives meridionales, entre las cumbres de las montañas y el mar. Hay allí numerosos ventisqueros, setenta de los cuales han recibido nombres especiales. El Malaspina de Alaska tiene una superficie de 3,133 kilómetros cuadrados, mientras la del Jostedalsbrä de Noruega es sólo de 1,218.

Una vez más resulta inexacta la idea popular, pues estos campos de hielo no indican intensos fríos ni gran desolación. Espesos bosques, magníficos helechos que alcanzan a la altura de un hombre y lozanas plantas florales de muchas clases se codean en los lugares bajos, y en ciertos casos crecen en la misma superficie de los ventisqueros, formando a menudo una verdadera selva, con árboles que llegan a tener un metro de diámetro y veinticinco y aun treinta metros de altura. Virtualmente todos los doce millones de hectáreas de bosques que existen en Alaska encuéntranse dentro de la superficie de los mayores ventisqueros: en las laderas de las montañas del lado de la costa, en las tierras bajas que circundan la orilla y en las innumerables islas.

Un escritor y viajero, describe la ascensión de una pendiente suave, por entre madrigueras de lobos en que se hundía hasta la rodilla y

> sobre campos de *bryanthus*, ranúnculos, nomeolvides, violetas, gencianas, campanillas azules, *geums*, ásteres y solidagos. El *ptarmigan*, un hermoso tetrao, corría a nuestra vera. Las marmotas silbaban a ambos lados, y el terraplén adonde llegamos era el sitio favorito de pastar de las cabras salvajes, con cuyas carnes conservaron los cazadores bien provista nuestra despensa.

Ninguna comarca posee en su interior tan extensas y encantadoras aguas salobres. Puede navegarse centenares de kilómetros entre las islas del archipiélago de Alexánder: islas pobladas de bosques densos, donde amenos arroyos bajan saltando al mar interior o se despeñan en graciosas cascadas. Profundos *fiords* proporcionan, al abrigo de los vientos, pintoresco anclaje para pasar la noche, y en todos estos sitios hay a la mano madera y agua pura. Abunda la pesca, y los venados y las gallinas silvestres se acercan sin temor a uno, como en son de visita.

Desde el momento en que uno zarpa para Púget Sound no es posible una sola hora de murria. Pueden navegarse hasta mil kilómetros hacia el norte por estas serenas aguas interiores con comodidad inalterable, primero, a través de laberintos de canales angostos, y, luego, por anchas aguas que brillan con distantes vislumbres; dejando atrás la isla de Whidby y sus jardines maravillosos y la pintoresca aldea india de Yes Bay; por el golfo de Georgia y las remolineantes mareas del estrecho de Séymore, hasta la insuperable hermosura de los pasos de Jóhnstone, donde por horas

enteras se navega serpenteando entre altos muros poblados de árboles, bellos como las imaginarias comarcas de los cuentos de hadas; y por Chátham Sound, dejando atrás a Prince Rúpert.

El creador de los adjetivos dió por terminado su trabajo antes de ver a Alaska. Mrs. Hígginson escribe:

> Al comienzo mismo de Rússel Fiord encuéntrase un paisaje de esplendor supremo, que sobrepuja a los más ponderados del Viejo Mundo. En un trecho de varios kilómetros pasa uno de los bosques exuberantes a los lagos deleitosos, cascadas que semejan encajes de agua y trozos de valles verdes, y luego, de improviso, contempla la más sublime montaña nevada que cabe imaginar, rodeada por ventisqueros y por algunos de los picachos más majestuosos del mundo.

Del ventisquero de Taku dice John Muir:

> Corre violentamente en curvas majestuosas y vacía sus masas inagotables, bramadoras y violentas en un brazo occidental de las aguas interiores, próximo al río Maru. De este modo tenemos allí a la vista, desembocando en el mar uno al lado del otro, un río de agua y un río de hielo, que abundan ambos en cascadas y rápidos, y que son, sin embargo, diferentes del todo por la velocidad con que corren y por las canciones que cantan: peregrina lección objetiva que vale la pena venir a aprender de tan lejos.

Cuando habla de Hárriman Fiord, dice:

> Acampamos en el único bosque todo de abetos que he visto en mi vida, los más hermosos de los árboles perennes que crecen al nivel del mar, algunos de los cuales tienen más de un metro de diámetro, por más de treinta de altura.

Las ricas tierras labrantías de los valles y de las laderas y las serranías arboladas aquí y allá representan cerca de una tercera parte del territorio: proporción en tierras de labranza mucho mayor de la que poseen varios estados de la Unión. Agréguese a esto que gran parte de la península de Kenai se destinará un día a la agricultura y a los pastos, y las más de las islas mayores de las Aleutianas y del archipiélago de Kódiak se dedicarán también al cultivo de forrajes.

Alaska cuenta, además, con ocho mil kilómetros de ríos navegables. El incomparable y célebre Yukon, que atraviesa por paisajes magníficos, es navegable en una extensión de 3,378 kilómetros. A su lado resulta menguado el Hudson. También sus tributarios ofrecen alicientes a los buques que conducen carga y viajeros curiosos. El Tanana ha sido navegado en una extensión de 1,126 kilómetros; el Chinasa es navegable para buques de poco calado en un trecho de 1,206 kilómetros. De modo que la comodidad y la belleza andan aquí aparejadas.

Si son paisajes bravíos y magníficos los que buscamos, el Cóoper River and Northwestern Railway nos recoge en las costas de Prince Wílliam Sound y nos conduce a lo largo del caudaloso Cóoper River, orillando una comarca de aspecto maravilloso y atravesando de vez en cuando selvas profundas y grandes ventisqueros, siempre encerrados entre elevadas montañas y hondos desfiladeros; cada curva del río y de los rieles pone de manifiesto nuevos paisajes, hasta que el desfiladero se ensancha y Mount Blackburn aparece ante nosotros, terriblemente cerca, y antes de que tengamos tiempo para recobrarnos de la impresión, Mount Wrángell asoma su mole por la izquierda, y Mount Régal nos contempla desde arriba por la derecha, a través de una hendidura del bloque de la montaña, sólo para perderse de vista al punto.

Más al oeste, las montañas de Chúgach se levantan desde las playas de Prince Wílliam Sound. Mr. Muir escribe:

> La entrada del famoso brazo de Prince Wílliam Sound ofrece, hacia el lado del occidente, uno de los más opulentos y gloriosos paisajes montañeses que he contemplado en mi vida: picos sobre picos, que se hunden profundamente en los cielos, se levantan a millares, cada vez más altos y refulgentes, unos tras otros, encendidos en vivos fulgores a la luz de la tarde; una nube de púrpura se cierne sobre ellos; y las purpúreas sombras de las hondonadas y una gran belleza revestida de mil formas nos aguardaban a cada paso en esta espaciosa y clara tierra de prodigios.

Para mí, la península de Alaska y las islas Aleutianas han tenido siempre especial atractivo. Es con mezcla de emoción y orgullo como reviso las impresiones que recogí una quieta tarde del otoño de desde sentado en un alto promontorio que 1902, las montañas que tenía a la espalda avan-

zaba hacia el mar que me quedaba en frente; y en los rasgos de aquel paisaje insólito leí, como en las páginas de su propia historia, el relato de su creación dramática y de su desarrollo, más pacífico y paulatino.

Detrás yérguese una cadena de montañas enormes coronadas de nieve, formada por picachos y picachos de contornos graciosos, pero de apariencia tan maciza, inconmovible y sólida que infunden una impresión de seguridad suma: la impresión de que estas grandes masas de tierra no han cambiado a través de las edades. Vistas desde el sitio que ocupo, desvíanse ligeramente a la derecha y a la izquierda, y podía ver en una y otra dirección y hasta una distancia de muchos kilómetros la misma gran cordillera que desde su cresta nevada se inclina suavemente, formando estribaciones, hasta el mar que se extiende, manso y pacífico, ante mis ojos. Todo estaba tan sosegado y tranquilo que parecía como si la paz fuera a reinar allí para siempre, a despecho de los categóricos testimonios de violencia que acababa de leer en la historia que relataba la tierra circundante: la historia de un poder tremendo que una vez logró poner en movimiento toda esta tierra y levantarla con la misma facilidad con que un hombre levantaría una manzana en la palma de la mano.

Precisamente diez años después que ese formidable poder desplegara una vez más sus furores, Mount Katmai, situado a pocos kilómetros del lugar en que yo me encontraba sentado, hizo explosión, convirtiéndose en el mayor de los volcanes activos del mundo, no ya para elevar la tierra ni dilatarla a expensas del mar, sino para asumir un poder eruptivo. Toda la cumbre de la gran montaña voló por los espacios hecha añicos. Se calcula que la espantosa conmoción lanzó al aire veinte kilómetros cúbicos de tierra y piedra sólidas, convertidas en cenizas volcánicas, con tan tremenda fuerza impulsora que fueron a caer en grandes cantidades a doscientos cuarenta kilómetros de distancia. En Kódiak, a ciento cincuenta kilómetros del sitio de la explosión, todo el suelo quedó cubierto por cenizas volcánicas de treinta centímetros de espesor.

El cráter abierto de ese modo en la cima de Mount Katmai es el mayor entre todos los de los volcanes en actividad. El fondo de la cuenca está lleno ahora de agua que forma una laguna de más de tres kilómetros cuadrados. Desde la superficie de esta laguna hasta el punto más alto del borde superior del cráter, la distancia es de 1,127 metros. La tierra despedida por los aires en aquel breve y pavoroso instante era cuarenta veces mayor que toda la que se extrajo en la construcción del canal de Panamá.

Pero la mayor maravilla de Alaska y, sea dicho de paso, el espectáculo más prodigioso del mundo, no es el volcán de Katmai. Allí se halla lo que anhela el apetito estragado: algo nuevo, tan poco parecido a los demás fenómenos de la naturaleza, que el mundo no conoce nada que pueda comparársele.

De pies en las alturas, con el inmenso y terrible Mount Katmai en el fondo, el espectador contempla a sus plantas un verdadero infierno que se dilata por kilómetros enteros entre altas paredes de lava y otras materias volcánicas, circundado de poderosos volcanes en actividad. Éste es el Valley of Ten Thousand Smokes (valle de diez mil columnas de humo). Millares de chorros de vapor y de humo, de diferentes formas y tamaños, saltan del suelo y van a perderse en una gran nube que arrastran los vientos. Aquí y allá brillantes manchas de todos los colores del iris esmaltan el suelo y las paredes de este valle extraño; pero estas manchas no las forman las flores conocidas en otras partes de Alaska, sino otras flores de azufre lanzadas hasta allí desde los hornos del gigantesco laboratorio situado a leguas y leguas de distancia, en las entrañas de la tierra.

Peregrino parece, pero es lo cierto que uno puede descender y caminar con relativa seguridad entre aquellos fenómenos, evadiendo a veces un chorro de vapor que salta silbando; respirando los diferentes gases acabados de salir de la profundidad de las regiones infernales; y eludiendo los surtidores de agua hirviendo. Hay chorros de vapor a los que no se atreve uno a acercarse y sobre los cuales podrían cocerse alimentos, corrientes glaciales y hasta de hielo; y multitud de arroyos desembocan en una misma laguna, donde el agua es fría en unas partes y caliente en otras.

Dice Mr. Róbert F. Griggs:

En la parte que uno alcanza a divisar del valle ancho y llano, grandes columnas de vapor blanco surgían del terreno agrietado y subían graciosamente hasta confundirse, formando una nube que parece suspendida a cada lado de los flancos de la montaña. No podíamos ver hasta dónde se extendía la actividad volcánica, pues unos ocho kilómetros más abajo las nubes cubren el valle, impidiendo la vista en esa dirección.

Este gran fenómeno, la más pasmosa y admirable de todas las maravillas del mundo, no puede ponderarse ni describirse fielmente. Es el ápice de la belleza de una comarca en que abundan las bellezas de índole más común: comarca de mar y de montañas, de calor y de frío, de flores y de hielo; comarca que posee condiciones magníficas para convertirse en asiento de viviendas humanas.



LOS MÓVILES DEL SOLDADO

Por

T. H. PRÓCTER

Ofrecemos a nuestros lectores en este artículo quizá el primer ensayo analítico hecho hasta ahora sobre los móviles humanos que impulsaron al pueblo inglés a alistarse en el ejército, y sobre las causas morales que mantuvieron firme al soldado en el transcurso de la guerra. El estudio que hace el autor de estos móviles y causas, aunque penetra hasta el fondo de la naturaleza humana y se eleva hasta los más altos ideales del hombre, está escrito en un lenguaje sencillo, sazonado con modismos ingleses y frases de la guerra, que hemos tratado de verter al español con exactitud. Tiene la intensidad de las cosas vividas. Bien podría conceptuarse como un "documento humano," por demás interesante. Aunque no forma parte del objeto principal del análisis de los móviles del soldado, termina con una investigación de los efectos de la guerra sobre la masa humana, y nos descubre con un poderoso realismo, con la frialdad del cirujano que hunde la chuchilla en la carne putrefacta, las profundas cicatrices morales que en el alma del soldado, al regresar a la vida civil, dejaron el embrutecimiento y la retrogradación espiritual que les inculcaron el odio y la disciplina militar a los reclutas civilizados que la sociedad moderna envió a la matanza.—LA REDACCIÓN.

LA APRECIACIÓN de los móviles es proverbialmente difícil, pues el resultado es a menudo una revelación que experimenta el observador; y, cuando el motivo es el soldado inglés, la dificultad sube de punto, puesto que forma parte de su código el no poner jamás en exhibición sus más profundos sentimientos. El que es verdaderamente patriota no lo dice. Para él, es cosa que no se hace.

Para demostrar cuán poca fe puede tenerse en lo que nos dice el mismo soldado acerca de sus móviles, voy a relatar el caso de uno de mis parientes. Este chico, que me aseguró con mucha seriedad y con todas las apariencias de ser sincero, que él no quería alistarse, pero que se veía obligado a hacerlo porque no podía verles la cara a sus compañeros de oficina. Sin embargo, el mismo chico, al verse rechazado del ejército por su defecto de la vista, siguió ensayando en varios puestos de reclutamiento hasta que logró aprenderse de memoria las letras del cartel, y fué aceptado después de la quinta tentativa. Si el móvil que él me había confesado hubiera sido el verdadero, bien habría podido regresarse a su oficina después del primer rechazo.

En el análisis de los móviles es muy fácil pasar por alto los más recónditos; y, por otra parte, acerca del patriotismo se han escrito muchas tonterías. El punto de vista sentimental, según el cual todo el que se alistó era un acendrado patriota, no es verdad. Este artículo es un ensayo, fundado en mi experiencia en el ejército británico, para apreciar el papel que representó cada factor en el complicado asunto de los móviles, en el cual nos proponemos responder adecuadamente a estas tres preguntas:

1. ¿Qué fué lo que indujo a los hombres a alistarse?
2. ¿Qué los sostuvo durante la larga guerra?
3. ¿Cuál es el efecto de la guerra sobre el soldado?

La respuesta a la primera de estas preguntas contiene un juicio acerca de la naturaleza humana del vulgo en la actual sociedad civil. El caso de Inglaterra ofrece extraordinario interés, pues que es la única de las naciones beligerantes que se presta al estudio de los móviles. Recordemos que Inglaterra, antes de la guerra, era una democracia liberal del tipo no militar. Es cierto que teníamos un pequeño ejército profesional; pero éste se componía, en su mayor parte, de aventureros y de los incompetentes en las industrias. La masa del pueblo estaba poco interesada en el ejército. Teníamos también una fuerza territorial más cercana al pueblo, pero que se reclutaba solamente para la defensa nacional, y era tal la fe que teníamos en nuestra marina que casi no nos inquietaba el temor de una invasión. La idea de la guerra era ajena a nuestras vidas. El hecho de que, durante dos años, no recurriéramos al reclutamiento forzoso nos permite estudiar las reacciones que

produjo la emergencia, en las distintas clases de individuos, y sobre este estudio basar un juicio acerca de los efectos de la civilización moderna.

Una vez que el recluta se ha enganchado, entra en una nueva vida y queda sujeto a nuevas influencias. El impulso original a menudo desaparece, o lo suplantan móviles nuevos. Como la guerra se prolongaba meses tras meses, requería cada vez mayor resistencia. ¿Qué sostenía al soldado? Esto nos lleva al estudio de la moral del ejército.

Y ahora, después de toda esta sorprendente experiencia y cuando el soldado ha vuelto a la vida civil, ¿cuáles son los cambios que ha sufrido? Considerada desde este punto de vista, ¿es buena o mala la guerra? Esta pregunta quizá no está dentro del alcance de este artículo, pero interesa a todo el mundo.

I

¿POR QUE SE ALISTÓ LA GENTE?

Ensayemos primero una clasificación de los móviles principales que impulsaron a los que respondieron al llamado de la patria, los cuales, desde luego, fueron impelidos por todos los móviles concebibles, desde el más alto patriotismo hasta el deseo de escapar del lado de una mujer regañona; pero examinaremos sólo los más importantes, clasificándolos en tres grupos.

Veamos primero los *impulsos "submorales."* En éstos incluímos a todos los hombres que se alistaron por móviles que nada tienen que hacer con la cuestión de lo justo o lo injusto, ni tampoco con causa alguna imperativa, ni que se encuentre fuera del individuo mismo. Son los que obedecieron a simples impulsos, sin importárseles las causas legítimas de la guerra, el patriotismo abstracto o el deber del individuo para con el estado. Alistáronse porque tal era su deseo.

El primero de estos impulsos es el de pelear, por el puro amor de pelear. Todavía existen hombres que han nacido pendencieros, dotados del mismo temperamento que el padre de aquella chiquilla que se acercó corriendo a una multitud reunida en una calle, preguntando anhelosa: "¿Es que van a pelear? Porque si es así, mi papá, de seguro, querrá meterse en el pleito." Ya cercano el fin de la guerra, todavía encontrábase uno ocasionalmente con un sujeto, por lo común un joven, que, a pesar de todos los padecimientos sufridos, y quizás a pesar de un par de heridas, experimentaba verdadero placer en los combates.

Luego tenemos el elemento romántico, en el cual incluímos el amor por las aventuras (distinto de la pura afición a pelear); el deseo de alejarse de un lugar aburrido; de viajar por tierras extranjeras; de vivir al aire libre; de llevar un uniforme y marchar al son de la charanga. Los hombres de esta clase no consideraron la guerra sino una oportunidad para romper las cadenas que los ataban a la vida consuetudinaria y vulgar. La guerra significaba para ellos a lo menos un cambio.

A otros los impulsó el odio al enemigo, que en aqulla época era sólo antipatía de raza, que nada tenía que hacer con esta guerra en particular. Este odio primitivo hay que distinguirlo del odio más complejo que sobrevino luego como resultado del relato de las atrocidades cometidas por el enemigo. Ese odio primitivo fué tan ciego y tan amoral como el odio en las reyertas entre tribus.

Por último, en este grupo debemos poner a todos los que se alistaron bajo la influencia de la excitación de las masas, y que son ejemplos de los fenómenos de la psicología de las multitudes. Éstos no obedecieron a un motivo consciente. Todo el mundo se alistaba, y ellos se dejaban llevar de la corriente.

Veamos ahora la segunda clase de los móviles de mayor importancia, los *móviles morales*, los casos en que la acción tuvo su origen en uno u otro concepto del "deber." En este caso, el factor dominante es el concepto de que el individuo está subordinado a una realidad más grande, y este concepto es el que determina la acción.

Creo que estos individuos forman una clase distinta y bien determinada, que representa un desarrollo más complejo. Sus móviles fueron conscientes e intelectuales; su acción fué deliberada. Hablando en general, la separación entre el deber y la inclinación estaba bien demarcada en ellos para dejar satisfecho al más riguroso kantiano. Éstos no deseaban

alistarse; no los urgía impulso alguno primitivo. No amaban la guerra, no los atraía la fascinación de las batallas, y en muchos casos estaban bien dispuestos para con los alemanes y encontrábanse harto acostumbrados a pensar con independencia para someterse con facilidad al influjo de la multitud.

Podemos dividirlos en dos subclases: los que creían que la guerra era justa, y los que la creían injusta.

Los primeros pueden clasificarse según el fundamento de sus creencias. Los más simples creían que todo lo que hiciera Inglaterra era justo porque lo hacía Inglaterra. En seguida vienen los que creían la guerra justificada porque en ella estaban envueltos los intereses de Inglaterra, incluyendo en éstos a los hombres agresivos que vieron en la guerra la ocasión de destruir una rival comercial o de apoderarse de las colonias alemanas, y a los defensivos movidos por el temor de que Alemania adquiriera demasiado poder o por el peligro de la ocupación de la costa francesa por el enemigo.

Luego vienen los móviles altruístas: la justificación de la guerra porque nada deseábamos para nosotros, sino que peleábamos para salvar a Francia y restaurar a Bélgica, o, más abstractamente, para vindicar la santidad de los tratados.

Finalmente, tenemos el móvil del puro humanitarismo, el de quienes creyeron que el objeto de esta guerra era concluir con la guerra para siempre; y se alistaron para combatir al diablo con sus mismas armas. No les importaba tanto obtener una victoria nacional, ni aun la restauración de Bélgica, como salvar a toda la humanidad, inclusive los alemanes, del azote del militarismo.

En todos éstos, la conciencia individual y la nacional eran una. El proceso intelectual contiene juntamente el criterio general de que para la nación era justo pelear, y de aquí el mandato impulsor de que: "Yo, fulano, debo cumplir con mi deber."

Sin embargo, había muchos que no creían en la justicia de la guerra. El pacifismo estaba mucho más difundido en Inglaterra, antes de la guerra, de lo que podría indicar el número de los que se oponían por escrúpulos de consciencia. Por supuesto que mucho de ese pacifismo era de una clase algo despreciable, que sucumbió, aunque rebeldemente, a las primeras medidas de coacción. Mas esto no es todo. Uno de los fenómenos más extraordinarios de la guerra es el enorme número de pacifistas conscientes que, conservando hasta el fin su reprobación de la guerra, se alistaron, no por la fuerza, sino por impulsos que podrían propiamente llamarse morales.

Dos fueron tales móviles: uno, la convicción de que todo hombre debía entrar en la hermandad del sufrimiento. Tales individuos no podían soportar la idea de ver al mundo en agonía y permanecer apartados del dolor común. Podría expresarse eso así: "Aunque la guerra es injusta, yo debo padecer también, puesto que todos los demás padecen." Éste es el menos exaltado de los dos móviles que determinaron a los pacifistas a prescindir de su filosofía. Es muy cierto que parece algo innoble quedarse a un lado en una calamidad universal, pero, con el concepto que ellos tenían de la guerra, podían participar en el dolor del mundo, o sometiéndose a las penalidades físicas del soldado o bien oponiéndose de un modo activo a la guerra y soportando las penalidades menos intensas que hubieron de sobrellevar los remisos por conciencia, que se negaron a servir en la guerra por ser fieles a sus principios. No podemos menos de creer que el último partido habría sido el más lógico para ellos, y probablemente el más difícil.

Los otros se alistaron porque no creyeron tener derecho a ser pacifistas en tiempo de guerra. En teoría, estaban convencidos que la guerra es un error, pero nunca se habían opuesto activamente a ella. La decisión de éstos se fundó en que: "Con el mal debe acabarse por medios morales o físicos. Esta guerra se nos ha venido encima porque los hombres todos no hemos combatido activamente el mal con armas morales, y, puesto que yo también tengo mi parte de culpa, debo, por lo tanto, sufrir las consecuencias."

Veamos ahora la clase numéricamente tercera: la de aquellos que se alistaron porque una causa exterior los obligó a ello. Esta coerción se ejerció primero, por influencias sociales, y luego, por el reclu-

tamiento forzoso, y abarcó a los que no se sentían inclinados a alistarse y a aquellos cuyos móviles morales no eran bastante fuertes para sobreponerse a los móviles contrarios.

La compulsión social fué una fuerza tan grande como el reclutamiento forzoso. En el segundo año de la guerra alcanzó extraordinaria intensidad. Las mujeres iban por todas partes pegando plumas blancas a los hombres de edad militar que no llevaban uniforme. Los patrones despedían a los obreros que no se alistaban. La sociedad los proscribía. Los oradores, los periodistas y los autores de carteles se confabularon para estigmatizarlos como cobardes y *slackers*[1] hasta que todos, excepto los más renuentes, entraron en el ejército. En parte se debió esto a los soldados, pues uno de los primeros efectos que produce el uniforme en el alma del que lo lleva es un deseo violento e irracional de ver a todo el mundo vestido de *khaki*. Los padres que habían perdido un hijo eran los más vehementes, como es natural. Los hombres más viejos, las mujeres y los exentos del servicio ansiaban muy humanamente que todos los demás fueran a defender la patria. Fué un método brutal, cruel, algunas veces hasta vergonzoso, de compulsión. Debido a eso, resultó difícil retener a los hombres absolutamente indispensables para el servicio civil. Sin embargo, este método logró sus fines. Muchos hombres nos confesaron que ellos se habían enganchado como voluntarios porque eran cobardes.

Es, pues, completamente falso clasificar a todos los que se alistaron antes del reclutamiento forzoso como voluntarios y patriotas. Por otra parte, hubo tal vez muchos reclutados por la fuerza que merecen el título de voluntarios. Fueron los que rehusaron alistarse como voluntarios porque creían que el reclutamiento forzoso era el único método justo de levantar un ejército. Éstos realmente deseaban ir a combatir, pero no lo hacían mientras la ley permitía que se escaparan los *slackers*.

En el grupo numeroso de los rehacios podemos distinguir varios tipos. Unos eran patriotas, pero de un patriotismo débil, que sólo necesitaban la ayuda de la opinión pública para actuar. Otros carecían de imaginación y necesitaban que alguien les pintara el aspecto personal de la situación que les dijera: "Tú eres el hombre." Y otros que tenían patriotismo, pero no bastante para sobreponerlo a sus deberes y responsabilidades particulares. A todos éstos podríamos llamarlos medio patriotas. Luego tenemos a los que eran tímidos por temperamento y se apocaban ante los peligros de la guerra; los estetas, que odiaban los horrores de la matanza; los medio pacifistas, que intelectualmente eran opuestos a la guerra, pero que no estaban dispuestos a sufrir por sus principios; y, finalmente, los que eran completamente insensibles e individualistas.

En ninguno de estos casos, exceptuando a los medio pacifistas, se tomaba en cuenta para nada que la guerra fuera o no justa. Todos la aceptaban, pero no tenían ni la inclinación ni un móvil bastante poderoso que los impulsara. La compulsión llenó el vacío que produjo la falta de comprensión de lo que era cumplimiento del deber. La causa decisiva en esta cuestión era sencillamente el miedo, un miedo tal que sobrepujaba a todos los demás temores.

Creemos que bien podría ser posible hacer una apreciación objetiva del papel que representó cada uno de estos móviles, con toda la exactitud que puede conseguirse en asuntos de esta índole. La guerra pasó por etapas bastante bien definidas, y en cada una de ellas era un móvil distinto el que predominaba; tal como si al pueblo inglés lo hubieran hecho pasar por una serie de tamices de varios tamaños para distribuirlo en clases. Según el orden de tiempo la gente se alistó casi en el mismo orden en que hemos enumerado los diferentes móviles. Los impulsos submorales dieron resultado más rápido; luego las opiniones morales; y finalmente el miedo. Si fuera posible obtener los datos estadísticos del reclutamiento mes por mes, podría calcularse con bastante aproximación, por medio de un estudio cuidadoso, el número de personas empujadas por cada uno de estos móviles.

Pero siendo imposible obtener estos

---

[1] La palabra *slacker* designa en inglés al que, obligado por la ley a prestar, el servicio militar, lo elude, bien ocultándose, o bien con algún falso pretexto.—La Redacción.

datos, nuestras apreciaciones expresan sólo nuestra opinión personal, y colocamos los móviles en el siguiente orden de importancia:

1. El miedo 2. Móviles altruístas
3. El humanitarismo 4. La atracción

Esto quiere decir que, en nuestro concepto, la civilización moderna, del tipo liberal inglés anterior a la guerra, tiende a disminuir la importancia de los impulsos primitivos, desarrollando en cierta forma la moralidad en varios grados de exaltación, pero, como último recurso, tiene que apelar principalmente a la compulsión. Los que procedieron impelidos por el simple amor de pelear, por la fascinación romántica o por el odio primitivo fueron pocos. Toda la educación, la influencia del comercio, la religión, el arte y la moralidad tienden a aniquilar los más simples de estos móviles. Estas mismas fuerzas acrecientan la resistencia contra la excitación de las masas. Suele deplorarse este hecho, pero no creemos que haya motivo de alarma, pues no es de suponerse que tales individuos fueran los mejores soldados. Sus móviles no perduraron mucho en la tensión de la guerra moderna. El pendenciero pronto estuvo harto y al aventurero romántico lo desilusionó a poco la realidad. La teoría alemana de mantener artificialmente viva la sed de sangre por medio de los duelos entre los estudiantes y la equivalente inglesa de alentar la forma más brutal del pugilato son ambas fundamentalmente erróneas, puesto que son positivamente perjudiciales para el ciudadano en tiempo de paz y de poco valor en la guerra, cuando ésta no es violenta y de corta duración. Por supuesto, esto no quiere decir que aboguemos por una preparación alfeñicada. El endurecimiento físico que le permite al hombre darse baños de agua fría, soportar el hambre y la fatiga, divertirse en los deportes, luchar contra la naturaleza y vencerla, es bueno y puede coexistir con el más alto idealismo y con un gran refinamiento. Pero esto es completamente distinto del embrutecimiento artificial y deliberado que predican algunos individuos del tipo germánico que antes de la guerra se deleitaban en el derramamiento de sangre o que prescindían a la mesa de los modales decentes por temor de que la civilización los hiciera demasiado refinados para los propósitos de la guerra.

Acusación mucho más seria plantea el papel relativamente pequeño que desempeñaron los móviles morales, pues en el estado de desarrollo en que nos sorprendió la guerra pudo comprobarse una gran diferencia en la eficacia de esos móviles. El que menos efecto produjo fué el de la variedad egoísta, del propio interés, el del espíritu patriotero, de los que se decían: "Con razón o sin ella, pero era mi país que estaba en peligro de muerte." Si la razón de ser de la guerra se le hubiera presentado con franqueza a la nación como ventajosa únicamente para Inglaterra, no habrían sido muchos los voluntarios. La gente de sana moral no habría combatido para destruir una rival comercial o anexarse las colonias alemanas del África oriental. Aun en la misma Alemania, con su tradición de militarismo y su costumbre del servicio obligatorio, la guerra hubo que pintársela al pueblo como una guerra por la *Kultur* y por el bien de toda la humanidad. Al pueblo de Inglaterra no se le había enseñado nunca que la moralidad tenía su principio y su fin en el imperio británico. Por lo tanto no hizo mucho ruido el patriotismo que no buscaba sus motivos más allá del bien del imperio. Antes, al contrario, nos deleitaba pensar que íbamos a perderlo todo y a no ganar nada. Esto no era hipocresía, a pesar de que ahora, que ha terminado la guerra, estemos dispuestos a aceptar cualesquiera responsabilidades sobre los territorios que nos confíe el mundo. Repetimos que en aquellos días el patriotismo egoísta del propio interés influyó muy poco en nuestra conducta. Mas, si la "guerra en defensa propia" la clasificamos como variedad del patriotismo interesado, sería menester hacer una distinción en este juicio, pues, según nuestro entender, la "defensa" en este caso es simplemente el miedo de que nos mate el enemigo, y sería difícil considerarla como un móvil moral, a menos que fuera la defensa de algo así como la *Kultur* o la *libertad*, en cuyo caso quedaría justificada por su importancia para el mundo entero; pero entonces ya no sería justamente "el propio interés."

Mucho más importantes fueron los

móviles altruístas y caballerescos. Aunque Alemania no hubiera invadido a Bélgica, nosotros habríamos entrado en la guerra como medida política, pero se habrían suscitado muchas diferencias en la opinión nacional. Casi toda la gente de recto sentido moral se habría opuesto. Admirable fué la prontitud con que desapareció la fuerte oposición de los primeros días de la guerra al llegar los alemanes a la frontera de Bélgica. Esto nos parece una prueba de que, sobre quienes no habían sido arrastrados por consideraciones morales, fueron más bien los aspectos altruístas, y no los egoístas los que influyeron. La gente de sana moral no habría peleado gustosa por los intereses de Inglaterra, pero respondió inmediatamente al llamado de Bélgica.

El humanitarismo más abstracto y amplio, expresado en el grito de combate, "La guerra para acabar con la guerra," tuvo menos importancia como un móvil de por sí; pero fué, sin embargo, una ayuda poderosa para los otros móviles, pues presentaba a la guerra como algo fecundo; a pesar de los sacrificios que costaba valía la pena hacerla con tal de que nuestros hijos pudieran salvarse de un horror análogo.

Pero el grupo más numeroso, sin duda, es aquel en que el móvil determinante fué el miedo. El criterio moral en Inglaterra antes de la guerra era extraordinariamente elevado, pero, por desgracia, fueron muy pocas las personas sobre quienes influyó ese criterio. No podemos dar datos exactos, pero nos parece que por lo menos la mitad de todo el ejército británico se reclutó por la fuerza. A esto debemos añadir el ejército regular profesional y las fuerzas territoriales, a los cuales no se les ofrecía disyuntiva alguna, y el gran número de los que fueron empujados por la compulsión social. Debemos recordar que esta guerra no fué impopular; y que jamás en la historia ningún gobierno tuvo una opinión más unánime en su favor; pero, a pesar de la convicción general de que la guerra estaba justificada, faltó con mucho el patriotismo bastante fuerte para hacerles comprender a los hombres su deber personal. Sean cuáles fueran las causas fundamentales de ello—condiciones económicas, mala educación, decaecimiento de la religión—el hecho es que a una gran mayoría de los ciudadanos de edad militar de la nación hubo que obligarlos a pelear.

II

LOS MÓVILES EN EL EJÉRCITO

Ahora tenemos que considerar los móviles del soldado en el ejército. ¿Cuáles son los elementos espirituales de la moral de un ejército que puedan percibirse tan claramente como los factores de otro orden: comida, ropa, recreaciones, etcétera?

Vista de cerca, la guerra es una cosa tan horrenda, y la tensión de espíritu a que somete la naturaleza humana es tan grande, que los móviles que animan al recluta no son siempre suficientes para sostenerlo durante todo el transcurso de la contienda. De las tres clases diferentes de móviles apuntados antes, los más duraderos fueron los morales. Ya hemos dicho que en la guerra moderna la fascinación de las batallas pronto conduce a la desilusión y que el deseo de batirse raras veces dura largo tiempo. Y, naturalmente, los que se alistaron por la compulsión necesitaron un refuerzo para perseverar, pues aun el mismo patriota duda a veces de su patriotismo y de la causa por que combate.

Al ejército le importan muy poco los móviles que inducen a alistarse a la gente, porque confía en su facultad de hacer de los quintos hombres nuevos por un procedimiento propio, que puede sintetizarse en la palabra "disciplina." Una de las lecciones de la guerra es que la disciplina puede convertir en buenos soldados a los reclutas que menos prometen.

Cuánto éxito puede lograrse en esto lo demuestra el heroísmo del ejército regular en la retirada de Mons. Este ejército no lo formaban en manera alguna los mejores elementos de la nación; al menos no eran los que juzgamos mejores según las pautas que rigen en tiempo de paz. Y, sin embargo, el recuerdo de la batalla que sostuvieron perdurará para siempre. En el ejército novel, el heroísmo era también la cosa más común del mundo. La resistencia de los soldados era increíble. Recuerdo haberle curado las heridas a un soldado que

tenía tres o cuatro balas en el cuerpo, quien, al terminar la cura, me dijo que le viera la espalda, donde, con gran sorpresa mía, le encontré un enorme carbunclo tan grande como la palma de la mano y con un agujero en el centro por donde le cabía un dedo; lo tenía en medio de los omoplatos, precisamente donde soportaba la mochila; y así resistió cuatro días de marcha y tres de combate con el peso de la mochila comprimiéndole el carbunclo inflamado. Este soldado podía haberse declarado enfermo; pero no lo hizo, prefiriendo soportar tan agudo dolor antes de pensar que había desertado en un momento crítico. Tal heroísmo y tal resistencia para soportar el dolor son fruto únicamente de la disciplina.

La disciplina puede definirse diciendo que es el procedimiento por el cual se funde la voluntad individual en la del ejército. El recluta entra en una sociedad completamente diferente, en la cual su individualidad propia tiene muy poco valor. No importa lo que se haya hecho antes en la vida, pues todo lo pretérito queda borrado. El individuo es simplemente materia prima con la cual entra a trabajar el ejército. Bien recuerdo la brusquedad de mi iniciación en semejante sociedad. Apenas me había puesto el uniforme, con las polainas mal ajustadas, me llevaron con ocho quintos más a prestar el juramento en presencia del comandante, el cual me pareció un señor muy amable. Durante un rato estuvo conversando con nosotros muy agradablemente, luego nos puso en fila, haciéndonos conservar la línea recta, y, con modales tan afectuosos como los de un padre para con sus hijos, nos explicó el significado de la posición de atención, y finalmente nos preguntó cortésmente si estábamos seguros de lo que íbamos a hacer. Entonces, de pronto, con una voz térrible, nos gritó: "Atención, firmes." El amable caballero había desaparecido. Ya éramos soldados. Pocos minutos después, estaba yo atónito en presencia del sargento. Desde aquel momento dejamos de ser lo que habíamos sido. Éramos otras criaturas.

La personalidad del ejército pronto la percibe el recluta mucho más que su misma alma. Todo el que haya marchado una jornada debe de haberlo sentido. La columna serpea a lo largo del camino como si fuera una sola criatura viviente de la cual cada soldado es sólo una célula sin voluntad propia. Uno no dirige su dirección ni su paso; y ni siquiera las piernas nos pertenecen. Un impulso común regula el ritmo con que se suben y bajan los pies. La vida del conjunto está fuera de nosotros, fuera de cada individuo. Más tarde, cuando la marcha se prolonga, y los arreos, a que uno no se ha acostumbrado todavía, nos matan los hombros; el rifle se nos ha convertido en un plomo; y las botas nos torturan como furias, tiene uno que seguir adelante a pesar de sí mismo. Y de esta manera, como parte de la columna, uno soporta fatigas y penas que lo matarían, si las padeciera solo.

Toda la preparación del ejército se hace con este único fin: el de fundir al individuo en la masa. Por supuesto que el desarrollo del cuerpo, el manejo del fusil y la bayoneta, y el aprendizaje de las evoluciones son cosas secundarias, pues que el objeto principal, patente en la manera en que se hace todo, es subyugar nuestra personalidad, substituir nuestra propia voluntad con una voluntad extraña.

La disciplina es una cosa muy distinta de lo que podríamos llamar dirección, pues ésta reconoce la voluntad del individuo y trata de atraerse su cooperación. La disciplina no admite tal cosa. Ella se impone, manda. No tiene nada que hacer con la personalidad del oficial. Descansa de un todo en la personalidad del ejército. Si un pelotón de hombres vacila ante una tarea peligrosa o puerca y el sargento se quita la blusa y da el ejemplo, eso sería buena dirección, pero malísima disciplina, y el sargento un pésimo oficial. El buen oficial de cuerpo invocaría toda la tradición de las escoltas, los cuartos de guardia y los consejos de guerra para que sus soldados se dieran cuenta de que no era él, personalmente, el que daba la orden, sino el ejército. En toda orden que se da está toda la autoridad del ejército, aunque emane de un simple cabo primero.

La disciplina se aplica hasta a los más ínfimos detalles de la vida. Las horas de levantarse, de comer, de acostarse, están todas reglamentadas; la ropa que uno se pone, el porte del cuerpo, hasta la asistencia a la iglesia, tiene sus reglas. Hay infinitos

modos de recordarle a uno la tremenda realidad del ser colectivo a que debe uno someterse.

El lado negativo de la disciplina es el miedo. Uno se somete porque no hay alternativa, o más bien, porque se le teme más a esa alternativa que a lo que nos espera. Esto se lo inculcan a uno durante el período de la preparación por medio de los castigos completamente desproporcionados que se le aplican a las pequeñas faltas y, cuando se entra en batalla, tiene uno siempre en el fondo de la conciencia el pensamiento de que no hay elección para uno, excepto entre la posibilidad de que nos alcance una bala, si avanzamos, y ¡la seguridad de que nos ocurra lo mismo si retrocedemos!

Esto está franca y brutalmente expresado en la siguiente definición de la disciplina que le oí a un general de división: "La disciplina consiste en hacerle tan insoportable la vida a los soldados detrás de las líneas que cuando se les enfrente el enemigo vayan con gusto a tomar trincheras y a hacerse matar."

Ésta sería quizá una definición perfectamente satisfactoria, si el objeto de la guerra fuera llevar los soldados al suicidio; pero, por supuesto que el objeto no es que le maten a uno su gente, sino lograr que ésta mate a la del enemigo, aunque haya peligro en hacerlo. La disciplina que se fundara solamente en el temor sería pésima, y la mayoría del alto comando lo reconoce así, con la excepción de nuestro general de división.

A la vez sostenemos que el miedo desempeña un papel mucho más importante en los móviles del soldado que en la vida de los civiles. Sería falso decir que el miedo es el fundamento de la sociedad civil. La base de la sociedad es la mutua cooperación. Los más de nosotros nos complacemos en obedecer las leyes del estado, puesto que consideramos que expresan nuestra propia voluntad. Nuestra personalidad y la del estado están fundidas voluntariamente. La conciencia de este hecho es más eficaz que la policía. En el ejército no ocurre lo mismo. Nadie acepta voluntariamente los reglamentos militares. Sus propósitos son completamente ajenos, en su mayor parte, a los de sus miembros y contrarios a nuestros más profundos instintos. Al soldado se le exige mayor sufrimiento, brutalidad, heroísmo y odio de lo que es capaz. El reglamento se le impone al soldado desde afuera, y siempre tiene presentes las penas horribles que esperan al que desobedezca.

El elemento positivo en la disciplina es el compañerismo, que es la aceptación de estos móviles externos como si fueran los propios, así sea de mayor o menor el deseo que tenga el individuo de fundirse en la masa.

En la primera etapa de la preparación, usar la palabra "deseo" es decir mucho, puesto que implica un proceso demasiado consciente. La primera etapa consiste en formar el hábito de reaccionar automáticamente al estímulo exterior. Éste es uno de los principales objetos. Toda la enseñanza de los ejércitos tiende a establecer estas reacciones automáticas. En cierto sentido la vida del ejército es una serie de ejercicios militares, organizada en todos sus pormenores para preparar al soldado a que funcione inconscientemente como un eco de la voluntad del ejército.

En seguida tenemos el desarrollo del alma del regimiento y del patriotismo regional. Antes de la guerra la teoría militar inglesa, recomendaba sacar todo el partido posible de las asociaciones regionales. Los territoriales estaban organizados sobre bases geográficas de manera que cada soldado estuviera con otros de la misma región, y que la imagen del país por que peleaba fuera la del terruño. Regimientos de gran fama, como el de los *Guards*, llegaron a desarrollar el alma del regimiento por medio de sus tradiciones históricas y valiéndose de toda clase de argucias y arrequives, además del manual corriente de ejercicios, pues tenían en grande estima cualquier condecoración especial o distintivo del uniforme que simbolizara la historia del regimiento: así, por ejemplo, los *Welsh Fusiliers* (fusileros galeses) todavía usan un viso de seda negra en la parte posterior del cuello, que es un vestigio de la época en que los uniformes caros necesitaban una protección contra las coletas grasientas.

Al levantar el nuevo ejército, se hizo un esfuerzo para formar unidades homogéneas

compuestas de gente de la misma clase o que tuvieran un mismo interés común, tales como el *Pals' Battalion* (batallón de los camaradas), el *Sportsmen's Battalion* y los *Miners' Battalions;* pero en el curso de la guerra hubo que abandonar este principio, pues la gente había que moverla con toda libertad de un cuerpo a otro. A causa de las grandes bajas, era necesario a veces cambiar casi todo el personal de una unidad en el transcurso de pocas semanas. Pero, a pesar de esto, la lealtad al regimiento desempeñó un papel muy importante. Era asombroso observar con cuánta rapidez prendía esta lealtad secundaria en cualquiera de las buenas unidades. Mas nada de sorprendente tiene esto cuando se recuerda cuán real es la vida colectiva del ejército para cada uno de sus miembros individualmente. Este compañerismo fué justamente el despertar del alma de la masa.

La lealtad al ejército fué menos importante que estas formas especiales de la fidelidad. El ejército en conjunto era demasiado grande y tremendo para despertar verdaderos sentimientos en la mayoría de la tropa. Era el ejército el que castigaba, el que tenía al individuo entre sus garras. Uno no amaba al ejército, pero sí era posible amar a un batallón o a un regimiento, identificarse con sus propósitos, sentirse orgulloso de sus hazañas; y deplorar todavía con más intensidad el baldón que manchaba el nombre de una división que huía ante el enemigo. Cuando el oficial en funciones dictaba sus sentencias en el cuarto de guardia ya no era tanto el coronel del regimiento como el instrumento impersonal e involuntario por medio del cual obraba el ejército; pero, por otra parte, cuando con su presencia inspiraba a sus soldados resistencia sobrehumana, era entonces *su* coronel, la personificación del regimiento.

Cuando el proceso de fundir al individuo en la masa se ha terminado, la cuestión ya no es la de los móviles del soldado individualmente, sino los del ejército considerado como un todo. Pero antes de tratar de éstos hay que mencionar dos móviles, los cuales bien pueden clasificarse como individuales: primero, la rabia instintiva que le hace a uno disparar con saña contra el individuo que trata de matarlo a uno, la ciega furia que acomete al hombre cuando ve a sus amigos muertos y mutilados; y, segundo, todo lo que se expresa con la palabra "camaradería." A quien observa la vida del soldado, lo impresiona el portento de esta camaradería. Podríamos llamarla "individualista," porque es el producto sólo de la disciplina. Difiere del compañerismo, como el amor del prójimo, del amor de Dios. No es tanto una sumisión voluntaria ante el alma colectiva, sino más bien algo así como las acciones y conexiones recíprocas de las células que componen el organismo. Nace de la comunidad de sentimientos, incluyendo en este término el deseo de ser tan bueno como el que nos sigue; el impulso de defender al compañero y no abandonarlo; el temor de su desprecio; el impulso de ayudar al que está en apuros; de compartir lo que tenemos con el menos afortunado; de proteger al amigo en peligro; y, quizá más que todo esto, la simpatía que inspira el prójimo víctima del destino. Tanto es así que no podría hacerse una relación exacta de los móviles del soldado sin hacer hincapié en este factor.

Volviendo a los móviles colectivos, podríamos mencionar la creencia en la causa y la emoción del odio como sus elementos esenciales.

El odio se inculcó deliberadamente, y éste fué, antes que el amor a la patria el elemento afectivo en la psicología de la masa. Matar alemanes es una cosa desagradable, repulsiva, y las relaciones entre el odio y la matanza son mucho más directas que las relaciones entre la matanza y el patriotismo. A nosotros se nos enseñó el deber de matar alemanes, como si todos ellos fueran demonios. Las historias de las atrocidades se divulgaron de tal modo que todo el ejército y, más aún, toda la nación detrás de él, se enardecieron en un odio ciego contra todo lo que fuera alemán. Lo curioso es que este odio no era individual, sino un sentimiento colectivo del ejército. Decir esto así es emplear el lenguaje del misticismo, pero no encontramos otro medio para expresar el hecho tal como lo observamos. Por supuesto que el odio lo sintieron los individuos, pero no tenía relación con la personalidad in-

dividual. Pocos soldados encontramos que, como individuos, odiaran a los alemanes. Cuando se quedaban solos, estaban más que dispuestos a fraternizar con el individuo enemigo. En cualquier circunstancia en que fulano, inglés, podía aproximarse a su antigua personalidad civil, el odio desaparecía y lo reemplazaba el reconocimiento de que mengano, alemán, era también un prójimo víctima del destino, y se hacía casi su camarada. Como ejemplo de esto, podemos mencionar el hecho de que, cuando los prisioneros ingleses regresaron de Alemania, el ministerio de guerra destinó a un gran número de ellos a servir de guardias de los prisioneros alemanes en Inglaterra. Naturalmente, la mayoría de la gente pensó, unos con temor otros con deleite, que serían vengativos, que tratarían de desquitarse y que los prisioneros a su cargo iban a pasar malos ratos. Pero, según nos dijeron los mismos prisioneros, sucedió precisamente todo lo contrario. Los nuevos guardas fueron mucho más considerados que los antiguos, los cuales eran casi todos ancianos que nunca fueron al frente de batalla. Considerado como individuo, el soldado inglés sencillamente no tenía por qué ser vengativo; pero en la masa era del todo distinto. El ejército inglés odiaba al alemán con un odio ciego, feroz, mortal.

El último factor importante fué la fe en la propia causa. En último análisis, toda la moral descansaba en esta creencia. Y también ésta fué colectiva. En el ánimo de los distintos individuos la causa estaba representada de una manera diversa: la salvación de la civilización, el honor de la patria, la voluntad de Dios, la defensa de la libertad, etcétera. No conocemos fórmula alguna que abarque todos los fines de la guerra tal como se los representaban los individuos. Quizá la más aproximada es una fórmula negativa: la convicción de que no se les "traicionaba." En las opiniones individuales la creencia tenía asimismo toda clase de matices, desde la pasión más ardiente hasta el cinismo apenas velado. Pero el ejército en conjunto creía combatir por algo y que ese algo era digno del sacrificio. En esto creía intensamente, y, si hubiera dejado de creerlo, la moral se habría quebrantado. En una guerra corta y en una guerra por deporte, esta creencia no sería tan importante, pero en una contienda que se prolongaba en ascendente e increíble gradación de horrores, perdura al fin como el fundamento mismo de la moral.

Así, pues, al cabo nos encontramos frente a un ideal como el elemento decisivo y de mayor importancia en los móviles del soldado: ideal vagamente comprendido, que no tenía una sola orientación, si se le mira desde varios puntos de vista individuales, pero con todo eso, más real que el peligro y más valioso que la vida.

Cuando un soldado parte a tomar una trinchera, pierde toda conciencia personal y toda voluntad propia. Al terminar la angustiosa espera, se abalanza con todo el ímpetu de la emoción contenida. Va animado por el odio de la multitud y se arroja a ciegas contra el enemigo. Las reacciones habituales que adquirió en el curso de su preparación dirigen sus movimientos. Todo lo ve rojo y así combate. Después no recuerda nada, salvo una impresión general de horror. Mas, cuando tiene que permanecer inactivo durante largas horas soportando un bombardeo, o cuando tiritando y hambriento tiene que permanecer despiertoen una trinchera lodosa o una cueva llena de ratas, entonces es la causa la que lo sostiene. A medida que la guerra va transcurriendo fatigosamente hasta que la tensión se hace insoportable para la resistencia de la carne y la sangre humanas es esta creencia la que decide la derrota o la victoria.

III

LOS EFECTOS DE LA GUERRA SOBRE EL SOLDADO

Todavía estamos demasiado cerca de la guerra para poder apreciar sus efectos con exactitud. Es muy sencillo enumerarlos, pero harto difícil decir cuáles son permanentes y cuáles son simples resultados de la reacción. Existe, por ejemplo, una marcada disminución del idealismo, un sentimiento general de desilusión. Sólo el tiempo podrá decir si esto es solamente una oscilación del péndulo; y de ello sólo podemos dar una impresión general en gradación de matices.

Las personas sentimentales que se en-

ternecen con la guerra nos parece como si no se dieran cuenta de lo que significa. La guerra es el oficio de matar. No se trata de que sea o no buena para el hombre una preparación física, como la que se adquiere en el ejército, ni que sea conveniente o no soportar penalidades y por medio de ellas experimentar las delicias de la camaradería, ni que a los hombres les convenga o no llevar una vida simple. Todas éstas son cosas accidentales en la guerra. La verdadera cuestión es si los hombres son mejores o peores por haberse visto obligados a matar a sus prójimos.

Comencemos dando por sentado que la esencia de la guerra es matar. El ejército fué organizado con este sólo propósito. Nos desarrolló físicamente, no porque le importara mucho nuestra salud, sino para que fuéramos suficientemente fuertes para matar alemanes; cuidó de los heridos, no con el fin primordial de aliviarles el dolor, sino para remendarlos y enviarlos nuevamente a matar más alemanes; se valió de la religión, no porque le importaran un bledo nuestras almas, sino porque la religión podía ser un incentivo poderoso para matar alemanes; y así sucesivamente podríamos decir lo mismo de la larga lista de sus diversas actividades. Todas ellas tenían un mismo objeto: matar alemanes.

En la tarea de matar alemanes, nosotros, incidentalmente, estábamos expuestos a la muerte; en realidad, casi ciertos de encontrarla. Su imagen la teníamos presente al ver a nuestros camaradas despedazados. Era impresionante el gran número de hombres que estaban seguros de que los iban a matar. La muerte estaba muy cerca de nosotros. Sólo que debíamos matar el mayor número de alemanes posible antes de que nos llegara el turno de morir.

Examinemos primero los efectos más superficiales. El desarrollo físico fué conveniente, pero por desgracia su eficacia no fué permanente. Una vez vueltos a la vida civil, la mayoría de nosotros dejamos que los músculos nuevos degeneren en gordura, y nuestro estado actual es peor que nunca. Cuanto al desarrollo físico y la salud en general, como resultado del servicio obligatorio en Alemania antes de la guerra, en verdad, no nos parece nada notable. La conveniencia del desarrollo físico no es un argumento de peso para la preparación militar universal, puesto que al ejército nada le importa el desarrollo físico, excepto en lo que atañe a sus propios fines.

Cierto es que fué bueno soportar penalidades y volver por un tiempo a la vida física, pero a pesar de eso, cuando estábamos en el ejército aceptábamos con placer todas las comodidades que podíamos lograr, y en manera alguna hemos adquirido un gusto permanente en la carne flaca y el cocido del ejército. Casi todos nos alegramos de volver a dormir en una buena cama. Sin embargo, ya sabemos de cuánto podemos prescindir, y nos enfrentamos al mundo con la reflexión consoladora de que apenas podremos pasarlo peor en lo futuro.

Hay ciertas virtudes del ejército, tales como la puntualidad y la limpieza, que figuran también entre las cosas que no perduran, pues nos fueron impuestas externamente, y las abandonamos con el uniforme. Quizá nosotros no nos hicimos soldados lo suficientemente jóvenes, ni seguimos por bastante tiempo la carrera de las armas. Los que ensalzan la guerra porque inculca estas virtudes dejan de tomar en cuenta el fenómeno de la reacción. Recientemente hablaba con un viejo soldado que se alistóen el antiguo ejército muy joven aún, y que durante siete años estuvo sometido a la disciplina de mantenerse escrupulosamente aseado. Se disculpaba por no afeitarse, explicando que por haber tenido que hacerlo tanto en el ejército, ahora podía hacer lo que le viniera en gana, pues sentía profunda repugnancia por todo aquello que se había visto obligado a hacer anteriormente.

Lo más precioso fué la camaradería, la fusión general de las clases; pero temo que también ésta desaparezca pronto, y apenas se notan señales de que ejerza una influencia permanente en la vida nacional inglesa después de la guerra. Quizá seamos demasiado pesimistas, pero es notable la rapidez con que los héroes de las trincheras han vuelto a convertirse en las "clases inferiores." Las huelgas numerosas y las desavenencias entre obreros y patrones no fortalecen la creencia de que la guerra haya producido mayor solidaridad.

Fué bueno ponernos en contacto vivo con una realidad más grande que nosotros mismos y cuyos buenos efectos nunca llegaremos a perder del todo; así como tampoco podremos volver a ser tan individualistas como antes. Sabemos ahora que no somos nosotros lo más importante en este mundo. Verdad es que esto lo habríamos podido aprender de otra manera y quizá a menos precio. Al mismo tiempo, no creemos tampoco que haya señales de renovación religiosa alguna, aunque la religión se interprete como separada de la iglesia. Por cuanto se refiere a la religión organizada, ésta ha perdido ya todo su poder sobre nosotros. La culpa la tienen las procesiones religiosas en el ejército, y, además, tampoco nos sentimos seducidos, pues los oficios eclesiásticos no ofrecen suficiente incentivo, y hoy en día se necesita uno poderoso para que nos interesemos en algo. Mucho más grave resulta no ser Dios la causa por la cual reconocemos haber combatido, y ahora que ya no estamos en el ejército, no nos sentimos muy seguros acerca de esa causa. El destino ciego que nos congregó y lanzó a la matanza no fué ciertamente la voluntad de Dios. Todo pasó como en una empresa inútil y desatinada, como si el mundo entero se hubiera venido abajo, y aun puede volver a suceder. No fué la mano de Dios la que nos guió. Ni estamos muy seguros de que exista un Dios. Sin embargo, creemos en el destino y hemos aprendido a resignarnos ante sus decisiones, sin amarlo, pero mofándonos de él.

No dudamos de que ciertos efectos son perniciosos, mas confiamos en que no perdurarán. En la vida del ejército, en tiempo de guerra, alternan los períodos relativamente largos de aburrimiento con los períodos cortos de excitación intensa. Se cansa uno de estar inactivo, y, luego, de pronto, vive toda una vida intensísima en el espacio de pocas horas. Por eso resulta difícil acostumbrarse de nuevo a la vida civil. Hemos perdido el hábito del trabajo. Hemos degenerado en cuerpo y espíritu. Nada es capaz de excitarnos; nuestros nervios se niegan a ello. Estamos tan aburridos como el que ha visto el templo de Karnak cuando un amigo le enseña la oficina de correo de su pueblo. Pocos individuos encontramos en el ejército que conservaran su interés por las cosas de la vida. No le daban a uno ganas de hablar ni de leer ni de escribir cartas, ni se cuidaba de formar verdaderas amistades. Durante la guerra y el año siguiente, casi todos los teatros de Londres sólo representaban zarzuelas, y ha crecido mucho el interés por los periódicos del género del jocoso *Tit Bits*. Apetecemos algo frívolo y ligero.

Tenemos la sensibilidad embotada: no porque nos hayamos endurecido, sino porque se nos ha agotado la capacidad de sentir. ¡Qué importa un poco más de pena en un mundo que ha padecido tanto!

Ya no lo arrastran a uno a los impulsos colectivos; no vocifera ni se precipita con las multitudes. Hemos dejado de pensar hondamente, y nada nos importan las distinciones sutiles, que son la verdadera esencia de la verdad. En el ejército, de nada nos servía pensar con independencia, y hemos perdido el poder de juzgar por nosotros mismos. Nos hemos acostumbrado a la mentira como poderosa arma de guerra, sólo que la llamamos "propaganda."

El resultado general es que sentimos un entumecimiento horrible de cuerpo y alma. Mas confiemos en que sea sólo un fenómeno de la reacción.

Volvamos ahora a la cuestión substancial: la guerra es el oficio de matar. Para poder adaptar a su tarea al tipo común del hombre, el ejército tiene que rehacerlo. Es éste un propósito estricto y bien definido, y el molde es tan estrecho que nos tienen que meter a la fuerza, y tenemos que perder mucho de nosotros mismos para poder adaptarnos.

El punto de vista disminuye el tamaño de las cosas. El humanitarismo se achica y convierte en patriotismo sectario. Todas las virtudes se definen en relación con la habilidad para matar alemanes. Cuanto la aminore es vicio; cuanto la perfeccione, virtud. Esta nacionalización de la virtud es, en nuestro sentir, una de las peores consecuencias de la guerra y acarrea grandes daños morales.

El embrutecimiento se lleva a cabo deliberadamente. Esto significa la regresión del hombre moderno a los instintos primitivos y salvajes, y la supresión de todos los

refinamientos estéticos y las delicadezas sentimentales que puedan resultar incompatibles con el oficio de matar, inclusive la piedad y la simpatía intelectual. Esto principia con el proceso de la preparación. A nosotros nos ponían frente a un saco relleno de paja, con una terrible y aguda bayoneta en la mano, e insistían en que nos diéramos cuenta de que el saco representaba a un alemán, cuyo hígado era el punto blanco que tenía en el centro y que era nuestro deber clavarle la terrible y puntiaguda bayoneta por el hígado. Para hacer el efecto más vivo debía uno acometer lanzando tremendos alaridos y al clavar la bayoneta revolverla en los hígados del alemán y sacarla luego. Naturalmente a cualquiera le disgusta esto. Piensa uno que el alemán tiene un hígado tan sensible como el nuestro, que tal vez es un muchacho decente, serio, bien intencionado, que quizá tiene su mujer y sus hijos que necesitan de él, que uno va a mandarlo a comparecer ante Dios sin que tenga el alma preparada para ello. Pero, válganos Cristo, muy pronto pierde uno toda esta clase de remilgos. Nuestra alma se alimenta con carne cruda, y el sargento nos estimula en este camino. Al poco tiempo nos hemos olvidado de los nervios, el hígado, la mujer, los hijos y el alma inmortal del alemán, pues el simple saco se le convierte a uno en un verdadero alemán. Uno lo hiere con entusiasmo, hasta orgulloso de lo bien que asesta la bayoneta. Por supuesto, uno se acostumbra de tal modo que al encontrarse con el verdadero alemán nos parece lo mismo que un saco relleno de paja: sólo eso y nada más.

Se pierden todos los escrúpulos. Sí; pero son precisamente esos "escrúpulos," el reconocimiento de que nuestro contendor es también un hombre, los que forman la religión, la fraternidad, la moral y la civilización.

Y no es sólo la vida del alemán la que pierde su valor. La nuestra vale poco. Suponed que del cuartel general salen nueve individuos para el campo de preparación: un director de banco, un hacendado de Australia, un ganadero de la Argentina, un estudiante, un abogado, un escritor y un músico. Todos son individuos distintos. Pues bien: a la semana son todos iguales, han olvidado los nexos e intereses que constituían su vida anterior, y hasta el propio nombre se les ha convertido en un número. Subsisten el apetito, la sensibilidad a la fatiga y los impulsos del sexo. Es como si lo despojaran a uno de su personalidad, lo redujeran a los elementos primitivos, al más bajo común denominador. Finalmente va uno al frente donde se encuentra con gente desagradable que dispara contra uno; pero todos van convencidos de que han de "tumbar el suyo." Sabemos que, para el ejército somos uno de tantos millones de fusiles efectivos. Eso es todo. Nos damos cuenta de que cuanto hemos anhelado, todo lo que hemos tratado de ser, vale menos que una pulgada de terreno que pueda ganarse. La vida de todos los demás vale tanto como la nuestra. Uno está ya metido en la danza y, quiéra lo o no le es imposible salirse de ella. El oficial no sentiría remordimiento alguno en disparar sobre nosotros si lo intentáramos.

Creemos que éste es el verdadero efecto de la guerra sobre el individuo: abarata la vida. Y, ¿cuál el resultado? Y bien, ¿qué le importa a uno nada excepto la migaja de placer que le podemos arrancar al momento? De nada le sirve a uno ser bueno, si lo van a matar la semana próxima; y bien puede darse un poco a la juerga mientras sea posible. Sería locura preocuparse por otra cosa que los placeres de los sentidos. Frente a la muerte, todos los valores se reducen a eso.

Uno queda reducido, pues, a lo primitivo. Pero lo primitivo no es ni lo verdadero ni lo bueno. El avance de la civilización se funda en el aumento del valor de la vida individual. La guerra se opone directamente a la civilización y a la moral. Es imposible que hayamos pasado por ese trance, y que sigamos siendo los mismos. Nuestro veredicto general sobre la guerra es que menoscaba infinitamente nuestra moralidad. Lejos de constituir una exaltación espiritual, es exactamente lo contrario.

Es un mal, casi el extremo del mal. En ciertos casos, puede que no sea el peor mal imaginable, y hasta puede ser un mal necesario.

Empero, por amor de Dios, ¡no digamos que la guerra es buena!

HISTORIA PATÉTICA DE CINCO BUENAS RESOLUCIONES

POR

ÉDWARD BÉLLAMY PÁRTRIDGE

Narra esta historieta lo que le acaeció a un hombre casado que se propuso observar la costumbre, corriente entre algunas personas, de hacer propósitos de enmienda y promesas de "nueva vida" a la llegada del año nuevo, proponiéndose evitar por un año unas cuantas cosas y cumplir puntualmente otras.—LA REDACCIÓN

EN MI primera juventud acostumbraba yo asociar siempre la llegada del nuevo año con el dolor de estómago. Esto era, sin duda, resultado de la perniciosa costumbre, entonces en boga, de las visitas de año nuevo. Y no porque yo hiciera visitas, pues estaba muy joven para ello, sino porque otras personas acostumbraban visitar a mis hermanas mayores; y mis hermanas, que preveían siempre mayor número de visitantes de los que se presentaban, apercibíanse con más helados, tortas y golosinas de los necesarios; de modo que cuando no sabían qué hacer con el resto, apelaban a mi ayuda.

A medida que fuí avanzado en edad comencé a asociar el año nuevo con un dolor de cabeza. Por este motivo tenía que permanecer a menudo en la cama todo el día. Y si acaso me levantaba a dar unas vueltas por la casa, hostigado por el tedio, acaecía indefectiblemente que mi vista iba a posarse en el calendario nuevo, y entonces observaba con sobresalto que el número 1, que indicaba el día primero del año, aparecía a mis ojos de un color rojo brillante. Jamás he podido explicarme este fenómeno.

El año pasado, sin embargo, parecióme que había entrado en un nuevo período. Despertéme el día primero del año sin el menor rastro de dolor de cabeza. Me pasé la mano por la frente, lleno de sorpresa. Se me ocurrió entonces que debía haber retrocedido a mi primera juventud, y me llevé la mano al estómago. Todo marchaba perfectamente bien en ambos sitios. Quedéme un rato tendido a la larga, lleno de asombro. Tras lo cual recordé el gran almanaque que una compañía de seguros me había enviado por correo. Me deslicé sin ruido de la cama y fuí a buscarlo. Para colmo de sorpresa, hallé que el número 1 de la primera página era negro, como los demás números.

Entonces decidí llamar a mi mujer.

—¡Es hora de levantarse!—exclamé jovialmente.

Pero ella no se encontraba de humor jovial.

—¿Qué ocurre?—preguntó. —¿A qué viene todo ese ruido?

—¡Si es el día de año nuevo! ¿No quieres comenzar bien el año?—

Levantóse ella un poco, apoyándose en un codo, y me miró despabilándose.

—Tenemos más años de casados de los que yo quisiera confesar,—dijo,—y jamás vi que te levantaras de la cama el primero de enero antes de mediodía, y en una o dos ocasiones te quedaste durmiendo hasta la hora en que los demás se acuestan. ¿Qué mosca te ha picado de repente?

—No es nada,—dije cortado.

—Bueno, entonces hazme el favor de no armar tanta bulla. Ve a preparar el desayuno y ten cuidado de no revolverme la cocina, ni vayas a prenderle fuego a la casa encendiendo el horno.—

UN BUEN COMIENZO

Me vestí tan callado como pude y me marché a la cocina. No era menester mucha maña para arreglar el desayuno. La avena y el café estaban preparados desde la noche anterior y colocados dentro de la estufa; los huevos estaban ya puestos, y sólo faltaba pasarlos por agua; los panecillos estaban listos para meterlos en el horno y calentarlos. No desarreglé la cocina ni incendié la casa, aunque sí

hubo una ligera explosión cuando encendí el gas en el horno sin abrir primero la puerta. Todo marchaba bien. Me senté entonces y apoyando los pies en la mesa de la cocina, lujo a que no estaba habituado, me puse a leer el periódico de la mañana.

Lo primero con que tropezaron mis ojos, al abrir el periódico, fué con algo relativo a las resoluciones de año nuevo. Hasta aquel momento no me había percatado de que existeran tales resoluciones, y en mi vida había hecho una sola. Pero, sin las visitas ni los dolores de cabeza de año nuevo, ¿qué otra cosa podía hacer? Empuñé mi lápiz, arranqué una hoja de papel de mi libro de memoria, y, mientras se preparaba el desayuno, tracé el siguiente apunte:

RESUELTO:

1. No le diré mentiras a mi mujer durante un año.
2. No me enfadaré durante un año.
3. No fumaré durante un año.
4. No jugaré a las cartas por dinero durante un año.
5. Haré una buena acción en obsequio a mi mujer todos los días durante un año.

Hubiera podido continuar así indefinidamente a no ser porque me dió en las narices el tufo del café en el momento en que escribía mi quinta resolución. Abandoné mis apuntaciones y saqué mi reloj para contar el tiempo que los huevos permanecían en el agua; cuando se me ocurrió de repente que debía cumplir una de mis resoluciones, y hacer mi buena acción de ese día preparando el desayuno de mi mujer y llevândoselo, a fin de que pudiera tomarlo en la cama. Por lo tanto, preparé una bandeja con alimentos no indignos del desayuno de un primer día del año, aunque no soy yo quien debiera decirlo.

Cuando, bandeja en mano, toqué a su puerta, una voz preocupada y no del todo afable, me contestó del interior:

—¿Qué quieres ahora?

—Te traigo una pequeña sorpresa de año nuevo,—contesté lo más alegremente que pude, abriendo la puerta y entrando en el dormitorio.

Cuando mi mujer vió lo que le llevaba, abrió los ojos sorprendida.

—¡Qué! . . . ¡Desayuno!—exclamó.

Incliné un poco la cabeza, como un culpado; jamás en mi vida había hecho semejante cosa, y era en cierto modo vergonzoso que me sorprendieran en ello. Coloqué la bandeja ante mi mujer y me dispuse a marcharme.

—¿Adónde vas?—me preguntó cuando ya estaba en la puerta.

—¡Oh! Pensaba dar un paseíto. La mañana está muy hermosa,—contesté.—¿No quieres acompañarme?—

Sonrió perezosamente.—No hoy,— contestó.

COSA BUENA NUNCA DURA

Cogí mi sombrero y mi bastón y llamé al perro, y en las dos horas siguientes vagué por las colinas, deteniéndome de vez en cuando para disfrutar de la vista de la bahía o de las montañas o para contemplar cómo el perro desperdigaba una bandada de gorriones. Sentíame bueno y virtuoso, gracias a las flamantes resoluciones que había hecho y que estaba resuelto a cumplir. El año nuevo parecíame brillante y lleno de esperanzas. Alegrábame de estar vivo y sano y tan lleno de buenos propósitos y vivas ambiciones. Preguntábame por qué antes no había iniciado nunca el nuevo año de este modo, y me propuse no dejar de hacer lo mismo en lo sucesivo, mientras viviera.

Entonces me acordé de mi lista de resoluciones y la busqué en mis bolsillos, pero sin lograr encontrarla. La idea de que podía haberla dejado en la mesa de la cocina me produjo gran desazón, pues por nada del mundo se la hubiera dejado ver a mi esposa. Al momento emprendí el regreso a casa, esperando encontrar a mi mujer metida aún en la cama; pero cuando llegué, vi que se había levantado y vestido y estaba ya en sus quehaceres. Le deseé un feliz año nuevo y me fuí en derechura a la cocina a buscar la hoja de papel perdida. No la encontré en ninguna parte.

—¿Qué andas buscando?—me preguntó mi mujer desde la puerta.

—Bueno,—contesté tímidamente,—estaba buscando. . . .—

—¿Qué esperabas encontrar bajo ese caldero?

—¿Bajo el caldero? . . . A decir verdad, esperaba encontrar una . . .

una marca negra,—respondí sin mentir, aunque, hablando en rigor, no era eso lo que buscaba.

—Entonces te engañaste,—repuso.

—En cuanto a la marca, me ha sorprendido agradablemente,—dije; y, cogiéndola por un brazo, me la llevé a la sala.

—Ven a sentarte aquí, y te contaré mi paseo.—

Y me puse a hablarle de mi paseo y sólo cuando vi que estaba cómodamente instalada, con un libro en la mano, volví a la cocina en busca de la lista perdida. Pero ya la cocina no estaba en las mismas condiciones en que yo la había dejado cuando me marché a mi paseo. Los platos estaban lavados, y todo puesto en orden. Y poco a poco me vi forzado a sacar la conclusión de que mi mujer debía de haber encontrado el papel. Comprendí, por supuesto, que si lo había leído, iba a burlarse de mí de un modo implacable, pues no hay cosa que le agrade tanto como una oportunidad para reírse a costa mía; y un hombre que se propone ser bueno siempre resulta objeto fácil de risa para todo el mundo. Era la mía una situación sumamente delicada, y comprendí que el único camino que me quedaba era mostrarme audaz. De modo que volví a la sala.

INQUISICIÓN

—¿No viste . . . no viste un pedazo de papel en la cocina, esta mañana, cuando estabas arreglándola?—acerté a decir, tartamudeando.

—¿Qué clase de papel?—preguntó ella, sin dar señales de mayor interés.

El corazón me dió un brinco. Estaba seguro de que jamás me habría contestado en tono tan indiferente, si hubiera leído lo que estaba escrito en el papel.

—Era una . . . una página de mi libro de memoria,—expliqué ansiosamente.

—¿Tenía algo escrito?

—¡Oh! un memorándum de apuntes.—

Ella parecía como si estuviera recapacitando.

—Me parece que vi un pedazo de papel en la mesa, ahora que hablas de eso,—dijo lentamente.

—¿Qué . . . qué hiciste con él?—

Movió la cabeza a uno y otro lado.

—No quiero asegurarlo,—respondió sonriendo,—pero ya sabes lo que hago con los desperidicios que encuentro en la cocina.

—¿Quieres decir que lo echaste en el cubo de los desperdicios?—

Movió la cabeza afirmativamente.

—Pero ahora el cubo está vacío. El hombre que recoge las basuras vino esta mañana, precisamente cuando estaba metiéndolas en el cubo. Pero, ¿qué era ese pedazo de papel tan importante que armas tanta bulla?—preguntó de pronto.

—Pues . . . se trata de algo que había escrito.

—¡Oh! *¿eso* es todo?—

Di la vuelta para salir del cuarto, pero ella me detuvo.

—Y de paso,—díjome,—me aseguraste el otro día que todo cuanto perdiste en la famosa partida de *poker* de Navidad fué siete dólares. ¿Es eso cierto?—

Me puse a tragar grueso.

—Bueno . . . ahora . . . ya que hablas de eso . . . perdí un poco más,—murmuré.

—¿Cuánto más?

—Cua . . . cuarenta dólares.

—¿Cuarenta y siete por todo?—

Moví la cabeza afirmativamente, confesando mi culpa.

—¡Oh, bien! Otra cosa . . . me dijiste que tu sombrero nuevo de terciopelo te costó diez dólares no más. .

—¿Te dije eso?—pregunté yo, fingiendo sorpresa.

—Sí; por cierto. Y ahora dime, ¿cuánto te costó *de verdad*?

—Bueno, tú debes saber que un sombrero de esa clase no se compra por menos de veinticinco dólares,—respondí con aspereza.

—Pero ¿a qué decirme embustes?—

Yo traté de eludir el asunto.

—Era que quería ahorrarte contrariedades. No quería que fueras a tildarme de extravagante,—contesté, y me salí del aposento.

Mi mujer me dedicó entonces algunos epítetos desagradables, que yo me hice el que no oía; y me fuí a mi guarida y me encerré en ella. Cuando mi mujer abrió la puerta unos minutos más tarde, fingí estar muy ocupado con la maquinilla de escribir, pero ella me interrumpió.

—Quiero hacerte una sola pregunta más,—dijo.

Yo alcé los ojos y la miré de la manera más desagradable posible.

—¿Viste a Jeanette Gaily la última vez que estuvo en la ciudad?—me preguntó, observándome de cerca.

—Ya me hiciste antes esa misma pregunta,—respondí en tono rudo, esperando evadir así la contestación.

—Sí. Entonces me dijiste que no. ¿Vas a darme ahora la misma respuesta?—

Yo vacilé. Jeanette Gaily es una actriz oriunda de mi propia ciudad allá en el este. No llegué a conocerla allá, pero ya se sabe cómo son las gentes nativas de un mismo lugar cuando se tropiezan lejos de él. Me visitó cuando vino por primera vez a la ciudad, y yo fuí a mi vez a visitarla acompañado de mi mujer. Pero a mi mujer no le agradó mucho Jeanette, y me hizo prometerle que no la trataría más nunca. Yo no podía, sin embargo, herir los sentimientos de una muchacha que era mi paisana, de modo que, cuando Jeanette volvió a la ciudad, fuí a verla a la chita callando y la llevé a tomar te al Palace . . . y después tuve que esconder el hecho mintiendo. No había mal alguno en aquello, pero sabía bien que nunca lograría que mi mujer lo comprendiera así.

—¿La viste o no, la última vez que estuvo en la ciudad?—preguntó.

Hasta aquel momento yo había permanecido firme en mi primera resolución, pero ví claramente que llegaba la hora en que tendría que quebrantarla en aras del mejor interés de todos.

—No;—rezongué.—ahora hazme el favor de marcharte y dejarme seguir mi trabaio.—

Sin decir una palabra, se marchó del aposento y cerró la puerta suavemente tras sí. Pero yo no logré adelantar mucho lo que estaba escribiendo, pues no tenía la conciencia tranquila. He aquí que aun no había pasado la mitad del primer día del año, y ya había quebrantado una de mis resoluciones; y una vez quebrantada una resolución, más valdría no haberla hecho. La víctima inconscientemente trata de compensar el tiempo perdido; y, antes de que terminara el día, me encontré mintiendo a mi mujer, cuando en realidad no tenía necesidad de mentirle. Me sentí tristísimo y me odié a mí mismo profundamente. No sé qué habría sido de mí, a no ser por las resoluciones restantes. Eran lo único que me permitía conservar la estimación de mí mismo, y reiteradas veces me prometí que las cumpliría sin falta, una por una. Traté de olvidarme de la que había quebrantado y de concentrar toda mi energía en las restantes.

Todo marchó a pedir de boca durante el resto del día, y cuando desperté a la mañana siguiente, mi primer pensamiento fué para las cuatro resoluciones. En cierto modo infundiéronme renovada fe en mí mismo. Desperté a mi mujer y le dije que ya era hora de levantarnos.

—¡Oh!—suspiró.—No siento ganas de levantarme. Desearía que fuera ayer.

—¿Por qué ayer?

—Porque ayer me trajiste el desayuno a la cama.

—El ayer nunca vuelve,—le recordé. Y sin embargo, ¿por qué no había yo de traerle el desayuno, si tal era su deseo? ¿No era acaso ése un modo fácil de ejecutar temprano la buena acción de cada día?

—El ayer nunca vuelve,—repetí,—pero si realmente quieres el desayuno en la cama, te lo traeré por esta vez.

TERRENO PELIGROSO

Y al punto me levanté y fuí a prepararlo. Después de desayunarme, me retiré a mi guarida y principié a trabajar. Me encontraba en excelente espíritu y adelantaba que era un contento, cuando mi mujer vino a tocar a la puerta.

—¿Qué quieres?—pregunté.

—Entrar a barrer el cuarto; está horriblemente sucio,—contestó.

—Pero no puede ser ahora,—la informé, no con mucha amabilidad.—Estoy precisamente a la mitad de un cuento.—

—No puedo remediarlo,—dijo, principiando a barrer la alfombra. Ésta es la única ocasión que tengo de barrer aquí hoy y procuraré no molestarte.

—¡No molestarme!—clamé yo.—¿ Crees que yo puedo trabajar mientras tú blandes una escoba y un trapo sobre mi cabeza? Y además, el polvo echará a perder la maquinilla.

—Bueno, no tienes por qué enfadarte tanto,—me dijo con amabilidad.—Tengo que hacerlo, sencillamente, y que hacerlo al instante.—

Ahora bien, a mí siempre me enfurece el que alguien me diga que no debo enfadarme; y que me lo diga con amabilidad sólo consigue echar leña a la hoguera.

—Pero si te digo que voy precisamente por la mitad de. . . .

—S-s-s-s!—me advirtió.—No tan recio, que los vecinos pueden oírte.—

Esto fué lo peor que pudo decir. Nada es más seguro para hacerme perder la chaveta como decirme, cuando levanto un poco la voz, que los vecinos pueden oírme. En aquella hora y punto estalló la tormenta. Cerré de un golpe la cubierta de la maquinilla y me lancé fuera del cuarto, dando un portazo. De la misma manera cerré la puerta del frente; pero, antes de llegar al pie de la escalera, la puerta se abría de nuevo, y mi mujer, en tono tan tranquilo como si nada hubiera acontecido, me rogó que le trajera una escoba nueva de cierta tienda de la parte baja de la ciudad, donde venden barato, pero no llevan las compras a domicilio. Si en aquel momento me restaba algún rastro de la resolución de no perder la chaveta a fuerza de rabia, se desvaneció entre la puerta de la calle y la esquina.

DOS MENOS, QUEDAN TRES

Cuando comprendí lo que había hecho, me afligí mucho, tanto como puede imaginarse, si se toma en cuenta que fuí directamente a la tienda indicada y compré la escoba nueva y la llevé a casa en mis propias manos, aunque aborrezco el andar con paquetes, y una escoba no es una cosa tan bonita como para llevarla uno en un tranvía atestado de gente. Como era natural, en el camino, ya de regreso a casa, encontré a varios conocidos. Eso era malo, pero lo peor era mi remordimiento por haber quebrantado otra de mis resoluciones. Antojábaseme que no debía tener pizca de carácter cuando dejaba que mis propósitos se desvanecieran de semejante modo. Permanecí desanimado el resto del día, pero a la mañana siguiente encontrábame en excelente ánimo. Es verdad que los dos primeros días del año habían visto quebrantadas dos de mis mejores resoluciones, pero todavía me quedaban tres, y tres resoluciones bien cumplidas no son cosa de risa.

Oí a mi mujer suspirando.

—¿Qué te pasa?—le pregunté.

—¡Oh! Quisiera que el día de hoy fuera a la vez el de ayer y el de antier,—dijo, exhalando un gran suspiro.

—Ya sé lo que te pasa,—murmuré.

Ella suspiró de nuevo.

—Esto no es un sanatorio privado,—refunfuñé yo.

Otro suspiro.

—¡Mal haya!—dije después de un momento. Tan bien puedo hacer eso como cualquier otra cosa.

—Eres muy bueno,—murmuró con regodeo, y yo me arrastré fuera del lecho y fuí a buscarle el desayuno.

Era cerca del mediodía cuando la vi vaciando algunos de los ceniceros que tenemos distribuídos por distintos sitios de la casa, y oí que me preguntaba dónde había tirado las cenizas y colillas de cigarrillos durante los últimos días.

—A decir verdad,—le contesté,—no he fumado gran cosa en estos días. El tabaco no me hace bien.

—¡Pero si has fumado por años enteros y nunca te ha hecho daño!

—Así es,—admití yo,—pero ahora no me cae bien, y he pensado dejarlo por algún tiempo.—

Permaneció callada por unos momentos, y yo supuse que ya había comenzado a olvidar el asunto, cuando dijo:

—Ésa es la explicación de la rabia que te dió ayer cuando vine a barrer el cuarto. Ya suponía yo que algo había en el fondo. Los hombres siempre tienen accesos de cólera cuando interrumpen bruscamente sus hábitos. Si quieres dejar el tabaco, tienes que dejarlo poco a poco; así no produce un choque tan fuerte en el sistema.—

Bien sabía yo que sus palabras estaban llenas de buen juicio, pero recordé mi resolución.

—Bueno,—contesté.—Ya que lo he suprimido, bien puedo seguir suprimiéndolo.—

Sin embargo, resultó que esto era más fácil de decir que de hacer. El deseo de fumar apenas lo había notado el primer día de mi ayuno, y me admiró la facilidad con que lo soportaba. Pero la admiración fué menor el segundo día, y más de una vez me sorprendí a mí mismo en el acto de llevarme un cigarrillo a la boca.

Y al tercer día no experimenté sorpresa alguna, pues el ansia vehemente de tabaco había cobrado todas sus fuerzas y principió su mortal tarea. No podía pensar en nada sino en lo sabroso que sería un cigarrillo. Había tomado la precaución de no dejar en la casa un grano de tabaco, y me decía a mí mismo que era una fortuna haberlo hecho así, cuando mi mujer me informó que iba a proporcionarme una pequeña sorpresa; y me ordenó que cerrara los ojos mientras iba a buscarla.

EL CIGARRILLO FAVORITO

Los cerré, pero estaba seguro de que no me iba a gustar la sorpresa: suspiro de menta o algo por el estilo no era lo que podía satisfacerme en aquel momento, después de la comida. La único en que yo me sentía capaz de pensar era en un cigarrillo. Y pensaba en el cigarrillo con tal vehemencia que cuando mi mujer me puso algo entre los labios, chupé . . . y al punto aspiré el aroma de mi cigarrillo predilecto. Sentí el convencimiento de que se trataba de una ilusión, pero, como no quería destruirla, no abrí los ojos inmediatamente, sino que di rápidamente varias chupadas arreo. Y cuando abrí los ojos, me encontré con un cigarrillo encendido en la boca y con una caja grande de la misma marca colocada sobre la mesa, delante de mí. Y de pronto me di cuenta de que la tercera de mis resoluciones había pasado a la historia.

—Sólo quedan dos,—murmuré casi en voz alta.

—¡Sólo dos!—exclamó mi mujer.—¿Qué estás diciendo? ¡Me aseguraron que esa caja tenía quinientos!

—Quería decir que sólo hay dos de menos,—me apresuré a explicar: el que me estoy fumando y el que me voy a fumar en cuanto concluya con éste.

No conté el número de cigarrillos que me fumé en el resto de la noche, pero a lo menos no escuché más recriminaciones porque los ceniceros estuvieran vacíos.

A la mañana siguiente mi mujer comenzó el día manifestando el deseo de que fuera como el de ayer y el de antier. Y aunque yo lo comencé manifestándole que le llevaba por última vez el desayuno a la cama, se me ocurrió que si no hacía eso, tenía que idear alguna otra buena acción que cumplir en obsequio de ella, e idear buenas acciones no es cosa fácil en este mundo, sobre todo, buenas acciones que no despierten las sospechas de la persona por quien uno las realiza. De manera que a la postre le llevé su desayuno a la cama el cuarto día del año, exactamente como se lo había llevado los otros tres días precedentes. Y me puse luego a trabajar, alimentando en mi interior las dos resoluciones restantes, las cuales, a causa de la pérdida de las otras, parecían tornarse más caras a mi corazón con cada hora que pasaba. Repetidas veces me prometí que las cumpliría fiel y puntualmente durante el resto del año, así no hiciera otra cosa alguna.

Pero ¡ay! antes de acostarme aquella noche me vi forzado a renunciar a mi determinación en cuanto a una de ellas. Me vi colocado en tal situación que no tuve más remedio que jugar a las cartas por dinero. Mi mujer había preparado una tertulia a la cual invitó a algunos de los amigos con quienes acostumbraba yo jugar de vez en cuando una partida amistosa, de apuestas pequeñas. Me envió a la calle encomendándome no sé qué diligencia, y cuando regresé los encontré sentados a la mesa en espera de que yo ocupara mi lugar para comenzar la partida.

Si hubo cierta frialdad en la manera cómo los saludé, hay que atribuirla a mi sorpresa, pues estaba ciertamente sorprendido. Pero antes de sentarme a la mesa de juego, llamé aparte a mi mujer a otro cuarto e hice un esfuerzo para no entrar en el juego. Alegué que no me sentía bien, pero ella se rió en mis barbas.

—Pero si te sentías hace poco tan bien que venías tarareando cuando llegaste a la puerta no hace dos minutos—observó.

—Sí tal,—convine yo,—y si quieres saber la verdad, es el caso que no quiero jugar a las cartas por dinero.

—¿Qué es lo que te pasa?—preguntó, mirándome con extrañeza.— ¿Has leído acaso el libro de Billy Sunday?

—No; pero . . . pero. . . .

—Te gusta ir a casa de ellos y ganarles su dinero, como lo hiciste la semana pasada; y cuando ellos vienen a la tuya, vas a decirles que prefieres jugar de mentirijillas, ¿no es eso?

—No; no me comprendes. . . .

—Si eres un jugador de esa clase, no te comprendo. No; no te comprendo en absoluto.—Y se alejó de mi lado.

Traté de serenarme, y después de unos momentos la seguí.

—Bueno, comencemos,—exclamé alegremente al sentarme a la mesa. Y cuando terminó la partida, vi que había ganado veintidós dólares.

UN DESCUBRIMIENTO

Antes de acostarme esa noche, fuí a buscar la bolsa de mi mujer con el propósito de poner en ella once dólares, pues era costumbre mía darle la mitad de lo que ganaba. Pero al abrirla vi un pedazo de papel que me pareció reconocer. Era la hoja en que había escrito mis resoluciones de año nuevo.

No la toqué, ni puse tampoco los once dólares en la bolsa.

Ahora veía perfectamente claro que mi mujer me había inducido a romper cuatro de mis cinco resoluciones. ¿Pero *por qué* lo había hecho? ¿Por qué una esposa ha de convidar a su marido a jugar a las cartas por dinero, después de haber estado años enteros predicándole que no juegue? ¿Por qué ha de instigarlo a que fume, a sabiendas de que se propone no fumar? ¿Por qué trata deliberadamente de irritarlo, conociendo que no puede fácilmente dominarse a sí mismo?

Y de súbito comprendí. Aprendemos experimentando y nos fortalecemos resistiendo. Mi mujer había tratado de ayudarme a ganar fuerzas para cumplir mis resoluciones fortaleciendo mi resistencia, y yo había fracasado en todas, una tras otra. Pero me quedaba aún una probabilidad de demostrarle mi energía: había una resolución intacta. Y no me quedaba pizca de duda de que con cada uno de mis fracasos yo había ganado cierta fuerza, y que ahora sería capaz de llegar hasta el fin con la única resolución restante. Y sentí entonces un gran alivio, pues habría sido para mí sumamente aflictivo pensar que mi mujer había desbaratado mis propósitos uno tras otro, sólo por el placer de mofarse de mí.

Me acosté dichoso y pasé una buena noche, pero cuando me desperté por la mañana y oí a mi mujer suspirando que desearía que fuera ayer y anteayer y trasanteayer, se me ocurrió un pensamiento inquietador. ¿Por qué se había curado de fortalecer mi resistencia para todas las resoluciones excepto para esta sola? Ya se le habían ofrecido cuatro ocasiones de probar mi resistencia en cuanto a ésta, y en vez de intentar inducirme a quebrantarla, hacía cuanto estaba a su alcance porque la *cumpliera;* y ahora, por la quinta vez, me facilitaba en lo posible la manera de no quebrantarla.

LA TRISTE VERDAD

Mi facultad de razonamiento es siempre más lúcida por la mañana que por la noche, y en poco tiempo había desechado por completo mi teoría de la resistencia de la noche anterior. Buscaba aún una razón satisfactoria por qué mi mujer deseaba aniquilar cada una de aquellas nobles resoluciones, cuando ella suspiró de nuevo, diciendo que desearía que fuese ayer.

—No es ayer, ni es probable que sea nada *parecido* a ayer,—le declaré categóricamente.

—¿Por qué no?—preguntó.—Deseas hacer una buena acción, ¿no es así?

—¿Por qué motivo?—pregunté con cautela.

—Pues . . . para compensar algunas de las otras cosas que no has hecho,—respondió.—Tú sabes que el otro día me dijiste un embuste, puesto que te vieron tomando te en el Palace con la Jeanette Gaily; y te enfureciste horriblemente porque yo quería barrerte el cuarto; tú sabes que es verdad y. . . .

—¡Vive Dios que lo encontré!—clamé yo, incorporándome en el lecho y gesticulando violentamente con las manos. Creíste que si eliminabas todas mis resoluciones menos una, pondría todo mi empeño en cumplir esa única, y así habría sido de no haberte descubierto el juego.—

Mi mujer soltó una risotada gorda. Yo me eché sobre la almohada y le di la espalda. Poco después oí el rumor de sus pisadas.

—Bueno, de todos modos,—exclamó alegremente,—me has traído el desayuno a la cama por cuatro días arreo, y eso es lo que llamo yo comenzar bien el nuevo año.

CÓMO APRECIAR LA LITERATURA BÍBLICA[1]

POR

VERNON P. SQUIRES

Entre las dos maneras de apreciar *La biblia*, la que la conceptúa como un libro surgido de la revelación y la que ve en ella una obra que fué formándose mediante un proceso inteligente y lento, el autor se decide por la segunda. Considera *La biblia* como una serie de grandes documentos humanos que expresan la fe y el pensamiento de muchas generaciones de hombres anhelosos de alcanzar una visión más clara de Dios y que se vieron favorecidos en su tarea por el genio, la educación y el medio en que vivieron; acepta las enseñanzas de la crítica moderna, según la cual *La biblia* fué escrita por hombres de condición y mentalidad diversas, y opina que para apreciarla debidamente hay que considerarla desde un punto de vista exclusivamente literario e histórico; juzgándola con un espíritu tal, cree que sus primeros libros consisten en una rara mezcla de mitos y de cantos, de baladas primitivas y leyendas locales, de antiguas leyendas y comentarios posteriores; analiza algunos libros del *Antiguo testamento* para demostrar su estructura fragmentaria y señalar las distintas épocas en que se elaboraron, y la sensibilidad y mentalidad de los diversos autores de cada uno de ellos; al referirse al *Nuevo testamento*, piensa que no existe un estudio tan detenido como del antiguo y que, aisladamente y en conjunto, los libros de que se componen encierran un fondo histórico cuyo examen constituye un verdadero encanto.—LA REDACCIÓN

LA BIBLIA es, sin duda, el libro más conocido. Su venta anual excede con mucho a la de los libros tildados "de mayor venta." Sus ideas, y hasta sus mismas palabras, han llegado a formar parte vital de la urdimbre de la literatura inglesa; y ha inspirado la música y la pintura. En la vida y el pensamiento de todos, desempeña un papel único. En realidad, casi es un absurdo suponer que exista necesidad de considerar el asunto que me habéis señalado.

Con todo, a despecho de lo que he dicho, es preciso hacerlo, pues la erudición moderna nos ha dado en los días que corren una nueva *Biblia*. En realidad, así como la ciencia moderna nos ha proporcionado un nuevo mundo maravilloso en que vivir, mundo de fuerzas asombrosas, leyes potentes y riquezas grandes, completamente desconocidas para los hombres de hace un siglo, así también la erudición crítica e histórica nos ha suministrado una nueva *Biblia*, interesantísima, mucho menos mecánica y mucho más espiritual que la que conocieron nuestros padres. Opino que es el cómo apreciar esta nueva *Biblia* lo que estoy llamando a discutir.

El doctor France, rector de la Brown University, en uno de sus discursos, se sirve del ejemplo siguiente. Dice:

En cierto museo, se encuentran en un mismo salón, un aerolito y una sección de un árbol californiano. El aerolito, desde el punto de vista terrestre, carece de historia. Descendió, sin anunciarse, desde las profundidades del espacio, pasó silbando por nuestra atmósfera y desde entonces ha permanecido inalterado. Podemos maravillarnos de él y hasta adorarlo, pero *no podemos utilizarlo*. En cambio, el árbol lleva en todos sus anillos concéntricos las huellas de su origen y de su desenvolvimiento. En todas sus fibras, aparece la historia de un organismo viviente. El sol, la lluvia y la tierra se han unido lentamente en su substancia.

Al estudiar su pulida superficie y contar sus anillos, nos damos cuenta de algo de la historia de su crecimiento, comprendemos por qué es tan compacto, fuerte y hermoso. Tal es la diferencia que existe entre la antigua y la nueva concepción de *La biblia*. Según el antiguo concepto, cayó desde el cielo por algún proceso desconocido e incognoscible; según el nuevo, creció conforme a un proceso inteligible.

No niego que la concepción meteórica pudiera haber sido útil en su época. Quizá algunos hayan sacado provecho de la declaración hecha, hace muchos años, en la University of Oxford por el decano Burgon, quien dijo:

Cada libro de *La biblia*, cada capítulo, cada versículo, cada palabra, cada sílaba y cada letra de ella es lenguage directo del Altísimo, intachable, infalible, supremo.

[1]Discurso pronunciado en la State Federation of Women's Club, el 6 de octubre de 1920.

Indudablemente todavía hay algunos que se mantienen fieles a esta creencia, mas, en el día de hoy, a la mayor parte de los inteligentes les parece irracional, indigna e imposible. Ciertamente que está en plena contradicción con todo lo que es conocido en la humana experiencia, y no está de acuerdo con una multitud de hechos demostrados. Viola todo principio literario y enreda al lector serio en incontables dificultades. Expone *La biblia* a tales ataques como aquellos que formularon Thomas Paine y Róbert Íngersoll y al estudioso no le brinda ni entusiasmo ni interés, a excepción de los que se derivan de una credulidad ciega y absoluta.

De consiguiente, los que se dedican seriamente al estudio de *La biblia* se han visto obligados a abandonar la teoría "meteórica" o "de dictado." Como dijo uno de los grandes teólogos de los Estados Unidos: "Es incuestionable que la influencia divina no se hizo sentir en las sagradas escrituras por dictado. Estos escritos no pudieron haber sido dictados: son demasiado humanos, demasiado llenos de vida y emoción, demasiado evidentemente sugeridos a escritores de carne y hueso por ocasiones vitales." No; *La biblia* no es un aerolito milagroso; ni es lo que pretendía Jóseph Smith que fuera el llamado *Libro de los mormones:* un libro divinamente perfecto, formado sin la participación activa de inteligencias humanas. No; al contrario, surgió de la vida real. Constituye una serie de grandes documentos humanos que expresan la fe, el discernimiento y la aspiración sinceros de muchos hombres y mujeres nobles, que, debido al genio, la preparación y la experiencia, se sintieron inspirados con una visión más clara de Dios que la que se le había concedido a la generalidad, y que, por su fe inextinguible, se vieron obligados a expresar sus pensamientos y emociones en palabras fervorosas. Sentíanse invadidos de Dios, y eran capaces de mirar la vida, no desde el ordinario punto de vista temporal, trivial y nebuloso, sino desde el punto de vista de la eternidad. Esto movió a algunos a escribir historia para demostrar que Dios es un factor ineludible en todas las relaciones y actividades humanas; esto despertó a los salmistas y dió origen a los profetas; y esto proporcionó al pensamiento de los apóstoles su plenitud.

El decano Fárrar ha indicado la riqueza del carácter humano de *La biblia* con estas palabras:

> Fué escrita por hombres de todas clases y condiciones; tanto por los pobres como por los ricos; tanto por los humildes como por los de posición elevada; por poetas y cronistas, por entusiastas apasionados y por razonadores serenos; por indoctos provincianos y por teólogos alejandrinos; por filósofos que alcanzaban por medio del razonamiento, por místicos que veían por intuición, y por hombres prácticos que aprendieron por experiencia las verdades de Dios.

Para apreciar, pues *La biblia* en toda su fuerza y hermosura, tenemos que acercarnos a ella desde el punto de vista literario e histórico. Debemos ver en ella el registro de los pensamientos y aspiraciones de muchas generaciones: registro de una creciente revelación que se comunicaba a una larga serie de hombres fervorosos, todos los cuales "buscaban a Dios, si acaso, palpando a tiento, lo hallasen," experimentando al principio con las concepciones inmaturas y pueriles de una raza primitiva y percibiendo sólo dispersos reflejos de luz en la obscuridad general, pero lentamente saliendo a una atmósfera menos lóbrega y obteniendo ideas más racionales y filosóficas, hasta que, en la plenitud del tiempo hizo su aparición el divino maestro de Nazaret, que les dió la revelación suprema.

Los valores éticos y religiosos de esta antigua biblioteca de *La biblia* varían necesariamente. Las leyes más recientes son mucho más justas y humanitarias que las primitivas. Los últimos profetas y salmistas ven, por supuesto, con más clara visión y son más espirituales que sus predecesores, los escritores de las baladas primitivas y los cuentos populares. Como se sabe, Jesús no vaciló en poner a un lado muchas de las enseñanzas de sus predecesores. Así, el valor religioso de cualquier libro de *La biblia* depende enteramente de cómo su espíritu y su ética se armonizan con los preceptos y parábolas de Cristo. El ápice de la enseñanza bíblica se encuentra *al final.*

En sentido histórico, sin embargo, todos los libros de *La biblia* son intensamente interesantes, si sabemos hacer la selección,

de la misma manera que los primeros pasos vacilantes de un niño son tan interesantes en sí como las vigorosas zancadas de un bien desarrollado atleta. En los libros más antiguos, no debemos buscar ni ciencia exacta ni enseñanza autorizada, pero nos interesará saber cómo se formó entre ese pueblo maravilloso un tejido de mitos y leyendas, de baladas y cuentos populares, de códigos de leyes, todos alrededor de la idea de *un gran Dios recto* que gobierna el mundo con justicia y misericordia y que exige justicia y clemencia de cuantos lo adoran.

Tenemos que admitir que Jehová aparece frecuentemente al principio como dios de tribu con limitada jurisdicción, que a veces es representado como inconstante, cambiando de propósitos, se arrepintiéndose de sus acciones. Hemos de admitir que muchos de sus primitivos adoradores lo desconocieron hasta el punto de pensar que le deleitasen los sacrificios humanos. Mas, aceptando todo esto, Jehová se presenta aún como la deidad más sublime que conoció el mundo antiguo. Era una presencia espiritual que no se veía en casas hechas con las manos y a la cual era imposible representar mediante imágenes de madera, de piedra o de oro. ¡Cuán distinto de los dioses crueles e inmorales de las otras naciones! ¡Cuán diferente de las deidades olímpicas de Grecia y de Roma, "los dioses que viven en Holgura," los dioses que, "descuidados de la humanidad," como dice Ténnyson:

Se deleitan con su néctar, mientras los rayos se lanzan
Allá abajo en los valles, y las ligeras nubes acarician
Sus casas de oro, ceñidas del luminoso espacio.

Con el transcurso de los años, el concepto se hizo cada vez más puro y elevado; el poder atribuído a Jehová vino a ser más amplio, el modo de acercarse a él más espiritual. Trazar este desenvolvimiento con inteligencia e interés equivale a apreciar el *Antiguo testamento*.

Acercándonos a los primeros libros de *La biblia* con este espíritu y con la idea de una fe evolutiva, resultan, como ya se ha sugerido, una curiosa mezcla de mitos, *folklore*, baladas primitivas, leyendas locales, antiguas leyes y comentarios posteriores. Asumieron su forma actual muchos siglos después de transcurridos los sucesos narrados en ellos, tal vez mil años después de la muerte de Moisés. Sus anónimos autores fueron hombres fervorosos que coleccionaron los diversos materiales de la manera que entonces se acostumbraba y los combinaron en una narración consecutiva. Es como si, en este año en que se celebra el tricentésimo aniversario de la llegada de los peregrinos a Plymouth, alguien escribiese la historia de la primitiva Nueva Inglaterra, introduciendo en ella pasajes de la célebre historia de la colonia por Wílliam Brádford, un fragmento de las *Magnalia*[2] de Cotton Máther, algunas tradiciones orales, unos cuantos cuentos del *Diary* de Séwall, familiares a los habitantes más ancianos de Plymouth, una selección de las "leyes azules,"[3] algunas citas poéticas de *The Bay Psalm Booke*[4] del *Day of Doom* (El día del juicio final) de Wígglesworth y de las *Contemplations* de Anne Brádstreet, así como unos trozos del *Courtship of Miles Standish* (El galanteo de Miles Standish) de Lóngfellow y de los romances de la Nueva Inglaterra por Whittier, convirtiendo todo esto en una narración continua y descuidando la veracidad de la historia o de la poesía, pero con una sola mira predominante: la de demostrar, digamos, el valor tranquilo y el celo religioso de los próceres. ¡Manera extraña de escribir la historia, decís? Sí; lo sería en esta época ilustrada y crítica, pero de ninguna manera extraña en una época sencilla y primitiva.

[2]Obra publicada en 1702, siendo el título completo *Magnalia Christi Americana* (Las obras maravillosas de Christo en America), que es la historia eclesiástica de la Nueva Inglaterra desde la fundación de la colonia hasta la época del autor.—La Redacción

[3]Traducción de *blue-laws*: supuesto código de leyes severas para el reglamento de la conducta religiosa y personal en las colonias de Connecticut y New

[4]La más antigua versión métrica de los *Salmos* hecha en la Nueva Inglaterra. Su título es: *The Whole Booke of Psalmes Faithfully Translated into English Metre.* Se imprimió en 1640, y fué el primer libro publicado en las colonias británicoamericanas, aunque no el primero publicado en América, puesto que se habían imprimido una o más obras en la ciudad de Méjico más de cien años antes. La palabra *Bay* se usa en el título para indicar que el libro fué autorizado para uso en las iglesias de las colonias de Massachusetts Bay (bahía de Massachusetts)—La Redacción

En verdad, es precisamente el método que sabemos que se empleó en otros libros antiguos. Mas, extraño o no, es claro que fué el que emplearon los antiguos redactores que nos legaron los libros de *El génesis*, *El éxodo* y *Los jueces* y todos los demás. Los eruditos han podido separar los diversos hilos de la trama; los cuales, por sus evidentes diferencias de lenguaje, estilo literario y espíritu general, los descubre cualquierexperto enla materia.

La lectura cuidadosa aun de una traducción revelará ciertas indicaciones de la estructura compuesta de estos libros. En efecto, el redactor menciona menudo las fuentes de sus materiales, y en algunas versiones se imprimen con tipo más pequeño las partes poéticas. Tal trozo de poesía es el tan difícil y discutido pasaje en que se alude a la detensión del sol, y que es un fragmento poético tomado de *El libro de Jaser*, colección de antiguos romances heroicos. No hay mayor razón para creer en la exactitud histórica de esto que la hay para creer en la exactitud de la misma metáfora cuando la encontramos en otra parte, según sucede en el antiguo poema francés la *Chanson de Roland*. Sin vacilación alguna, decimos respecto del último caso, que es solamente el modo del antiguo poeta de dar énfasis al hecho de que fué larga y terrible la batalla; y esto es lo que precisamente debemos discutir al leer el fragmento poético relativo a la lucha de los hijos de Israel y los amoritas en el valle de Ayalón.

Incuestionablemente el valor de estos antiguos libros no depende de su infalibilidad histórica ni científica, sino de su espíritu y su índole religiosa. Según todos sabemos, el valor del célebre cuento del doctor Hale, *The Man Without a Country*[5] (El hombre sin patria), no depende en modo alguno de que sea histórico. En realidad, es obra de pura imaginación; pero probablemente ha inspirado a mayor número de personas el amor de la bandera que ningún otro libro americano. Así los bellos cuentos antiguos de *La biblia*. La idea principal que abarcaron los recopiladores, la grande e ineludible verdad con que a todo trance trataron de impresionar al lector, es la de que a los hombres no les es dable prescindir de Dios; que la infidelidad hacia Él y respecto de la virtud significa desastre final; en tanto que la fidelidad a Él y al deber, aunque difícil y desagradable por el momento, siempre resulta, con el transcurso del tiempo, la única senda que conduce a la paz permanente.

Leer las antiguas crónicas con ese espíritu; advertir los diversos aspectos de vida que se ofrecen, los diversos problemas que tenían que resolver esos viejos héroes; seguirlos en sus triunfos y en sus fracasos; comprender la persistente insistencia del autor en la honradez, la justicia, la pureza y la lealtad, conforme se entendían en esos tiempos primitivos; y observar cómo los criterios se elevaban a medida que transcurrían los siglos, sin dejar de darse cuenta de que el tema principal y unificador es siempre uno mismo,—Adorarás a Jehová tu Dios con todo tu corazón y tratarás a tu prójimo con justicia—equivale a descubrir un nuevo interés riquísimo en las partes históricas del *Antiguo testamento* y a apreciarlas según su verdadero valor. Un interesante ejemplo del cuento del *Antiguo testamento* es el relato familiar del gran diluvio y de la salvación de Noé. Los arqueólogos y geólogos pueden decidir qué fundamento histórico posee. Lo que debe interesarnos no es la verdad histórica del cuento, sino su significado. Trátase de una leyenda secular, de una leyenda antiquísima ya antes de la época de Abraham, de una leyenda referida en muchas lenguas y en muchas formas diversas. El relato bíblico es evidentemente muy parecido al relato babilónico, más antiguo aún, que se ha descubierto recientemente. Notables son los puntos de semejanza entre el uno y el otro. En el primitivo relato, el politeísta, como se conocía en la antigua Babilonia, se habla de muchos dioses que disputaban entre sí, se portaban como niños necios y consentidos y produjeron el diluvio sin

---

Haven, y de ahí cualesquiera rígidas leyes o regulaciones religiosas. La voz *blue* (azul) se usa en inglés para expresar lo lóbrego o triste, tal como se emplea la de gris en español —La Redacción

[5]Por el doctor Edward Everett Hale: cuento que varias veces se ha traducido al español, y que forma parte del volumen III de nuestra *Biblioteca Interamericana*, volumen titulado *Cuentos clásicos del norte*. —La Redacción

causa racional alguna. Carece el cuento de significado ético o religioso de importancia, no enaltece la virtud ni le concede ninguna recompensa. Es grosero y absurdo. El relato bíblico, por el contrario, es terminantemente monoteísta; habla de un sólo Dios; además es profundamente moral y está penetrado de significado espiritual.

Si el tiempo lo permitiera, me complacería tratar de otros de esos antiguos cuentos admirables, tan sencillos, humanos y candorosos, que revelan muchas veces su sinceridad por su ingenuidad misma, mas siempre abundantes en sabiduría y sugestivos de valores eternos.

Cuando llegamos a *Los salmos,* encontramos también en ellos el resultado de un largo progreso. El salterio hebreo es un archivo nacional de cantos, una maravillosa antología de poesías líricas, algo así como la famosa obra, *Golden Treasury of English Lyrical Poetry,* de Pálgrave, que comprendía la mejor labor de muchos poetas durante centenares de años. Su núcleo lo formó quizá el famoso rey pastor, pero, como lo indica claramente nuestra versión revisada, existen cuando menos cinco colecciones diversas reunidas en un solo libro. Muchos de los salmos, quizá la mayor parte, no se escribieron hasta después del cautiverio y aun más tarde. Representan el maduro espíritu religioso de una época que había progresado en la experiencia y la cultura religiosa mucho más allá de los días algo primitivos y turbulentos de Saúl y de David. El hecho de que toda la colección se le haya atribuído a David no es más anómalo que el hecho de que digamos *Webster's Dictionary,* al aludir a la última edición completa del diccionario de la lengua inglesa, y en el cual figuran palabras como "*aeroplane*" y "*camouflage,*" cuando, en realidad, Noah Wébster murió hace setenta y cinco años, y jamás conoció la mitad de las palabras que ahora aparecen bajo su nombre.

Además, para apreciar esas hermosas poesías líricas, debemos atender a su forma. Una gran literatura ha de poseer siempre dos elementos: ha de ser como "manzanas de oro en cuadros de plata." Debe poseer noble contenido y hermosa expresión. *Los salmos* resisten esta prueba. En pensamiento y emoción llegan al ápice de la aspiración lírica. El alma deseando comunicar con lo divino, anhelando acercarse a Dios "como el ciervo brama por las corrientes de las aguas," regocijándose de sus bendiciones con alegría infinita o amargamente entristecido por sus díscolos extravíos, se expresa en ellos con una sinceridad y una fuerza incomparables. Evidentemente algunos de los llamados "salmos imprecatorios" no llegan al nivel de los mejores. Reflejan el espíritu de una época más primitiva o de escritores menos nobles; pero el tono general de estas poesías es maravilloso. No se encuentra en ninguna otra literatura antigua nada tan humano y a la vez tan divino; en ninguna literatura moderna hay nada que se les asemeje, fuera de las composiciones que se han inspirado en ellas.

John Milton, que seguramente entendía de la materia, dijo de la forma de los salmos, hace mucho tiempo:

> No sólo en su argumento divino, sino en el delicadísimo arte de la composición pueden considerarse incomparables respecto de todos los otros géneros de poesía lírica.

La versificación hebraica se basa, no en la rima y en el ritmo, según los entendemos nosotros, sino en el paralelismo de la estructura de las frases, en cierta *rima de ideas,* por decirlo así:

> No te enojes a causa de los malhechores,
> Ni tengas envidia a los obradores de iniquidades;
> Porque como pasto serán presto cortados,
> Y como la hierba verde se secarán.

A veces el paralelismo toma forma de tercetos más bien que de coplas:

> Bienaventurado el hombre que no anda en el consejo de los inicuos,
> Ni se detiene en el camino de los pecadores,
> Ni se sienta en el banco de los escarnecedores.

Muchas de esas poesías, como el salmo cuadragésimo segundo y el cuadragésimo tercio (propiamente uno solo), y el centésimo séptimo, se componen de estrofas regulares con preciosos estribillos. El centésimo décimonono es una maravillosa poesía acróstica dividida en veintidós estrofas de ocho versos, cada uno de los cuales empieza con la misma letra hebrea y el conjunto está dispuesto en orden alfabético.

No hay para qué hablar de las bellas figuras que se encuentran en los salmos, ni de sus exquisitos reflejos de la naturaleza, ni de su riqueza de alusiones históricas. Basta decir que su encanto y fuerza intrínsecos han impresionado a setenta generaciones de nobles hombres y mujeres y que han alentado a los mártires, inspirado a los santos y endulzado la existencia de incontables millones de almas.

Para mí, este concepto de los salmos como una colección evolutiva, concepto, sea dicho de paso, sostenido hoy en día por todos los verdaderos eruditos, y francamente expuesto en cualquiera autorizada enciclopedia contemporánea, no solamente ilumina sino también satisface. Desde hace muchos años no me ha sido posible comprender cómo esas hermosas expresiones de aspiración, de ternura y de confianza las pudiera haber escrito David. *La biblia* misma nos lo presenta como viviendo la vida de un desenfrenado bandolero, entregado a las incursiones y a la matanza, y parecido a algún turco de hoy, y como engañando de la manera más ruin a Aquís, rey de los filisteos, en el momento mismo en que ese rey lo favorecía y amparaba. Nos lo presenta como creyente en los sacrificios humanos, como mantenedor de un numeroso harén y como padre débil e insensato. Verdad es que ante la coacción se arrepintió, hasta cierto punto, de un gran pecado; pero, ¿qué decir de los muchos otros casos en que su empedernida conciencia permaneció indiferente? Muy escasa relación puede advertirse entre estas lindas poesías, que expresan una delicadísima emoción religiosa, y la vida y carácter del hábil mas poco escrupuloso caudillo que organizó el reino hebreo. Puédese convenir en que, comparado con sus incultos y casi salvajes contemporáneos, los superaba indudablemente en religión como en otros respectos; pero parece increíble que escribiera el salmo décimoquinto, el décimonono o el vigésimo tercio; y a despecho de los encabezamientos insertados, a modo de explicaciones, por algún errado comentarista de antaño, ninguno de los que ahora se dedican al estudio de *La biblia* cree que lo hizo. Esos salmos y otros semejantes fueron escritos muchos años más tarde, después de que los judíos hubieron recibido la instrucción de sus grandes profetas y la disciplina de su largo cautiverio. Como acabamos de decir, los encabezamientos no formaron parte del original, y carecen de autoridad.

¿Qué puedo decir de los profetas a que me he referido en el tiempo de que dispongo? Me cabe decir solamente que ha existido la tendencia de rebajar esos ilustres sabios antiguos al nivel de meros iluminados o nigromantes, de decidores de la buena fortuna que, por ciertos procesos, como las brujas en *Macbeth*, podían predecir los acontecimientos futuros, anunciando los nombres de personas determinadas y pronosticando sucesos con largos siglos de anticipación. Los profetas jamás pretendieron poseer tal poder, ni jamás lo tuvieron. Fueron hombres maravillosos, "hombres embriagados de Dios," si queréis que, como el poeta ideal de Ténnyson, "vivieron a través de la vida y de la muerte y de sus propias almas," y a quienes les fué revelada en grado sin igual "la maravilla del precepto eterno;" pero siempre se interesaban principalmente en su propia época, y su tema fué siempre de inmediata reforma social o religiosa. Tuvieron una fe tremenda en la existencia de un orden moral en este mundo y en la universalidad e inviolabilidad de la eterna ley de Dios. Sin temor y con fuerza denunciaron las infracciones de esa ley, o al menos de lo que consideraron como tal. En general, fueron notablemente optimistas y creyeron en el triunfo definitivo de la justicia, la misericordia y la paz. En ninguna otra literatura se han expuesto tan nobles ideales sociales. Fuera de los inspirados por esos mismos profetas o por el gran Nazareno, ningún poeta antiguo ni moderno ha alcanzado tan elevadas cimas de visión espiritual.

Si el tiempo me lo permitiera, me agradaría hablar especialmente de Amós, el inspirado pastor de Tecoa, cuyo pequeño libro, escrito hacia el año 750 antes de Cristo, es probablemente el más antiguo de toda *La biblia*. Quisiera hablar de Oseas, el complaciente santo, cuya aflicción doméstica, lejos de acibararlo, sólo le reveló claramente el amor de Dios. Hasta hace pocos años no oíamos mucho bueno

acerca de Oseas. En una ocasión, hablé con un venerable anciano que había leído muchas veces *La biblia* y que me confesó que *Oseas* no sólo carecía, para él, de sentido, sino que le repugnaba. Según la nueva erudición, es el más bello y tierno de los libros proféticos. Desearía hablar también del gran profeta desconocido del cautiverio, cuyas obras, aunque escritas unos doscientos años después de la época de Isaías, fueron por algún accidente agregadas al rollo de Isaías, y constituyen ahora los capítulos cuadragésimo a sexagésimo sexto del llamado *Libro profético de Isaías*, capítulos que el Isaías auténtico e histórico no pudo haber escrito; pero que por sus elevadas imágenes, su arrebatadora elocuencia y su amplitud de miras no tienen igual.

También me complacería hablar de la notable "literatura de preceptos," cuyo ejemplo más notable es *El libro de los proverbios*. Es una compilación de dichos sentenciosos conservados por una sucesión de hombres conocidos como "los sabios," y que de generación en generación recogieron, compusieron y transmitieron epigramas de sabiduría mundana. Como *Los salmos*, este libro representa la labor de muchos autores, empezando quizá en la época de Salomón y continuando por siglos. Escuéntranse en el sentido práctico colectivo de toda una nación, lingotes de sabiduría que revelan larga experiencia de la vida y una sagacidad congénita de orden superior. Los epigramas, como aparecen, tienen poca unidad y orden, y a menudo ninguno; pero dispuestos según su materia, como los arregló el profesor Kent, constituyen un sugestivo manual de conducta único en su clase. Hay que reconocer que no están saturados de religión, pero a lo menos nos ofrecen sabiduría práctica en su forma más elevada.

Más notable aún es el maravilloso drama de *Job*. En este interesantísimo libro, algún autor desconocido de una época relativamente reciente, en el sentido bíblico, considera el hecho enigmático de que parece que muchas veces los malos prosperan en tanto que los buenos se ven abatidos. Parece que la ortodoxa opinión judía de la época fué, como en los días de Jesucristo, que la prosperidad debe resultar de la virtud, y que la adversidad es segura indicio de pecado anterior. El autor del libro de *Job* no acepta esta fácil filosofía, aunque presenta a sus defensores y los argumentos de que se valen en su coloquio dramático, haciendo destacar al mismo tiempo, tan vigorosamente como puede, los hechos y argumentos que a ella se oponen. Por último, valiéndose de un procedimiento atrevido, introduce al mismo Jehová como uno de los personajes del drama para que hable desde el torbellino condenando a los ciegos fanáticos que pretenden interpretar la religión como simple pragmatismo. El mismo Job, protagonista del drama, es en verdad, un pintoresco personaje dramático, y su paciencia en medio de la aflicción, su inagotable fe en Jehová y su valor, al atreverse a contemplar de frente los hechos de la vida, lo convierten en uno de los héroes literarios más sublimes de todos los tiempos. Mas, para comprender el libro, debe leerse como un todo; pues considerarlo como una mera sucesión de textos es no apreciar su valor. Cuéntase que hallándose Thomas Carlyle de visita en una casa escocesa, se le pidió que dirigiese las oraciones matutinas de la familia. Abriendo el libro al acaso, empezó a leer a *Job*; y ya que había principiado a hacerlo, siguió leyendo. Transcurrió hora tras hora, y Carlyle seguía leyendo. Cuando se le preguntó más tarde por qué había hecho cosa tan extraña, respondió: "Porque no había donde terminar." El sabio de Chélsea tenía razón: el libro de *Job* es un todo literario, y mutilarlo equivale a no percibir su significado.

Mas, ¡cuánto he hablado, y cuán poco he dicho! Ni siquiera he tratado del *Nuevo testamento*; mas hay, por cierto, poca necesidad de hacerlo. ¡Las dulces y sencillas narraciones evangélicas, la historia heroica de las primeras labores de los apóstoles y de la implantación de la iglesia tanto en el Asia occidental como en Europa y las interesantes epístolas que San Pablo y otros escribieron a sus hermanos, no requieren tal estudio crítico para que se les aprecie debidamente! Esto no quiere decir que quien lea estos libros sólo a la ligera logre comprenderlos del todo. En verdad, cada uno de ellos posee un interesantísimo fondo que, bien comprendido, le presta

nuevos encantos. Cada uno tiene un saber, un interés individual, además de su valor doctrinal. Sin embargo, existe alguna duda respecto de sus autores o su significado. El problema literario es fácil, comparándolo con los que dificultan la comprensión del *Antiguo testamento.*

Preséntanse, no obstante, una o dos excepciones a esta última aserción. Empezamos con una de ellas, que ha de notarse en el caso de la *Epístola a los hebreos.* Atribuída incorrectamente a San Pablo por la generalidad, los eruditos, sin embargo, la han considerado obra de otro, desde hace mucho tiempo. Orígenes opinó que era de San Clemente; Tertuliano tuvo por su autor a San Bernabé; Martín Lutero la atribuyó a San Apolo, teoría que se ha generalizado bastante recientemente. Que no es obra de San Pablo se considera casi cierto. No podemos detenernos para exponer las razones sobre las cuales se basa esta certidumbre, las cuales se encuentran en cualquiera respetable enciclopedia moderna. Quizás interese saber que Hárnack, uno de los eruditos contemporáneos que sobresalen en el conocimiento del *Nuevo testamento,* atribuye la epístola a una mujer, a Priscila, amiga de San Pablo y de San Apolo, y quien, según vemos en *Los hechos* y en la *Epístola a los romanos*, fué una de las principales mujeres de las iglesias de Corinto, Éfeso y Roma. Siempre se la menciona en unión de Aquila su marido; pero, al contrario de la costumbre observada en el *Nuevo testamento*, generalmente se la nombra a ella primero, clara indicación de que ella fué el espíritu dirigente. Este hecho de que la pudiera haber escrito una mujer explica por qué el libro ha quedado anónimo.

Incuestionablemente, el más enigmático de los libros del *Nuevo testamento* es *El apocalipsis.* Se le ha estudiado de una manera más absurda e inepta que cualquier otro libro, al mismo tiempo que se le ha rodeado de pavoroso misterio o se ha tenido por un rompecabezas de matemática. Débense estas absurdas interpretaciones a la falta de perspectiva literaria e histórica. Debemos recordar que este libro se escribió durante la época de una cruel persecución, cuando los primitivos cristianos se empezaban a desalentar y muchos se inclinaban a abandonar la fe. Su objeto fué animarlos asegurándoles su triunfo futuro y el derrumbamiento final del cruento poder romano. El lenguaje es en gran parte velado y metafórico. Si el autor hubiese dicho claramente lo que pensaba, no sólo él, sino cualquiera que hubiese poseído un ejemplar del libro, habría puesto en peligro su vida. La sola posesión de una obra tan subversivo habría sido fatal, una vez descubierta. De consiguiente, el autor se valió principalmente de lenguaje velado, empleando figuras y fórmulas más o menos familiares a los primitivos cristianos, pero que se suponían incomprensibles para la policía romana. El autor escribió, en realidad, mejor de lo que él mismo imaginó. Engañara o no a la policía romana, ello es que desde entonces ha engañado a mucha gente. Indudablemente, no se proponía profetizar acerca del futuro poder (y corrupción, como suelen decir algunos escritores protestantes) de la iglesia católica romana; del encumbramiento del imperio alemán; del desenlace de la gran guerra; o de la caída del Káiser; ni siquiera de fijar la fecha del fin del mundo. No existe en este país ningún erudito de reputación en cuestiones bíblicas que apoye semejantes extravagancias, aunque ideas tan fatuas abundan entre nosotros. Como he dicho, este libro se proponía alentar a los cristianos perseguidos de aquella época a ser fieles durante el reinado de terror porque atravesaban, asegurándoles el triunfo final de Jesucristo y de la iglesia y recordándoles que la fidelidad a la verdad procuraría con certeza recompensas gloriosas; y que aunque parece que la rectitud está en el cadalso y la iniquidad en el trono:

No obstante, ese cadalso influye en el porvenir,
y detrás del obscuro incógnito
Espera Dios dentro de la sombra, velando siempre por los suyos.

Estas son, pues, mis sugestiones respecto de cómo debemos apreciar la literatura bíblica. Leedla con los ojos y la mente abiertos; leedla a la luz de la moderna y concienzuda erudición; leedla como si fuera el panorama de los anhelos de los hombres hacia Dios; y como la huella del gradual desenvolvimiento del divino propósito de

LOS JÓVENES POETAS FRANCO-CANADIENSES[1]

POR

SAINT E. DE CHAMP

Al examinar una antología de poetas francocanadienses, el autor conviene en que, conforme lo han expresado otros, en el Canadá de lengua francesa no existe una literatura verdaderamente nacional; para él, el defecto más visible que ofrece la literatura francocanadiense es su falta de originalidad, aun cuando el esfuerzo realizado por los poetas en el sentido del progreso ha sido muy grande; según él, los poetas de la primera década del siglo veinte revelan un profundo sentimiento poético y un dominio notable de la lengua; por último, el autor se detiene a considerar la obra de algunos de los poetas que figuran en dicha antología: poetas en los cuales descubre excelente técnica, vocabulario rico, grande inspiración y honda sensibilidad.—**LA REDACCIÓN.**

EN EL brillante prólogo que ha escrito para la *Anthologie des poètes canadiens recopilado por* Jules Fournier, Monsieur Olivar Asselin sostiene que no hay en el Canadá francés nada que pueda denominarse literatura nacional; y después de la lectura cuidadosa y seria de la *Anthologie*, siéntese uno inclinado a convenir en ello, si por literatura se entiende algo más que el conjunto de las producciones de los escritores de determinado pueblo.

Temo, sin embargo, que en el Canadá no nos hayamos puesto de acuerdo respecto del significado de la palabra "nacional." En su prólogo a *Canadian Poets*, Mr. John W. Garvin sostiene, por ejemplo, que las obras de Lampman, Roberts, Bliss Carman y otros no constituyen una literatura nacional en inglés. ¿Quién podría aventurarse a compartir su opinión, si las obras de esos poetas hubieran de examinarse a la luz de los principios establecidos por Monsieur Asselin? En efecto, no hace mucho que un crítico de los Estados Unidos, que escribía en el *Mercure de France*, ponía en duda el hecho de que hubiese existido una literatura nacional de los Estados Unidos, señalando tan sólo, entre la multitud de, sus escritores, tres o cuatro nombres que sin esfuerzo podrían escogerse como constitutivos del embrión de una verdadera literatura nacional.

Personalmente, siéntome inclinado a creer que el calificativo de "nacional" no puede otorgársele a una literatura sino por el consenso universal de los de afuera. Sólo después que en un país se ha publicado un número suficiente de obras notables que se han hecho conocidas en el exterior y el nombre de ese país ha quedado vinculado a dichas obras ante los ojos de los críticos extranjeros, es cuando se justifica la palabra "nacional."

Los nombres de Émerson, Poe, Háwthorne y Lóngfellow han cruzado el Atlántico; sus obras han sido criticadas, citadas y traducidas; y aun cuando no exista ninguna nota decididamente americana en los escritos de Émerson o de Poe, sin embargo, ellos constituyen, con los de Háwthorne y de Lóngfellow, la base del carácter nacional de la literatura de los Estados Unidos. Aunque en las orillas del lago de Léman he oído hablar de una literatura nacional suiza, no creo que los suizos de habla francesa puedan jactarse de poseer una literatura propia, sin embargo de que pueden sostener que su país ha sido la cuna de eminentes escritores cuyas obras ocupan lugar en la literatura francesa. Si Suiza se hubiera encontrado en la Europa oriental y si J. J. Rousseau y Madame de Staël[2] hubiesen vivido en tierra suiza y hubiesen ejercido sobre el pensamiento universal la misma influencia, habría nacido una literatura nacional suiza. En ese caso, muchos de los escritores suizos de menor importancia habrían alcanzado mayor renombre, ayudados por la atmósfera protestante

[1] *Anthologie des poètes canadiens*, composée par Jules Fournier, mise au point et préfacée par Olivar Asselin, Granger Frères, éditeurs. Montreal, 1920.

[2] Aunque nacida en París, Madame de Staël era suiza, pues sus padres nacieron y murieron en Suiza. Sus dos ídolos fueron su padre y Jean-Jacques.

que penetra sus escritos y que hoy constituye su único título a la originalidad.

Creo que el defecto más visible de la poesía francocanadiense en sus manifestaciones durante más de un siglo es la falta de originalidad. Tanto las ideas, los ideales y las formas como las imágenes y la selección de vocablos demuestran el mismo persistente empeño en imitar a algún gran poeta, o a alguno que haya parecido serlo, del otro lado del Atlántico. Y en toda la *Anthologie*, al menos hasta el año de 1900, parécenos contemplar la obra de un Paul Reboux en lo que tiene de peor; y leemos poesías escritas *à la manière de* Guiraud, de Ancelot, de Hugo, de Leconte de Lisle y de otros.

¿Tienen la culpa los cándidos rimadores? No me atrevo a decirlo; han hecho lo que centenares de llamados poetas hicieron en Francia durante el mismo período. Lo que ha faltado es unos cuantos genios destacándose sobre la multitud. Pero para mí, lo más asombroso es que más de sesenta años después que el tratado de París privara a la nación de sus elementos más intelectuales, hubiera hombres que, a despecho de su lejanía de la fuente madre, siguieran cultivando sus instintos estéticos en una época de gran violencia política.

En la obra de amor del lamentado Jules Fournier, el objeto visible del ferviente escritor ha sido ofrecerle al lector un cuadro sinóptico de aquellos que con mayor o menor éxito han acometido, para valernos de las palabras de Louis Dantin, *la poursuite désintéressée et sincère de la beauté parlant français:* cuadro de los que han mantenido encendida la antorcha, una antorcha que a veces ha quedado reducida a las proporciones de una modesta y tremulante bujía, y que en medio de vendavales y tormentas la han ido pasando de mano en mano hasta que, en circunstancias más propicias, llegó, vigorosa y brillante, a las de Lozeau, Ferland, Morin y Chopin.

La poursuite désintéressée: ¡ciertamente que así es, si se tiene en cuenta el pequeño número de probables lectores, el escaso estímulo del público, la imposibilidad de obtener el apoyo o auxilio oficial, y en presencia del torbellino del periodismo canadiense como única defensa contra el hambre.

A despecho de todos los obstáculos, el esfuerzo por mejorar ha sido constante, y encontramos algún talento verdadero entre los poetas jóvenes. El valor de ese esfuerzo no puede exponerse mejor que con la obra de Pamphile Lemay. Sin ir tan lejos en el camino de la alabanza como Monsieur ab der Halden, podemos reconocer la labor continua de los cuarenta años que median entre su informe *Evangeline* y sus *Gouttelettes*, de vigorosa composición.

Al espigar en la *Anthologie*, nos sentimos tristemente impresionados ante la pobreza de nuestra bibliografía. Es difícil creer que durante los últimos cien años se hayan publicado en el Canadá unos cien volúmenes de versos. Es todavía más sorprendente, cuando tanta cosa mediocre se ha publicado en forma de libro, que algunos de los poetas mejor dotados, como Desaulniers, Fabre-Surveyer, Duval, Michaud, Cinqe-Mars, no hayan publicado nunca un volumen.

La *Anthologie* nos permite ver con sólo una mirada que, durante todo el siglo diecinueve, únicamente hubo tres poetas: Crémazie, Fréchette y Limay, entre más de una veintena de escritores de versos, y la hábil selección de Jules Fournier nos asegura de que los mejores versos de aquéllos se encuentran en este libro.

Sólo la primera década del siglo veinte nos ofrece un contingente mejor, pues casi todos los escritores de ese período revelan profundo sentimiento poético. La pérdida de Nelligan y de Gill en un período menos fecundo habría sido irreparable; su desaparición es menos desastrosa, ya que podemos consolarnos con el ingenio de hombres tales como de Lozeau, Charbonneau y Ferland, para no mencionar a los más perezosos: Beaulieu, Demers y Desaulniers. Si acaso ellos llegaren a leer estas líneas, espero que me perdonen si apenas los menciono. Para examinar sus hermosas producciones necesitaría espacio de que no dispongo, fuera de que la sólida posición que ocupan en las letras canadienses hace innecesario cualquier comentario mío.

Lo conspicuo en las producciones de los poetas más recientes es su completo dominio de la lengua. Sucedía con frecuencia en otros tiempos que el empleo de una palabra mal escogida o de expresiones

familiares en versos dedicados a temas elevados, o, viceversa, la introducción de palabras ribombantes y con frecuencia desprovistas de sentido en las rimas más *terre-á-terre*, o de adjetivos nada adecuados o fuera de lugar, echaban a perder irremediablemente una poesía que de otro modo habría resultado bellá.

A pesar de todas las teorías de los románticos, parnasianos y simbolistas, algunas de las reglas del viejo Boileau son todavía buenas; sobre todo, las relativas al gusto y a la manera de afinar la lira. Cada vez que los "decadentes" han errado, lo han hecho a sabiendas y maliciosa y premeditadamente. Cuando leemos las lucubraciones *dadaïstes* más aturdidas, nos damos cuenta de que esos jóvenes traviesos perpetran a costa nuestra una perversa broma y de que en ellos se oculta un perfecto conocimiento de los primores de la lengua y de todos los secretos del arte. Detrás del "*Quelle heure est-il?*" de Hugo, vemos la formidable sonrisa del semidiós que tiene a su disposición la más asombrosa colección de palabras, y advertimos su deseo de desencadenar las tempestades literarias de 1830. Cuando en sus *Soirées* descubrí un fragmento de *Veronica* al lado de *La fille des bois* y *Amour immaculé*, pensé: *Dormitat bonus Homerus*. Pero al leer las poesías canadienses, nos encontramos con el hecho de que se han cometido muchos disparates por un escritor bien despierto y sólo por absoluta ignorancia.

El crítico francés que ha asumido la tarea de analizar la poesía francocanadiense del siglo diecinueve lo ha hecho hasta ahora con confusos sentimientos, y su juicio se ha visto atemperado por una especie de ternura e indulgencia piadosas: la poesía era canadiense. Su sentimiento se asemeja un tanto al que se apodera de nosotros al apreciar los esfuerzos literarios de un huérfano de catorce años, pariente nuestro y cuyo bienestar habíamos descuidado. "¡Encantador, encantador, ciertamente, siendo tan joven, y huérfano y, además, primo nuestro!" Ahora ha llegado la hora de que el poeta canadiense pueda ser juzgado por lo que realmente es y al igual de los que han nacido en Rouen, Bourdeos o en la Rue Monsieur le Prince.

Conocí *Le paon d'émail*, gracias a un francés de raro gusto literario, mientras dábamos un paseo lento de tarde desde Chambéry hasta Les Charmettes. Mi compañero sabía tan poco del Canadá como la misma malograda Madame de Pompadour, y el nombre de Paul Morin era nuevo para mí; el libro nos gustó por su valor intrínseco, y nos alegramos de conocerlo. Una y otra vez he leído *Flamme*; es una delicia tanto para la mente como para el oído. Pregúntome si, entre las producciones de los poetas de la vieja Francia se podrían encontrar muchas poesías de treinta y dos versos en las cuales cada una de sus notas se combine para producir semejante colmo de belleza. Lo elevado de la inspiración, la gracia de las imágenes, la ausencia de ripios, estando cada palabra repleta de significado, y la armonía, suavidad y plasticidad del verso merecen la más calurosa alabanza. ¿Quién puede atribuirle dureza, monotonía o pesadez al alejandrino francés (cosa que se ha hecho a menudo), después de leer:

Et la douleur du jour palpite dans mes mains. . . .
Je suis le feu, je suis l'amour, je suis la vie,
L'arche d'or où pâlit la constellation;
O poète, j'etais avant toutes les choses? . . .

Si se lee esta poesía en voz alta, se verá que la inteligente alteración de la cesura y el continuo cambio de los acentos secundarios, que alternan con la majestuosa uniformidad del alejandrino clásico, producen un efecto armoniosísimo.

La opulencia de los versos de René Chopin, su sorprendente poder descriptivo, el vigoroso, fácil y sincero desarrollo de temas, a menudo nuevos y casi siempre de inspiración canadiense, son aspectos que contribuirán mucho a nacionalizar la literatura francocanadiense. A veces me parece sentir en su obra, quizá aun más que en las páginas de Ferland, a pesar de que por su atmósfera son amplias, luminosas y lindamente canadienses, el soplo del gran norte. No soy muy dado al verso libre y prefiero las exquisitas páginas de *Le cœur en exil*, pero contemple el más convencido de los parnasianos *La venue heroïque de printemps* o *Le plaisir d'entendre les grenouilles*, y se sentirá arrebatado por ese despliegue pirotécnico de palabras e imágenes y sólo se detendrá, al final, un poco

sin aliento quizás, pero después de haber gozado una agradable sensación de arte. Aun ese ingenioso *Epigramme contre moi* demuestra una técnica, una seguridad de *métier*, muy notable.

Todavía no he leído a *Mignonne*; pero *Les phases* de Monsieur Delahaye me dejan un poco perplejo y confuso. Me imagino que es un poeta de inspiración nada común; pero . . . ¿será la forma peculiar de verso que ha elegido? No sabría decirlo; mas hay algo en ello que perturba. No estando clasificada en la prosodia francesa su extraña estrofa, podría calificársele de *verslibriste*, no obstante que, cuando leo sus poesías, siento la impresión de que están sometidas a regla.

Pero a la sombra de los grandes virtuosos hay un buen número de poetas de talento, algunos de los cuales nos ha revelado la *Anthologie*.

Por ejemplo, me gustaría conocer más versos de Monsieur Roy. Creo que sus sonetos le hacen grande honor, si se tiene en cuenta que vive en una aldea que no ofrece estímulo intelectual ni emulación ni ejemplo.

Si escogiera en la *Anthologie* una veintena de poesías, entre ellas incluiría seguramente *Le vieux pont*. Monsieur Doucet es para mí el poeta natural por excelencia, que escribe con el corazón y así se dirige al corazón. Hay en sus obras un encanto, una *douceur*, que atrae íntimamente al amante de la vida rústica.

Monsieur Cinq-Mars escribe cosas muy lindas, y sería de sentir que no llegaran a coleccionarse. Su género es eminentemente francés; la vivacidad, la ligereza, de las voces francesas le sientan admirablemente a sus temas, y conoce su lengua.

Veo algo más que "síntomas de posibilidades" en *La lettre au démolisseur* de Monsieur Michaud. Creo que esta composición es verdaderamente encantadora, desde el principio hasta el fin. El que posee un dominio tan maravilloso del francés, maneja con tanta destreza el traidor endecasílabo, compone retozonamente descripciones tan lindas, ingeniosas y animadas, con enternecedores matices de melancolía, no debería ser tan absurdamente modesto, y debería ser más fecundo.

El pintoresco cuadrito vivo de Monsieur Gallèze, tan lleno de color local, será inapreciable para el futuro historiador de la vida campestre francocandiense. Si Monsieur Duval tiene escondido en su escritorio otras poesías del mismo estilo que *Les trois labours*, querría decirle que es una verdadera lástima que no las publique.

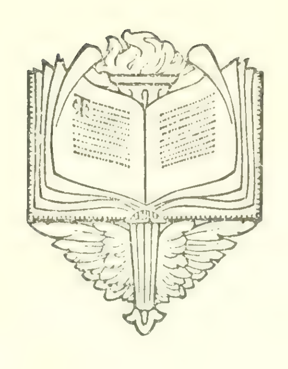
En las escasas citas de las composiciones de los más jóvenes, he encontrado elementos prometedores. La obra *Figurines*, de Monsieur Chauvin, está llena de vida, de juventud, de buen humor; pero temo que su vocabulario lo traiciona a veces. He oído un *bruit de bottes, de bottes . . . bruit de pas, de savates*, pero ¡*un bruit de soulier*! (y ¡en singular!). Paul Géraldy, quien evidentemente inspiró *J'ai rêvé d'elle*, no habría escrito nunca *un bruit de soulier*, aunque *petits souliers* habría evocado una imagen graciosamente femenina. *Sale oiseau* casi evitó que yo leyera *Le pauvre moineau*. *Oiseau sale* habría producido una impresión distinta. Me di un tropezón con *gros gavé;* y ¡*ce n'est pas chic, mais c'est commo . . . ode*, es, en realidad, el estribillo de una de las más cómicas y tontas canciones de Dranem! Monsieur Chauvin debe leer a Jehan Rictus, Aristide Bruant, Xanrof, Franc-Nohain y Raoul Ponchon, así como a Paul Géraldy, Daudet y Theuriet y comparar sus estilos y vocabularios. Entonces verá que las estrofas una, dos y cuatro de ninguna manera guardan relación con las demás, que son de muy noble inspiración y de forma perfecta, si bien caprichosas. Debo pedirle perdón a Monsieur Chauvin por haberlo singularizado para imponerle una reprimenda; no me habría tomado tal pena, si no hubiera creído que tiene madera de poeta.

Insisto en esos errores de gusto, porque son principalmente canadienses, y siento tener que decir que Madmoiselle Lamontagne, a pesar de sus espléndidas dotes, no está siempre libre de ellos. Esto es sensible; mas, para un escritor de inteligencia brillante y poética, es fácil tarea corregir esos defectos. Por otra parte, en la *Anthologie*, hay muchas poesías correctas que no revelan la menor dosis de inspiración poética, y temo que para esto sí que no hay remedio.

Debemos estarle agradecidos a Monsieur

Asselin por haber dado con mano piadosa y fraternal el último toque a la brillante y patriótica labor de Jules Fournier. Es de esperar que el libro llegue a ocupar un sitio en todas las bibliotecas inglesas del Canadá, contribuyendo así a corregir, entre el gran número de los que sólo saben leer el francés, muchas erradas opiniones acerca del "patois" de Quebec.

Para terminar, desearía asociarme al deseo expresado por Monsieur Asselin, de que próximamente se publiquen los escritos de Jules Fournier. Aun los ocasionales lectores de *Le Nationaliste* y de *L'Action* no dejarán de sentirse impresionados por su robusta personalidad y por el carácter límpido, cáustico e intachable de su prosa.



una raza que se iba desarrollando lentamente; leedla comparándola con otros libros antiguos; leedla en sus unidades literarias más bien que en pasajes aislados; leedla por su contenido y también por su forma; leedla con el sincero juicio, la viva imaginación y el sentido crítico con que leéis otros libros. Mientras no hayáis hecho todo esto, podréis amarla en parte y exaltarla como un fetiche, pero no la apreciaréis debidamente. Pero si la leéis con inteligencia, la maravilla de esta antigua biblioteca no tardará por mucho tiempo en seros revelada. Llegaréis a ver que su supremacía no se basa en la decisión de un viejo concilio eclesiástico ni en la artificial santidad que la tradición humana le haya atribuído, sino más bien en su carácter único. Llegaréis a convenceros de que por la soberbia amplitud de su visión, por su verdadera capacidad para solucionar los problemas de la vida, por su conocimiento del corazón humano, por su percepción de los grandes valores espirituales y por el énfasis que dan a las cosas que perduran, estos sesenta y seis libros merecen considerarse de una manera particularísima, como la misma palabra de Dios.

Concluiremos valiéndonos de las palabras del famoso alemán Héinrich Heine:

¡Qué obra! ¡Vasta y amplia como el mundo: arraiga en los abismos de la creación y penetra más allá de los azules secretos del cielo! Este libro encierra todo el drama de la humanidad: la aurora y el ocaso, el nacimiento y la muerte, la promesa y el cumplimiento.



Franklin Simon & Co.

Una Tienda de Secciones Chic

Fifth Avenue, 37th and 38th Sts., New York



PEINADORES DE ENCAJE DE COLOR

Para Señoras

y

Señoritas

212—PEINADOR DE ENCAJE DE SEDA DE COLOR y forro de gasa; azul, rosa, orquídea.

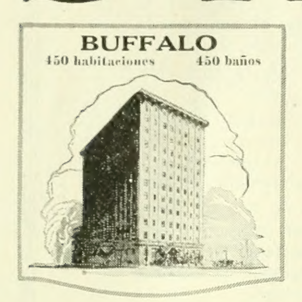
29.50

Nuestros intérpretes están perfectamente familiarizados con los gustos y las necesidades de las damas de habla española y prestarán atención especial a todos los pedidos que serán embarcados prontamente.

Se invita cordialmente a las personas que vengan a Nueva York a visitar nuestro establecimiento donde serán recibidas por intérpretes y compradores expertos.

FRANKLIN SIMON & CO.
NO TIENEN SUCURSALES

HOTELS STATLER









En cinco grandes ciudades—centros de industria americana y de tránsito—hay Hoteles Statler.

En cada una de estas ciudades tenemos entendido que el Statler es el hotel preferido por la mayoría de los viajeros más exigentes que vienen a la ciudad desde otros países.

Cada habitación-dormitorio Statler tiene baño privado, servicio de agua helada en circulación, y muchas otras comodidades especiales.

A cada habitación se lleva gratis un periódico de la mañana todos los días.

NEW YORK

Hotel Pensilvania

Este hotel de administración Statler en Nueva York es el Hotel Pensilvania — al frente de la estación del ferrocarril Pensilvania. No solamente es el mayor hotel del mundo (2,200 habitaciones con 2,200 baños), sino que es completamente característico, estando a la cabeza de todos los grandes hoteles del mundo.

